

Bianca®

Verdades y mentiras

Melanie Milburne

Verdades y Mentiras

Melanie Milburne

Verdades y mentiras (2006)

Título Original: The Greek´s Bridal Bargain (2005)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Bianca 1684**
Género: Contemporánea
Protagonistas: Kane Kaproulias y Bryony Mercer.

Argumento:

Años atrás, ell era una muchacha rica y él, el hijo de la sirvienta... ahora las cosas habían cambiado.

Kane Kaproulias había regresado convertido en un hombre rico y poderoso con la intención de vengarse de Bryony Mercer y de su familia por haber destruido su inocente romance.

Ahora la familia de Bryony estaba en la rauina y ella dependía de Kane. Había esperado mucho tiempo para conseguir lo que quería de Bryony... tenerla en su cama y convertirla en su esposa.

Capítulo 1

BRYONY, por favor, no entres ahí —le pidió temblorosamente Glenys Mecer a su hija.— Tu padre está con… una visita importante.

Bryony soltó el pomo de la puerta del despacho principal y se volvió para mirar a su madre.

—¿Quién es?

Su madre pareció envejecer a ojos vista ante la mirada azul y transparente de Bryony.

—Me parece que tu padre preferiría que no te lo dijera —Glenys se retorció las manos—. Ya sabes cómo son estas cosas.

Efectivamente, Bryony lo sabía. Se acercó a su madre y sus pasos ligeros resonaron en el inmenso vestíbulo, lo cual le recordó el vacío de aquel caserón desde la muerte de su hermano.

Desde que Austin murió, hacía diez años, parecía como si la casa estuviera abatida, como el resto de la familia. Cada ventana, esquina o habitación sombría evocaba a un joven que había perdido la vida muy pronto, incluso los crujidos de la escalera parecían lamentar esa pérdida.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Bryony con una voz más apagada.

Glenys no pudo aguantar la mirada de su hija y la bajó para distraerse con la barandilla tallada.

—Mamá…

—Bryony, por favor, no me atosigues, mis nervios no lo aguantarían…

Bryony contuvo un suspiro. También conocía bien los nervios de su madre.

Oyó un ruido detrás de ella y se dio la vuelta para ver a su padre que salía del despacho. Estaba pálido.

—Bryony… me pareció oírte entrar —él se pasó el pañuelo por la despejada frente.

—¿Te pasa algo?

Bryony fue a acercarse a su padre, pero se paró en seco al ver una figura alta que aparecía en la puerta. Bryony se quedó paralizada al ver a Kane Kaproulias, el enemigo declarado de su hermano. Intentó decir algo, pero no pudo. Le temblaban las piernas y tenía el pulso muy acelerado. Era más alto de lo que ella recordaba, pero diez años era mucho tiempo. Los ojos marrones

parecían más oscuros y las cejas rectas le daban aire de arrogancia. Lo miró inmediatamente a la boca, como hacía siempre desde que ella le hizo una cicatriz en el labio superior. Seguía allí.

—Hola, Bryony.

La voz grave y aterciopelada la sacó de su ensimismamiento y se encontró con la mirada irresistible de él.

Bryony se aclaró la garganta, pero la voz le salió ronca y vacilante.

—Hola... Kane...

Owen Mercer se guardó el pañuelo en el bolsillo y se dirigió a su hija.

—Kane quiere comentar algo contigo. Tu madre y yo estaremos en la sala verde, por si nos necesitas...

Bryony frunció el ceño y observó a sus padres que salían del vestíbulo como si alguna amenaza pendiera sobre sus cabezas. En las palabras de su padre había una advertencia velada, como si temiera que aquel

hombre pudiera hacerle algo mientras estaba a solas con ella.

Bryony se volvió para mirar a Kane con una expresión de recelo.

—¿Qué te trae por Mercyfields, Kane?

Kane sujetó la puerta del despacho e hizo un gesto con la cabeza para que ella entrara. El silencio de Kane la desasosegaba, pero ella no estaba dispuesta a demostrarlo. Bryony pasó con un gesto inexpresivo e intentando no fijarse en el traje hecho a medida ni en el especiado aroma de su colonia.

Bryony pensó que el hijo bastardo de la sirvienta de Mercyfields se había labrado una próspera carrera profesional. Ya no quedaba rastro del larguirucho niño, parecía un hombre acostumbrado a salirse con la suya y que no aceptaba ordenes de nadie.

Ella atravesó la inmensa alfombra persa y se sentó en la butaca que había junto al ventanal que daba al lago. Cruzó las piernas y se miró la punta del zapato para mantener la compostura. Sabía que él estaba observándola. Notaba la presión de su mirada en todo el cuerpo, como si estuviera tocándola. Estaba acostumbrada a las miradas masculinas, pero cuando la miraba Kane Kaproulias era como si la desvistiera y quedara expuesta a aquellos ojos negros.

Bryony se dejó caer contra el respaldo y lo miró con frialdad. El aguantó la mirada sin decir nada. Ella sabía que era una especie de prueba para ver quién apartaba antes la mirada. Kane posó los ojos en la boca de ella y Bryony sintió una necesidad casi irresistible de pasarse la lengua por los labios, pero se contuvo con toda su alma. El esfuerzo para parecer inalterada era tan grande que empezó a

notar cierto dolor de cabeza y su resquemor hacia él aumentó otro grado.

Ella no aguantó más. Se levantó precipitadamente y se cruzó de brazos.

—Muy bien. Podemos ahorrarnos los prolegómenos y pasar directamente al motivo de tu visita.

El siguió mirándola durante un instante.

—Me pareció que era el momento de visitar a la familia Mercer.

—No entiendo el motivo. Ya no estás en la lista de amigos de la familia.

Él apretó los labios y ella recordó que aquel gesto era su versión de una sonrisa.

—Ya me lo imaginaba.

Ella apartó la mirada de la cicatriz. Le sorprendía que todavía le afectara después de tanto tiempo. El parecía en forma, como si hiciera mucho ejercicio, y estaba bronceado, pero su ascendencia griega por parte de madre le daba ventaja con el sol de verano. Ella, en contraste, parecía lechosa, a pesar del calor que había hecho.

—¿Qué tal está tu madre? —se sintió obligada a pre

guntarle.

—Murió.

Bryony parpadeó ante su franqueza. —Lo… siento… No lo sabía…

—Claro —los ojos de Kane brillaron con cinismo—,

supongo que el fallecimiento de una sirvienta de toda

la vida no es tema de conversación en la mesa de los

Mercer.

La amargura de las palabras escoció a Bryony. Ella detestaba tener que reconocerlo, pero él tenía razón. Sus padres nunca hablarían de un sirviente como de una persona normal. Ella se había criado en ese ambiente, pero al hacerse mayor se había alejado de ese esnobismo trasnochado. Aunque no pensaba permitir que él lo supiera. Prefería que siguiera pensando que

era la heredera mimada de los Mercer. Lo miró por encima del hombro y volvió a sentarse ceremoniosamente en la butaca.

—¿Y bien…? —Bryony se miró las uñas antes de mirarlo a los ojos—. ¿A qué te dedicas, Kane? Supongo que no habrás seguido los pasos de tu madre y no limpiarás lo que otros han ensuciado…

Bryony supo que había parecido tan insustancial como él la había considerado siempre.

—Supones bien —Kane se reclinó sobre la mesa del despacho con la misma indolencia que ella había asociado siempre con su

padre—. Se podría decir que estoy en el mundo naviero.

—Qué griego… —comentó ella con un sarcasmo evidente.

—Soy un ciudadano tan australiano como tú —Kane la miró retadoramente—. No he estado nunca en Grecia ni hablo griego.

—¿Cómo puedes estar seguro de tu ascendencia? —le preguntó ella—. Creía que no sabías quién era tu padre…

Fue un golpe muy bajo y ella no se sintió orgullosa, pero la actitud de él la había exacerbado. Notó que él contenía su ira.

—Compruebo que sigues igual de impertinente —replicó Kane.

Bryony tenía la mirada clavada en los insondables ojos de él.

—Lo soy cuando me obligan.

—Esperemos que apechugues con las consecuencias si te sientes obligada a serlo en un futuro próximo.

Bryony no pudo evitar fruncir levemente el ceño ante semejante declaración.

—¿Por qué has venido? —le preguntó ella—. ¿Qué motivos tienes para estar aquí?

—Tengo unos cuantos.

—Empecemos por el primero —ella levantó la barbilla aunque temblaba por dentro.

Él cruzó las piernas a la altura de los tobillos y eso atrajo la mirada de ella hacia sus musculosas piernas. Bryony hizo un esfuerzo por apartar la mirada y mantener su gesto de esfinge.

—El primero es… —Kane hizo una breve pausa que aumentó el desasosiego de ella—Ahora soy el dueño de Mercyfields.

—¿Qué has dicho? —a Bryony se le salían los ojos de las órbitas.

Kane pasó por alto la pregunta y siguió sin alterarse.

—El segundo es que también soy dueño de las empresas Mercer.

—No… te creo… —ella intentó dominar al pánico que la abrumaba.

—También soy dueño del piso junto al puerto y del yate —Kane volvió a hacer una pausa y la miró inexpresivamente—. No obstante, he permitido que tu padre conservara el Mercedes y el Jaguar. Yo ya tengo mis coches.

—¡Cuánta generosidad! —exclamó ella con sorna—. ¿Hay alguna propiedad más de los Mercer que creas que es tuya?

El esbozó una sonrisa detestable que heló la sangre de Bryony.

—Bryony, no es que yo crea que soy dueño de los bienes de Mercer, es que realmente lo soy…

Kane tomó un montón de papeles de la mesa y se lo entregó a ella. Ella los tomó con manos temblorosas y buscó la firma de su

padre, pero no la encontró. Todos los documentos eran iguales. El señor Kane Leonidas Kaproulias era el propietario de todo el patrimonio de Mercer. Las casas, la empresa, las inversiones, el yate…

Bryony dejó caer los documentos mientras se levantaba vacilantemente.

—No lo entiendo… ¿qué ha pasado? Mi padre nunca permitiría que las cosas llegaran a este punto. Él preferiría morir antes que ver cómo te quedabas con todo.

—En realidad —Kane volvió a sonreír—, al final lo aceptó de muy buena gana…

—No te creo. Tienes que estar chantajeándolo o algo parecido. Él nunca permitiría que tú…

Bryony se detuvo al acordarse del extraño comportamiento de su padre durante la última temporada. En Navidad ella se marchó un par de días antes porque él no paraba de incordiarla.

¿Se habría propuesto Kane destrozarlo? Desde luego, no le faltaban motivos. Aunque su padre le había pagado la educación en centros privados, también lo había tratado muy mal mientras había vivido con ellos, mientras su madre trabajó de sirvienta en la casa. Además, Austin, el hermano de Bryony, lo maltrató constantemente y ella misma se había portado fatal con él, algo de lo que se arrepentía cada vez que lo pensaba.

—Yo no lo llamaría chantaje. Diría que le he convencido para que se plantee que no tiene muchas alternativas. Como había supuesto, él tomó la salida más fácil.

—¿La salida más fácil? —ella lo miró con incredulidad—. ¿Te parece que entregar un patrimonio de varios millones de dólares es la salida más fácil?

—Lo es si te enfrentas a una buena temporada en prisión.

Ella lo miró sin decir nada y el corazón a mil por hora.

—¿Prisión…?

—Cárcel, chirona, presidio, trena, calabozo…

—Sé qué es una prisión —espetó ella—, pero no en tiendo por qué mi padre iba a ir allí. ¿Se olvidó de tu cumpleaños?

—Ahora, eso, desde luego, sería un delito, dados los cinco motivos que me han traído aquí.

Bryony hizo recuento mentalmente y sólo le salían cuatro.

—¿De qué estás hablando? Ya lo tienes todo, ¿qué te falta? —le preguntó ella.

—Me sorprende que no lo hayas adivinado. Al fin y al cabo, es

lo único que quise desde el día que mi madre y yo salimos por la puerta de Mercyfields.

—Venganza... —musitó ella con tono de espantoEstás buscando venganza...

—¿Cómo crees que conseguiría esa venganza, encantadora Bryony? —la miró fijamente.

—No sé cómo funciona la mente de un psicópata —ella lo miró con todo el desprecio que pudo—. Me temo que vas a tener que decírmelo.

Él soltó una carcajada atronadora que la paralizó de horror.

—Es curioso que te parezca un psicópata.

—¿Qué ibas a parecerme si no? Te expulsaron de Mercyfields con una condena por daños a bienes materiales y crueldad desmedida con los animales. ¿Acaso te has olvidado del perro de la señora Bromley?

—Yo no cometí ese delito concreto —la miró como si fuera a atravesarla—. En cuanto a los daños a los bienes, fue un desgraciado arrebato de ira que pagué completamente.

—Vaya —dijo ella con tono despectivo—, te has convertido en un santo durante los últimos diez años... Es una pena que yo no lo note.

—Sólo notas lo que quieres —replicó él con resquemor—, pero llegará el momento en el que tengas que afrontar la brutal realidad de la verdad.

—Me parece muy divertido que menciones la palabra «verdad» como si supieras lo que es. Dime, Kane, ¿qué tortura has planeado? Supongo que yo seré la víctima, si no ¿por qué me han llamado?

—Tu padre tiene la mala costumbre de ser muy mandón, pero espero que pronto se dé cuenta de su error. Yo pensé que lo mejor para ti era que estuvieras aquí esta tarde, pero no pedí que él te llamara.

—¿Podríamos ir al meollo del asunto? —preguntó ella con impaciencia—. Empiezo a estar cansada de los juegos de palabras.

Kane tomó aire y observó el gesto inflamado de ella. Ella tenía una impresión pésima de él y eso, por el momento, le convenía. No podía permitir que ella supiera el motivo verdadero que lo había llevado allí. Había esperado mucho tiempo para verse las caras con Owen Mercer. Durante diez años había trabajado como un animal para salir del arroyo donde lo habían arrojado.

Austin Mercer había encontrado su destino y él sabía que la familia Mercer todavía sufría su pérdida. Él, sin embargo, no lamentaba lo más mínimo que el único Mercer varón estuviera

enterrado.

Sophia, la madre de Kane, también había muerto y él no había podido ofrecerle todo lo que le habría gustado darle en pago a los sacrificios que ella había hecho. Los repugnantes sacrificios que Owen Mercer le había obligado a hacer.

Kane percibió los esfuerzos que Bryony estaba haciendo para parecer tranquila y la admiró por eso. Su padre se había hundido como el cobarde que era, pero ella era una luchadora y él conservaba una cicatriz que lo confirmaba.

Era más hermosa de joven que de niña. Era esbelta y se movía con la elegancia de quien había aprendido ballet. Tenía un pelo rubio y sedoso agarrado en la nuca con una pinza y los ojos eran de un azul celeste e hipnotizador. La boca, carnosa, solía adoptar una sonrisa engreída, pero él sabía que lo hacía porque lo consideraba muy inferior, como si no mereciera la sonrisa impagable que ofrecía a otros hombres.

Sin embargo, él era paciente. Había esperado hasta ese momento y podría esperar un poco más...

A Bryony, la mirada de Kane le parecía perturbadora, pero se mantuvo en su sitio y esperó a que él hablara. Se dijo que él no podría hacer nada peor que lo que ya había hecho. Si era verdad que era el dueño de todo, ella tendría que irse de su piso en la ciudad, pero podría alquilar cualquier otro piso. Su trabajo de profesora de ballet la proporcionaba unos ingresos aceptables, aunque tenía que tener cuidado con los gastos, sobre todo cuando no podía cobrar su tarifa normal a unos niños con escasos recursos que se retrasaban en los pagos. También sabía que podría completar sus ingresos de otra forma, pero no pensaba pedir la ayuda de su padre. Contuvo una risa histérica cuando se le pasó por la cabeza la idea de limpiar casas.

—¿Podrías contarme el chiste? —le preguntó Kane.

—No —ella lo miró—, la verdad es que no tenía ninguna gracia.

—Casi nada lo tiene en esta vida, ¿verdad?

Ella apretó los labios. Kane sabía muy bien que ella idolatraba a su hermano. Efectivamente, la vida ya no tenía ninguna gracia.

—He hecho un trato con tu padre —declaró él después de uno de esos silencios desquiciantes.

—Ah... —ella esperó que hubiera parecido desinteresada.

—Le doy la oportunidad de evitar la espantosa experiencia de un proceso judicial.

—¿Por qué lo haces? —ella frunció el ceño—. Sobre todo cuando...

Bryony no terminó la frase. Todavía se acordaba del la vergüenza y deshonra que había sufrido Sophia Kaproulias cuando acusaron a su hijo de daños premeditados. El periódico local se ensañó con él y dijo que Kane era un rebelde desagradecido que se había levantado contra el benefactor que había pagado su educación privada. La ley cayó con todo su peso sobre él y ella se alegró. Supo que Kane pasó algún tiempo entre rejas, pero salió pronto por buena conducta. Por algún motivo, para ella Kane y buena conducta no conjugaban, sobre todo cuando la miraba como si fuera una presa que iba a atrapar.

—Tu padre no sobreviviría un mes en prisión —explicó Kane—. Tu madre no pasaría del primer día.

—¿Mi madre? —lo miró con una súbita angustia¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

—Tu madre estaría implicada como cómplice de un delito. Además, como la fortuna familiar es mía, no podrían contratar a ningún abogado aceptable.

—Estás inventándotelo... eres...

—Me temo que no, Bryony. Durante los últimos años, tu padre ha hecho algunas operaciones sospechosas. Yo me enteré y decidí que era el momento de que diera la cara, por decirlo de alguna manera.

—Ante ti, naturalmente —la mirada de ella era gélida.

—Naturalmente.

—Entonces —ella tomó aliento—, ¿cuál es mi papel en todo esto? No puedes implicarme. No tengo nada que ver con los negocios familiares.

—Es verdad. Sin embargo, tienes que representar un papel bastante notable. Si no lo haces, tus padres sal—

drán de Mercyfields montados en un furgón de la policía, como salí yo hace diez años.

Era difícil mantener la compostura al imaginarse a su madre en ese trance. ¿Qué venganza habría tramado él para aplacar la amargura del pasado? A ella sólo se le ocurría una cosa que la estremecería hasta la médula, pero estaba segura de que él se la planteaba...

Él se levantó y se acercó a ella con ligereza. Ella lo miró a la cara y comprobó, por primera vez, que lo había subestimado. Sus ojos tenía un brillo implacable, como si estuviera deseando decirle lo que había preparado para ella pero quisiera hacerla sufrir con la espera. Ella estaba a punto de perder el dominio de sí misma y le pareció que él lo había notado. Tenía la boca seca y las manos

húmedas. Se levantó y lamentó haberlo hecho al encontrarse con los muslos casi pegados a los de él. Intentó retroceder, pero él la agarró del codo.

—No me toques con tu sucia manaza —ella lo soltó con una arrogancia aristocrática.

Él tomó aliento y Bryony notó que le apretaba el codo con más fuerza antes de soltarla. Ella intentó mantener algo de serenidad, pero el contacto de sus dedos le había transmitido una especie de descarga eléctrica por todo el cuerpo. Lo temía, pero también se sentía atraída por él.

—Con el tiempo, te acostumbrarás a que te toque —replicó él—. Es más, es posible que acabes anhelándolo.

—No vas a tocarme ni por todo el dinero del mundo. —¿Qué te parece todo el dinero de los Mercer? —¿De... qué... estás hablando? Kane la miró inescrutablemente.

—Verás, éste es el plan que te tengo reservado. Tus padres conservarán la libertad y, como me siento generoso, cierta posición económica si se cumple una única condición.

—¿Qué condición? —Bryony tragó saliva.

Ella quería saber la respuesta, pero también sospechaba que no iba a gustarle. Como así fue.

—Quiero que te cases conmigo.

Capítulo 2

BRYONY sabía que parecía un pez fuera del agua con la boca abierta, pero no podía evitarlo. —Falta mucho para el día de los Inocentes —dijo ella cuando recuperó la voz.

—No es una broma, Bryony.

—No esperarás que me lo tome en serio...

—Si quieres que tus padres se libren del peso de la ley, sí.

—¡Tiene que ser una broma pesada! —insistió ella¡Tiene que serlo!

—No.

Su monosílabo la molestó más que si hubiera empleado todo el diccionario. El tenso silencio llegó a su fin cuando él volvió hablar con tono tranquilo.

—Te casarás conmigo antes de quince días o tus padres acabarán entre las cuatro paredes de una celda.

—Está claro que tienes que pulir un poco tu propuesta, Kane —Bryony intentó parecer irónica para disimular la angustia—. Hace que una se pregunte qué has hecho para salir con una chica durante los últimos diez años. ¿Agarrabas por el pelo a la primera que pasaba?

—No, nunca he tenido que recurrir a eso.

—¿Qué hacías? ¿Las pagabas?

—Ten cuidado, Bryony —le avisó él delicadamente—. No sería prudente que pusieras a prueba mi paciencia. Podría largarme con todo y dejar que tus padres se las vieran con la justicia.

A ella le habría gustado aceptar el farol, pero no conocía las actividades de su padre y se encontraba en desventaja.

—No entiendo que quieras casarte conmigo —empleó un tono cargado de desprecio—. No tenemos nada en común.

—¿Debo entender que consideras que tienes lo que tus padres llaman sangre azul y yo... digamos que corrompida?

—Todo tu cerebro está corrompido si crees que alguna vez me casaré contigo. No aceptaría ni ser tu vecina.

—Entiendo perfectamente que te parezca un poco desagradable la idea de casarte conmigo, pero con el tiempo podrías tomarlo como un acto de justicia.

—Mis padres nunca consentirían ese matrimonio —afirmó ella un poco vacilantemente—. Les destrozaría el corazón que su única hija se casara con el hijo ilegítimo de la que había sido su sirviente.

—Tus padres han expresado su desolación, pero se han dado cuenta sensatamente de lo que se juegan. Han dado su consentimiento, aunque yo no lo necesite, naturalmente. Yo lo habría hecho en cualquier caso.

—¿No te olvidas de una cosa? —le preguntó ella con sorna—. ¿Acaso la novia no tiene que aceptar la petición?

—No tienes más alternativa que aceptar.

—Bien, pues vas a sorprenderte, Kane Kaproulias. No acepto tu disparatada propuesta. Tendrás que drogarme y maniatarme para llevarme a una iglesia y que me case contigo.

—No estaba pensando en una boda en una iglesia.

—¡No va a haber ningún tipo de boda! —Bryony golpeó la alfombra con un pie.

—Será una ceremonia civil con los invitados justos —siguió él sin perder la calma.

—Tú eres cualquier cosa menos civilizado —replicó ella—. Te comportas como un majadero primitivo que da órdenes como una especie de dictador.

—Puedo ser muy civilizado cuando tengo que serlo, pero si me buscas las cosquillas, me temo que puedo ser algo brusco.

—Eres menos que humano. ¿En qué pensabas para venir aquí con títulos de propiedad e insistiendo en vengarte cuando tú eres el primer culpable? Estás muy mal de la cabeza si has creído por un momento que yo iba a comprometerme con un hombre al que aborrezco con toda mi alma.

—Voy a disfrutar mucho educándote. He esperado mucho tiempo para hacerlo.

—¿Cómo iba a poder respetarte? —le espetó ella fríamente—. Eres el último hombre sobre la faz de la tierra al que yo respetaría. No eres nada, ¿me oyes? Nada salvo un pedazo de...

Ella no pudo acabar la frase porque él la agarró de los brazos, la estrechó contra su cuerpo y ella se quedó sin aliento al notar el contacto de los cuerpos.

Kane bajó la cabeza y la besó en la boca. Ella se resistió, pero cuando la lengua de Kane se abrió paso entre sus labios, ella se derritió como si él hubiera encendido un fuego dentro de ella. Bryony sintió que se abrasaba mientras la boca de Kane la dominaba con una maestría que ella ya sabía que era su especialidad. Al fin y al cabo, fue él quien le demostró hacía tiempo lo devastador que podía ser un beso.

Ella notó el movimiento del cuerpo de Kane contra su vientre y las piernas le flaquearon con un anhelo inesperado. No entendía esa

reacción y mucho menos podía hacer algo para detenerla. La pasión la dominaba y le correspondía al beso sin limitaciones. Notó la cicatriz cuando él cambió de posición y también notó la aspereza de la piel masculina, lo que hizo que se hundiera más en su pasión desbordante.

Él la soltó y se apartó de ella. Fue un movimiento tan repentino que ella se tambaleó. Tardó unos segundo en reponerse y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No vuelvas a intentarlo —amenazó ella más furiosa consigo misma que con él—. ¿Quién te has creído que eres?

—Soy tu novio hasta dentro de dos semanas —contestó él delicadamente—. Entonces, llevarás mi anillo y recibirás mi cuerpo sin queja alguna.

—Espero que tengas drogas suficientes. No existe ninguna otra posibilidad de que yo acepte acostarme contigo.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Supongo que tanta teatralidad es propia de alguien que se ha salido con la suya toda la vida. Te garantizo que querrás casarte conmigo.

—Naturalmente, das por supuesto que voy a aceptar ese plan disparatado.

—No sólo lo doy por supuesto, cuento con ello. Cualquier duda que albergues al respecto desaparecerá con una conversación con tu padre —Kane fue hasta la puerta y la abrió para que ella pasara—. ¿Por qué no vas ahora?

Ella dudó. Sabía que una vez que traspasara aquella puerta, entraría en una fase completamente distinta de su vida.

Él arqueó una ceja como si se burlara de su indecisión. Ella tomó aliento y pasó junto a él con aire de dignidad. Al pasar, Bryony notó la sonrisa de satisfacción de Kane.

Sus padres estaban en la sala verde. Su padre estaba junto al ventanal observando el inmenso jardín y su madre estaba sentada, como paralizada, en uno de los sofás.

Bryony entró y cerró la puerta. El chasquido hizo que su madre diera un respingo y que su padre se volviera.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Bryony.

Su madre empezó a sollozar.

—Ya está bien, Glenys —Owen Mercer miró a su mujer despectivamente—. Ya es tarde para ponerse histérica.

Bryony detestaba que su padre despreciara a su ma

dre, pero no era el momento de reprochárselo.

—¿Es verdad? —le preguntó directamente a él—. ¿Es verdad

que Kane Kaproulias es el dueño de todo? Bryony notó que su padre tragaba saliva y que unas

gotas de sudor le brotaban en el labio superior.

—Sí... es verdad.

—Pero... ¿por qué? —ella parpadeó—. ¿Qué ha pasado? — Cometí algunos errores —su padre no podía mirarla

a los ojos—. Ninguno grave, pero con el tiempo fueron amontonándose.

—¿Qué fue amontonándose? —Las deudas... —¿Qué tipo de deudas?

El le dijo una cifra y ella se dejó caer en un sofá. —Dios mío...

—Kane se enteró y entró a degüello. No pude hacer nada para detenerlo.

Ella le daba vueltas a la cabeza para encontrar una solución, pero sólo veía su futuro perfectamente trazado.

Kane había entrado detrás de ella. Ella era la elegida para pagar el precio.

—El nos ha ofrecido una solución a nuestros problemas — declaró su padre.

—¿De verdad? —Bryony lo miró con frialdad—. Supongo que no habréis aceptado esa solución tan digna, ¿verdad?

—Cariño... —susurró su madre.

—¡Te he dicho que no te metas, Glenys! —bramó su padre antes de dirigirse a Bryony—. Él es un hombre rico. Yo podría haber aspirado a alguien menos... primitivo, pero su dinero será un buen sustituto.

—¿Crees que el dinero significa algo para mí? ¿No os dais cuenta de lo que habéis hecho? ¡Me habéis vendido como si fuera una novia medieval!

—Podría haber sido mucho peor.

—¿Sí? ¿Cómo? —ella se levantó de un salto—. ¡Lo detesto! ¡Es un delincuente! ¿Acaso os habéis olvidado de ese pequeño detalle?

—Todos nos equivocamos, Bryony...

—¡No puedo creerme lo que estoy oyendo! Vosotros lo mandasteis a un correccional. ¿Cómo podéis permitir que llegue y me lleve con él como si fuera un cavernícola?

—Estás histérica, como tu madre.

—¿Que yo estoy histérica? Toda esta farsa sí que es un disparate. No voy a casarme con él y no tengo nada más que decir.

Se dio la vuelta y fue hasta la puerta. Entonces, su padre habló y ella se quedó con la mano congelada en el pomo.

—Él sabe cosas que nos enviarán a tu madre y a mí a la cárcel

durante el resto de nuestras vidas.

Bryony se giró lentamente, como si así fuera a encontrarse con la vida de siempre y no con el drama en el que se veía inmersa.

Sin embargo, el rostro de su padre mostraba desesperación y su madre emitía unos sonidos sordos de angustia.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Bryony cuando pudo reaccionar—. ¿Mataste a alguien?

—No voy a agobiarte con los detalles —su padre apartó la mirada.

—Creo que podré soportarlo —replicó ella irónicamente—. Mi capacidad de impresionarme se ha saturado esta tarde.

—No me gustaría alterar a tu madre.

—Te has dedicado toda la vida a alterarla y no sé por qué ibas a ser tan considerado ahora.

—No consiento que me hables así —gruñó Owen Mercer.

—No soy una niña a la que puedas dar una torta para que te obedezca —ella recordó todas las veces que él lo había hecho—. Tengo veintisiete años y ya no puedes ser tan brutal.

—Te mereces a Kaproulias como marido. Necesitas a alguien cruel y implacable que te meta en cintura.

Ella nunca había odiado tanto a su padre como en aquel momento. Sabía que Austin había sido su hijo favorito y ella apenas había contado para él. Su trabajo lo había sido todo en su vida y se había labrado una fortuna con un orgullo autocomplaciente. Ella habría desaparecido hacía tiempo de no haber sido por su madre...

—Así que mi suerte está echada —Bryony miró a la figura encorvada de su madre y se le rompió el corazón.

—Es la única solución —confirmó Owen—. Nos lo debes. Eres una Mercer y tenemos que estar siempre unidos.

—Es una pena que no lo pensaras antes de meterte en el juego —ella lo miró con desprecio—. Supongo que así perdiste casi todo el dinero.

—Tenía una racha ganadora hasta que todo cambió.

Kaproulias está siendo bastante generoso —siguió su padre—. Va a pagarnos un viaje a tu madre y a mí para que desaparezcamos una temporada. Hay gente que me persigue...

A ella le parecía muy bien que lo persiguieran, pero no podía soportar que su madre sufriera más penalidades. Ella sabía que su madre todavía amaba a su padre a pesar de la mezquindad de él.

Bryony no podía imaginarse que ella llegara a amar a alguien tan incondicionalmente. Su corazón estaba intacto y seguiría estándolo. Salió de la habitación y se dirigió hacia las escaleras.

—Me gustaría comentar los detalles de nuestro matrimonio contigo —la voz de Kane sonó con toda su gravedad.

Ella contuvo toda su ira y se dio la vuelta. Se alegró de haber subido cuatro escalones para no tener que levantar la cabeza.

¿Siempre había sido tan alto? Ella medía algo más de un metro y setenta centímetros, pero él la superaba ampliamente y hacía que se sintiera diminuta.

—Suponía que ya te habrías dado por aludido y te habrías marchado. No tengo nada que decirte.

—Tenemos que organizar una boda.

—A mí me parece que ya está todo organizado —le lanzó una mirada fulminante —...por ti.

—Quiero tu opinión en un par de detalles.

—Has tomado todas las decisiones hasta ahora y puedes seguir haciéndolo. Yo no me lo planteo.

—¿No quieres saber dónde vamos a vivir?

Ella, efectivamente, no se lo había planteado.. Durante la última hora había recibido un golpe tremendo y estaba más o menos paralizada por una mezcla de miedo y resignación. El matrimonio con él era inevitable. Ella habría dejado a su padre a su suerte, pero no podía hacerlo con su madre. Prefería casarse con el mismísimo Lucifer antes de ver a su madre destrozada.

—En Mercyfields ni hablar —ella evitó mirarlo a los ojos—. Tengo que estar cerca de mi trabajo en la ciudad.

—No tendrás que trabajar cuando seas mi mujer, al menos en lo que haces.

—Claro que voy a trabajar —ella frunció el ceñoAdoro mi trabajo.

—No me importa que trabajes si llevas la casa según mis criterios.

—¿Qué has dicho? —ella se quedó boquiabierta.

—Quiero que seas una esposa como Dios manda —él esbozó una leve sonrisa de satisfacción—. Mantendrás la casa limpia y ordenada y cocinarás cuando no cenemos fuera.

Ella no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Quieres que haga las labores de la casa?

—Naturalmente...

—Yo no hago las labores de la casa —afirmó ella categóricamente.

—Todas las esposas las hacen.

—No en este siglo.

—Naturalmente, no espero que lo hagas todo... al menos, no más

de lo que tu familia exigía a mi madre...

Ella empezó a atar cabos y no le gustaba. Kane quería desquitarse de la forma en que su familia había tratado a su madre, pero ella no recordaba haber hablado con aquella mujer durante todo el tiempo que ella vivió en una de las casas del servicio al fondo de la finca. Sophia Kaproulias había sido una trabajadora silenciosa y diligente, pero a Bryony le enseñaron a no tratar con el servicio y menos cuando corrió el rumor de que Sophia había tenido un desliz con alguien de la finca.

Además, ella pasaba casi todo el año en un internado y durante las vacaciones que pasaba en Mercyfields procuraba evitar a Sophia para no encontrarse con Kane, que siempre le había parecido bastante hosco. Intentó no acordarse de la vez que tuvo un contacto más íntimo con él...

—Estás enfermo —ella se puso en jarras con los puños cerrados.

—Al contrario, estoy pletórico de salud y en plena forma.

Ella evitó mirar el cuerpo musculoso que tenía delante. Podía percibir la fuerza de su cuerpo e imaginarse cada músculo que rozaba la perfección gracias al gimnasio. Ella metió tripa y le lanzó una mirada furiosa.

—Crees que lo tienes todo bien atado, ¿verdad? Don Nadie prospera y se consigue una esposa como trofeo. Pues te equivocas conmigo porque yo no voy a ser la esclava de nadie en ninguna habitación de la casa.

Kane captó el resplandor de desprecio en los ojos de ella y no pudo evitar imaginarse lo apasionada que sería en la cama. Su cuerpo se puso en tensión y se preguntó cuántos hombres la habrían poseído antes.

—No necesito una esclava, necesito una esposa.

—A mí me parece que no necesitas una esposa, creo que necesitas un psicólogo.

El se rió, y ese sonido, profundo y lleno de matices, la dejó sin habla. Se quedó plantada en medio de la enorme escalera y mirándolo a los ojos mientras el reloj daba las horas.

—Tengo que volver a la ciudad —dijo él, lo que la sacó del ensimismamiento—. Me pondré en contacto contigo en el piso de la ciudad para tenerte informada.

Ella lo observó mientras se dirigía hacia la puerta de la casa de los Mercer como si fuera suya. Sintió un vacío en el estómago al caer en la cuenta de que, efectivamente, era suya, entre otras cosas...

Bryony esperó hasta que el ruido de las ruedas de su coche sobre

la gravilla se había desvanecido. En poco más de una hora, él la había trastornado. ¿Cómo iba a pasar largos ratos en su presencia? Por no decir nada de casarse con él… Para ella, casarse era un anatema. ¿Qué sería casarse con alguien a quien odiaba? ¿Qué había hecho su padre para llevarlos a esa situación? Si su madre había estado al tanto, ¿por qué no había hecho nada para avisarla?

Estaba demasiado desasosegada para seguir en la casa, pero, por algún motivo extraño, tampoco quería salir por donde había salido Kane. Se dio la vuelta y salió al jardín por una de las puertas traseras.

La brisa de la tarde movía las ramas de los sauces que rodeaban el lago y le ofrecían un sosiego al que ella no podía resistirse. Cruzó el césped inmaculadamente cortado y se dirigió hacia la sombra de los sauces en la parte más alejada del lago. Allí hacía mucho más fresco. Se sentó en una roca, se quitó los zapatos y metió los pies en el agua mientras observaba las ramas que acariciaban la agitada superficie del agua.

Hacía años que no iba a ese rincón oscuro y escondido. Ni siquiera los jardineros llegaban tan lejos.

Aspiró el aroma a tierra mojada y sus pensamientos empezaron a agitarse, como el agua entre sus pies…

Fue una de esas tardes de calor insoportable tan famosas en Nueva Gales del Sur. El olor a humo de eucalipto flotaba en al aire sofocante y las nubes adquirían un tono negro y amenazador. Ella había ido al lago para bañarse lejos de la mirada de los demás. Tenía diecisiete años y sabía muy bien que había engor

dado durante el último trimestre. Una lesión en la rodilla, los nervios por los exámenes y la sustanciosa dieta que ordenó madame Celeste se habían ensañado con su esbelta figura.

Se metió en el agua fría y oscura y suspiró de placer. Nadó de un lado a otro bajo el amparo de las ramas de los sauces. Se sentía contenta porque estaba libre de las ataduras del colegio. Se puso a flotar de espaldas para gozar de los rayos del sol que le caían como polvo dorado que se filtraba entre las ramas. Empezó a nadar de espaldas y fue acelerando como si estuviera en una final olímpica hasta que chocó con algo. Bryony escupió el agua que había tragado antes de darse la vuelta, creía que se había topado con un tronco caído o alguna roca sumergida.

Desde luego, no había esperado encontrarse con Kane Kaproulias con el agua por la cintura y la nariz ensangrentada.

—¡Dios mío! —exclamó ella mientras intentaba afianzarse sobre el resbaladizo fondo.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó él mientras la agarraba de los hombros para sujetarla.

Bryony hundió los pies en el barro y consiguió la estabilidad que necesitaba apremiantemente después de haber sentido las manos morenas y curtidas de Kane sobre su piel nacarada.

—No... —contestó ella casi sin aliento—. No me has hecho daño, pero mira lo que te he hecho en la nariz.

—No es nada —él la soltó y se aclaró la cara en el agua.

—Creía que no había nadie, si no...

—Sólo estoy sangrando por la nariz, Bryony, no va a matarme.

A ella le costaba mucho no mirarlo a la cara. Hacía meses que no lo veía. Durante las últimas vacaciones él había estado trabajando en la finca de un vecino y sólo iba por allí de vez en cuando para ver a su madre. Ella había oído decir que él estaba ahorrando para pagarse un curso en la universidad, pero nunca le había preguntado qué quería estudiar.

Parecía mucho más fuerte que la última vez que lo vio. Tenía veintidós años, sólo uno más que el hermano de ella, pero parecía mucho más maduro. Austin era bullicioso y ruidoso, como casi todos sus amigos que pasaban temporadas en Mercyfields durante las vacaciones de la universidad, y contrastaban radicalmente con la presencia silenciosa e introvertida de Kane. Ella creía que su conducta hosca era parte intrínseca de su personalidad y no sólo por que lo hubieran etiquetado como el hijo de la mujer de la limpieza.

No podía imaginarse lo que diría su padre si la viera en el agua con Kane, que tenía el pecho cubierto de gotas de agua y que la miraba con unos ojos más oscuros que el barro que pisaban sus pies.

—¿Sueles venir a nadar aquí? —le preguntó él.

—No... no frecuentemente...

—No deberías venir, sobre todo, sola.

A ella no le importó el tono autoritario y sereno. Ella era la hija del dueño de la casa y él el hijo de una sirviente que no tenía derecho a decirle lo que podía hacer.

—¿Por qué? —ella levantó la barbilla.

Era difícil descifrar la mirada de él por las sombras, pero Bryony sospechaba que estaba burlándose de ella.

—Si te pasa algo, nadie te encontrará.

—¿Qué iba a pasarme? Soy una buena nadadora. —Eres una nadadora bastante descuidada —Kane se pasó el dorso de la mano por la nariz—. Podrías haber chocado con una roca en vez de hacerlo conmigo. Podrías haberte desvanecido y ahogado.

—Lo que yo haga no es de tu incumbencia —replicó ella molesta porque él tuviera razón—. Si quiero nadar aquí, lo haré, y nada de lo que digas lo impedirá.

Bryony cada vez percibía más el silencio palpitante. Las sombras se movían como espectros alrededor de ellos, el agua, teñida de la sangre de él, le acariciaba los muslos y hacía que notara su cercanía física de una forma primitiva.

La luz lo iluminó súbitamente y ella pudo comprobar, con alivio, que había dejado de sangrar por la nariz. Sin embargo, se estremeció ligeramente al comprobar que él le miraba los pechos que el ceñido traje de baño no disimulaba lo más mínimo.

Ella se cruzó de brazos y lo miró airadamente.

—Voy a decirle a mi hermano que me has ofendido por mirarme obscenamente.

El siguió mirándola unos cuantos segundos antes de levantar la mirada.

—¿Crees que ese mequetrefe me da miedo?

Ella se indignó ante esa actitud hacia su hermano mayor, al que adoraba.

—Te lo dará cuando le diga que me has tocado bajo los sauces del lago.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla fijamente, lo que la enfureció más todavía.

—¿Crees que no defenderá a su hermana de las sucias manazas del hijo de una sirvienta? —añadió ella malévolamente.

—Seguramente lo haga —contestó él después de otro silencio marcado por el canto de la cigarras—. En ese caso, será mejor que me cerciore de que lo que me espera esté plenamente justificado.

Ella estaba intentando entender esas palabras

cuando él la tomó entre sus poderosos brazos, la sacó del barro y la estrechó contra su cuerpo. Él bajó la boca y recorrió la delicada superficie de los labios de ella con sus ardientes y firmes labios.

A Bryony no la habían besado nunca y no sabía cómo reaccionar. Por un lado quería apartarse inmediatamente, pero al final se impuso el deseo de saber lo que era un beso de un hombre de verdad. Cerró los ojos y cedió con un leve suspiro de placer ante la sensación de la boca de él, que indagaba en la humedad de la suya con la decisión imparable de la lengua. Ella notó el sabor salado de la sangre que había caído hasta su boca y sintió una sensación desconocida y abrumadora en el vientre que hizo que se aferrara a él sin pudor.

Repentinamente, él la soltó con un movimiento brusco que hizo

que ella se quedara sentada sobre el barro mientras lo miraba con furia por haberla soltado sin avisarla. Él le ofreció una mano y la ayudó a levantarse, con bastante torpeza, mientras ella agarraba con la otra mano una piedra del fondo.

Ella lo hizo por su sonrisa. Sin pensar en las consecuencias, levantó la mano y estampó la piedra contra la boca burlona…

Capítulo 3

BRYONY parpadeó y volvió al presente. Miró el agua y se sorprendió de que no siguiera roja después de diez años. Entonces no sabía que una herida pudiera sangrar tanto; no sabía que podía ser capaz de hacer algo tan despreciable; no sabía que él esperaría diez años para tomarse cumplida venganza...

Esa noche volvió a la ciudad. No podía quedarse ni un minuto más una vez que había abierto la caja de sus recuerdos. Sus padres no se opusieron a que se fuera. Su padre ni siquiera se despidió, pero su madre se quedó en las escaleras de mármol de la entrada con lágrimas en los ojos mientras se despedía con la mano.

Bryony puso música con la esperanza de que eso la distrajera de lo que la esperaba, pero, dos horas más tarde, cuando entró en el garaje de su edificio, comprendió que no podía escapar de la fatalidad. El destino había escrito el guión de su vida hacía diez años y había llegado el momento de que ella subiera al escenario.

El lunes, cuando Bryony llegó a la escuela de baile, Pauline LeFray, su compañera, ya había terminado los ejercicios de calentamiento. Pauline se secó las manos y miró con la frente fruncida el hermoso rostro de su compañera.

—¿Qué te pasa?

Bryony se quitó la falda que le tapaba las mallas y se agarró a la barra para hacer sus ejercicios de calentamiento.

—Tardaría décadas en contártelo.

—Tenemos diez minutos hasta que lleguen los alumnos de cinco años. ¿Quieres hacerme un resumen rápido?

Bryony estiró los tendones de la corva y miró a su amiga.

—Voy a casarme.

—¿A casarte? —preguntó entrecortadamente Pauline.

Bryony puso la pierna derecha sobre la barra y dobló la cintura hasta tocarla con la cabeza.

—Sí, matrimonio, vida conyugal...

«Prisión», añadió ella para sus adentros.

—¿No es un poco repentino? Quiero decir... no sabía que salieras con alguien...

Bryony cambió de pierna y repitió el ejercicio sin dejar de mirar al suelo.

—No salía con nadie.

—Bry, no entiendo nada —Pauline frunció el ceño—. Hace años

que no sales con nadie y ahora me dices que vas a casarte. Puedes decir que soy muy obtusa, pero ¿cómo se explica? No habrás hecho alguna tontería en Internet o algo así, ¿verdad?

Bryony pensó que prefería casarse con un completo desconocido que con alguien a quien no podía mirar porque...

—No es nada de eso —contesto ella mientras se erguía—. Ya sé que es repentino, pero es alguien... de mi pasado y, por decirlo de alguna manera, nos llevamos bien.

—¿Os lleváis bien?

Bryony sonrió con la esperanza de que pareciera la felicidad previa a la boda.

—Es alto, moreno, guapo y asquerosamente rico.

—¿Rico? —Pauline la miró fijamente—. No te van los ricos, ¿no te acuerdas? El último hombre con el que saliste no tenía trabajo.

—He cambiado de opinión.

—Bry, soy yo, Pauline. ¿Realmente esperas que me crea que te gusta un hombre por su cuenta corriente?

—De acuerdo, no me gusta por su cuenta corriente —Bryony evitó mirar a su amiga en el espejo que cubría toda la pared.

—Entonces, la cosa me preocupa más todavía. ¿Qué te ha enseñado él aparte de su dinero? ¿No me dirás que por fin lo has hecho...?

Bryony sintió un estremecimiento por todo el cuerpo al imaginarse a Kane poseyéndola.

—¿Lo has hecho? —insistió Pauline al no obtener respuesta.

Bryony agarró una toalla.

—Todavía no.

—¿Todavía no? ¿Qué significa eso? Si vas a casarte con él, ¿no deberías comprobar que todo funciona perfectamente?

—Yo estoy sana y...

—No me refería a ti, boba —Pauline puso los ojos en blanco—. Él podría ser un inútil. ¿Te comprarías un coche sin probarlo antes? Escucha a alguien que entiende de esto. Si no funciona bien en la cama, la relación está muerta.

Bryony estuvo a punto de contarle la verdad, pero se contuvo en el último momento. Era demasiado complicado. Prefería que Pauline pensara que era un matrimonio predestinado.

—Sólo estamos comprometidos. Todo ha pasado muy deprisa, pero estoy segura de que todo... saldrá bien.

—Claro, ocúpate de ello —le aconsejó Pauline mientras entraban diez niñas con tutús y zapatillas de baile.

Bryony esbozó la mejor de sus sonrisas y esperó que Pauline no

volviera a sacar el tema de su vida sexual. Ella no tenía una vida sexual y esperaba seguir así, con matrimonio o sin él.

Pasaron tres días hasta que Kane se puso en contacto con ella. Ella supo que era él incluso antes de descolgar el teléfono.

—Hola, Bryony.

—¿Quién es? —preguntó ella, fingiendo no haber reconocido esa voz aterciopelada e inconfundible.

—Ya sabes quién soy.

—¿Cómo voy a saber quién es si no se identifica? ¿Su madre nunca le ha dicho que lo educado es identificarse cuando llama a alguien?

—Mi madre me enseñó muchas cosas y pienso seguirlas al pie de la letra.

A ella le pareció mejor que él no le aclarara a qué se refería, y cambió de tema.

—¿Para qué has llamado?

—Me ha parecido que ya era hora de que saliéramos juntos.

—¿Salir juntos? —preguntó Bryony con el ceño fruncido—. Puedes ahorrarte el tiempo y las molestias. No hace falta que me lleves a cenar. Te recuerdo, ya has pagado por mí.

—Como quieras.

Bryony sabía que era incoherente, pero le decepcionó que aceptara tan rápidamente.

—Supongo que podemos comentar la organización

de la boda por teléfono —siguió él—. He decidido que la ceremonia se celebrará en Mercyfields, mirando al lago.

Ella agarró el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—A tu madre le gustará que te cases en tu casa —añadió él ante el silencio de Bryony.

—Ya no es mi casa —señaló ella con cierta amargura—. Es tuya.

—Será de nosotros dos. Las cosas de tus padres se retirarán mientras estemos de luna de miel.

—¿Luna de miel?

—Es lo que suelen hacer los recién casados, ¿no?

—Sí... pero...

—He organizado una semana en una playa privada de la costa sur.

—¿La costa sur?

—Sabrás dónde está, ¿no?
—Claro, pero yo...
—Hará un poco más de fresco que en la ciudad, pero el agua está caliente y la playa es muy larga y solitaria.
—Pareces el folleto de una agencia de viajes —comentó ella con tono burlón.
La risa estruendosa de Kane puso la carne de gallina a Bryony.
—Quiero alejarme de la agitación de la vida de la ciudad —explicó él—. Voy allí muchas veces. Es una playa muy tranquila.
Bryony casi podía oler el mar. Le encantaba la playa, pero hacía varios meses que no pisaba la arena.
—Al día siguiente de nuestra boda, tus padres se marcharán a un crucero por el Pacífico —siguió Kane, quien no parecía impresionado por la falta de respuestas de ella—. Tu padre tiene que desaparecer hasta que yo salde todas sus deudas y tu madre, sinceramente, necesita unas vacaciones.
Ella estaba completamente de acuerdo, pero no dijo nada.
—Necesitaré casi todo ese mes para solucionar el embrollo que ha causado tu padre. Tengo que esperar hasta que me remitan un dinero desde el extranjero para aliviar la situación.
—¿Un dinero del extranjero? —aquello captó la atención de ella.
—Hace poco heredé de mi abuelo materno en Grecia y tengo que esperar hasta que el banco me permita disponer de ese dinero.
Ella frunció la frente. ¿Su abuelo materno era rico? Entonces, ¿por qué su madre se había dejado la piel de limpiadora?
—Creía que no conocías a ningún familiar tuyo...
—Ni los conozco ni tengo ganas de conocerlos. Ellos no ayudaron a mi madre cuando más lo necesitaba.
—Pero si tu abuelo te ha dejado todos sus bienes, sentirás alguna obligación de ir a ver al resto de tu familia...
—El dinero de mi abuelo es un dinero culpable. Yo he hecho mi fortuna sin él.
—Entonces, ¿por qué vas a emplearlo en saldar las deudas de mi padre?
—No estás escuchándome, Bryony. Te he dicho que es un dinero culpable. Me parece muy apropiado emplearlo para sacar a tu padre del atolladero en el que se metió.
Dinero culpable... Bryony sintió un vacío en el estómago.
—¿De qué culpabilidad estamos hablando exactamente? —preguntó ella.
—Creo que lo sabes muy bien —contestó él.

Ella tomó aliento y esperó que él no hubiera captado el nudo que se le había hecho en la garganta.

—¿Qué debo ponerme para la ceremonia? —preguntó ella para hablar de otra cosa.

—Es una boda, Bryony. Tu madre esperará que parezcas una novia.

Realmente, él sabía tocarle el punto débil. Su madre llevaba preparando su boda desde que ella tenía cinco años y su entusiasmo no había decaído a pesar de la rotunda negativa de su hija.

—No me sienta bien el blanco. No es mi color favorito.

—Entonces, puedes ir de color crema.

—¿No debería ir de negro? Al fin y al cabo, es el final de mi vida tal y como la conozco.

—Sinceramente, me da igual lo que lleves —puntualizó él sin la más mínima impaciencia—. Me basta con que aparezcas en el momento adecuado, digas las palabras adecuadas y hagas lo que se te dice. Si no lo haces, tus padres, en vez de pasear por la cubierta de un crucero, pasearán por los pasillos de un presidio.

Bryony se quedó oyendo el zumbido del teléfono cuando él colgó con una brusquedad que la dejó algo chafada.

Su madre la llamó a la mañana siguiente para acompañarla a elegir los complementos de la boda. Bryony tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse de que no era una boda normal porque su madre había adoptado un papel que llevaba años queriendo representar.

—Mamá, no quiero un ramo de flores enorme —insistió Bryony en la floristería.

—Tienes que llevar un ramo enorme. Es el día más importante de tu vida; todo tiene que ser perfecto.

Bryony miró el folleto de ramos y se preguntó qué había de perfecto en el matrimonio de sus padres.

—Me quedaré con las rosas —le dijo Bryony a la dependienta—. Color crema, no blanco.

Salieron de la floristería y dieron otro repaso a tiendas de vestidos de novia porque no había encontrado nada de su gusto.

—Tengo que ponerme a régimen —se lamentó Bryony en la quinta tienda mientras se pasaba la mano por el vientre.

—Te preocupas demasiado —le reprendió su madre—. Cuando yo me casé, pesaba unos cuatro kilos más que tú ahora.

—Por lo menos, tú te casabas con el hombre que ha bías elegido.
Se hizo un silencio incómodo. Bryony se volvió para mirar a su madre y sólo se oyó el roce del vestido de novia en el suelo. Glenys

se agachó para arreglar algo que Bryony no había visto.

—Mamá...

—Dime, cariño —Glenys se incorporó y miró a su hija inexpresivamente. Bryony agarró entre sus manos la mano escuálida de su madre.

—Quieres que me case con Kane, ¿verdad? Glenys esbozó una sonrisa vacilante.

—Ya sé que él no te interesa mucho, pero está ha

ciéndonos un favor muy grande al casarse contigo. —Haces que yo parezca algo muy gravoso de lo que

queréis deshaceros —replicó Bryony con indignación. —No era mi intención, pero tu padre ha... —su madre

sollozó levemente—. Tu padre dejó de ser el mismo cuando Austin...

Bryony quiso dar un grito de desesperación. ¿Por qué nadie de su familia decía que Austin había muerto?

Suspiró y, al abrazar a su madre, se vio en el espejo. El vestido de novia hacía que pareciera una tarta sin nata ni fresas.

—Me espanta este vestido —Bryony soltó a su madre y empezó a quitárselo—. Quiero algo sencillo y elegante.

Lo encontró en Paddington. Era color crema, largo, voluminoso y elegante, era perfecto; aunque el novio no lo fuera.

Él llamó esa noche, como si hubiera sabido que ella había encontrado lo que estaba buscando.

—¿Dígame? —Hola, Bryony. —¿Quién es?

—Sabes quién soy, así que déjate de jueguecitos. —No son jueguecitos, quiero que digas quién eres

cuando llamas.

—¿Tu teléfono no tiene identificador de llamadas? —Me sigue gustando saber con quién estoy ha

blando. Los números no me dicen nada.

—Entonces, está claro que eres la hija de tu padre. —¿Qué quieres decir? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Ella oyó un ruido de papeles antes de que él contestara.

—Tu padre ha organizado un lío de mil demonios.

Por decirlo de alguna manera, tengo a los acreedores pisándome los talones.

Ella no supo cómo reaccionar. ¿Tenía que darle las gracias por lo que estaba haciendo aunque le robara la libertad?

—No lo sabía...

—Ya me lo imagino. ¿Estás ocupada en estos momentos?

Ella intentó pensar en algo que pudiera estar haciendo a las siete


y media de la tarde, pero ya se había lavado la cabeza...

—No...

—Bien. Te recogeré dentro de quince minutos.

—Pero...

Volvió a oír el zumbido del teléfono por segunda vez en veinticuatro horas. Colgó, miró su reflejo en el espejo y se preguntó por qué tenía tantas ganas de sonreír.

Bryony abrió la puerta catorce minutos y veintiún segundos más tarde y se encontró a Kane con traje oscuro y recién peinado.

—¿Preparada?

Ella asintió con la cabeza. No sabía qué la esperaba, pero estaba resignada a hacer lo que él hubiera planeado.

—Tengo entradas —le dijo él cuando estuvieron en el Porsche plateado.

¿Para qué?

El la miró enigmáticamente mientras ponía el motor en marcha.

—Para el ballet.

Ella miró al frente e intentó recapacitar. ¿Iba a llevarla al ballet?

—No te consideraba aficionado al ballet...

—Me gusta un buen baile tanto como a cualquiera.. Ella hizo un esfuerzo para no mirarlo. —No te imagino dando saltitos con unos leotardos. La risa de Kane la acarició como una lluvia delicada.

—No, pero yo sí te imagino haciéndolo. Te he visto muchas veces.

Ella tuvo que mirarlo.

—¿Me has visto? ¿Dónde?

Kane aparcó muy cerca de la Ópera.

—En el salón de baile de Mercyfields.

Ella se quedó impresionada. La había visto mientras ella fingía ser una estrella del mundo del ballet, cuando su rodilla le recordaba que era el momento de olvidarse del sueño de ser una bailarina profesional...

—Espero que te gustara lo que viste —replicó ella, aunque le habría gustado decirlo de otra forma.

—Desde luego —Kane echó el freno de mano—. Fue toda una revelación.

Ella podía imaginárselo. Los leotardos era implacables, sobre todo cuando una lesión la había tenido semanas en el dique seco. Ella no podía dejar de pensar en todo lo que él habría visto.

—Vamos —Kane le abrió la puerta—. No quiero perderme la primera parte.

La primera parte la hizo llorar, aunque ella lo disimuló. Había

ido cientos de veces al ballet, pero asistir a Cenicienta con Kane hacía que se le desbordaran los sentimientos.

Durante el intermedio, ella pasó más tiempo del normal en el aseo, y cuando volvió y se encontró con el gesto interrogador de Kane, dijo algo despectivo sobre lo mal que los arquitectos varones solucionaban las necesidades femeninas.

Le costó soportar el resto de la actuación. Conocía a casi todos los bailarines y los miró con una mezcla de admiración y envidia, y se preguntó si alguna vez podría dejarse llevar por los sueños sin una punzada de profunda lamentación.

Los aplausos fueron atronadores, y ella se unió al entusiasmo general porque sabía que eso daba confianza a los bailarines.

Bajó el telón y notó la agitación de Kane junto a ella, el musculoso brazo cubierto por el traje que rozaba la piel desnuda de ella.

—Gracias —Bryony se puso de pie, disimulando la emoción—. Me ha encantado.

Él también se levantó y la miró con la frente ligeramente fruncida.

—¿Por qué lloras?

Ella se dio la vuelta.

—No estoy llorando. Es el perfume de alguien que me ha irritado los ojos. Tengo alergia a algunos aromas —se sonó la nariz y guardó el pañuelo en el bolso—. Es la cruz que tengo que soportar por tener un olfato tan sensible.

—Espero que mi colonia no te afecte —comentó él mientras la agarraba de la cintura para que dejara pasar a alguien.

Ella notó la calidez de su mano a través del vestido, y toda su piel reaccionó ante la delicadeza del contacto.

—No —contestó ella sin pensarlo—. Me gusta tu... quiero decir, no creo que sea... soy sensible, eso es todo...

—Vamos —la agarró del brazo cuando se despejó el pasillo—. No sé a ti, pero tanto ejercicio me ha abierto el apetito.

Bryony se metió en la boca otra cucharada de tarta de queso y se prometió que al día siguiente se pondría a régimen. Kane estaba sentado enfrente y la miraba fijamente sin haber probado su postre.

—¿Cuándo empezaste a ir al ballet? —le preguntó ella.

—No voy periódicamente, pero me gusta ir a ciertas representaciones.

—¿Hay alguna que sea tu favorita?

—Ninguna en concreto —contestó él mientras se llevaba la taza

de café a los labios—. ¿Tú tienes alguna favorita?

Ella bajó la mirada y empezó a juguetear con las frambuesas que quedaban. ¿Debería contestar Cenicienta o El lago de los cisnes? También estaban Petrushka, El príncipe Igor...

—Me encanta el ambiente general del ballet —contestó por fin —. Me gusta el entrenamiento y la disciplina, los vestuarios y las emociones que hay que sentir para poder actuar.

El dejó la taza en el plato.

—Entonces, ¿hay que sentir algo para poder bailar? —Claro — ella lo miró—. Tienes que ser el personaje, sentir lo que él sentiría, como hace un actor.

—Tienes que echarlo mucho de menos...

—Sí —Bryony se quedó mirando a la última frambuesa.

—Háblame de tu escuela de baile.

Ella se entretuvo con el borde del mantel. —Doy clases de ballet cinco tardes a la semana. —¿Cuántos alumnos tienes?

—Saco el trabajo con mi socia Pauline y otras dos

profesoras, pero hay unos ciento cincuenta alumnos. —Son muchas niñas en tutú... —Kane volvió a tomar

la taza de café.

—Sí...

—Dime... —Kane se inclinó hacia delante y apoyó las muñecas en la mesa—. ¿Todas las niñas sueñan con ser bailarinas?

A ella le pareció que los ojos de él eran arrebatadores.

—No hay sólo niñas —contestó ella—. También hay algunos niños.

—Tiene que ser complicado para ellos estar tan fuera de lugar, por decirlo de alguna manera.

—Intentamos que se sientan cómodos. Hay uno que es muy brillante, está muy centrado y es muy decidido. Creo que lo conseguirá.

—¿Lo consiguen pocos?

—Pocas chicas, así que imagínate los chicos... No se trata sólo de talento. Es una mezcla de capacidad física, suerte y cierta destreza.

—¿Qué te lo impidió a ti?

Ella sonrió sombríamente antes de aplastar la desdichada frambuesa con la cuchara.

—Tengo una rodilla blanda, como dicen en la profesión.

—¿No has ido a un médico?

—Fui al mejor que se puede conseguir con dinero y me dijo lo mismo que los demás: que me dedicara a la natación.

—¿No le dijiste que nadas muy mal a espalda?

Ella lo miró a los ojos.

—No… no se lo dije…

Kane dio un sorbo de café sin dejar de mirarla por encima del borde de la taza.

—Yo lo habría hecho si fuera tú. Podría haberle consolado por tener que alejarte de la danza.

Nadie le había hablado de lo difícil que tenía que haber sido para ella renunciar a su sueño de ser bailarina profesional. Era una ironía del destino que fuera Kane Kaproulias quien lo hiciera por primera vez.

—Hace años que no voy a nadar —comentó ella sin

poder evitar mirar la cicatriz que él tenía en el labio superior.

Él esperó a que ella volviera a mirarlo a los ojos.

—Lo mismo que yo.

Kane apartó la mirada para buscar al camarero y pedirle la cuenta.

Capítulo 4

MIENTRAS volvían hacia el coche, Bryony no podía dejar de pensar en la velada que habían pasado juntos. Juntos... Una palabra que expresaba mucha intimidad para usarla con Kane Kaproulias.

Él le abrió la puerta y esperó hasta que ella se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Ella lo observó mientras él iba hacia su puerta y apreció su figura musculosa y la elegancia de sus movimientos. Cuando Kane se sentó, miró fugazmente los pechos de ella, como si no pudiera evitarlo.

—Estaba pensando que podríamos tomar otro café o lo que sea. Propongo mi casa o la tuya, pero acepto cualquier otra idea.

Bryony sintió ganas de ver el sitio donde iba a vivir.

—Podemos ir a tu casa.

—De acuerdo.

Kane puso el potente motor en marcha.

Su casa no era como ella se la había imaginado. Ella había supuesto que sería una casa con la opulencia típica de un nuevo rico, pero cuando la vio, comprobó que era de un tamaño reducido y que se diferenciaba sólo lo justo de las de sus vecinos.

Lo acompañó hasta la puerta de entrada entre el aroma a jazmín y madreselva. El vestíbulo tenía baldosas negras y blancas y la escalera subía elegantemente, no como la espiral de madera negra y amenazante de Mercyfields.

—La cocina está por aquí —le indicó Kane mientras se dirigía hacia una puerta—. Si lo necesitas, el cuarto de baño está en la primera puerta de la izquierda.

Ella fue al cuarto de baño, no porque lo necesitara especialmente, sino porque quería estar sola un momento.

Se miró en el espejo y se preguntó qué iba a hacer. En ese momento, Kane era todo amabilidad, pero ¿qué pasaría cuando ella tuviera un anillo en el dedo? Ella iba a ser un trofeo, un botín de guerra. Él había esperado mucho tiempo para hacerse con ella y, sin duda, había planeado la venganza hasta el más mínimo detalle. Sintió un escalofrío, pero al secarse las manos con la delicada toalla se preguntó quién mantendría tan ordenada la casa. Todo estaba en su sitio y no había ni una mota de polvo. ¿Esperaría él que ella hiciera ese trabajo o sus amenazas sólo pretendían echarle en cara el trato que habían dado a su madre?

Él estaba esperándola en la cocina con una bandeja con dos

tazas de café humeante, una botella de licor, dos vasos y una barra de chocolate. Sus ojos se dirigieron directamente al chocolate y la boca se le hizo agua.

—No, gracias —ella rechazó la tentación.

—¿Estás a dieta? —Kane arqueó una ceja e hizo una mueca burlona.

—Siempre lo estoy —contestó ella con tono apesadumbrado mientras tomaba la taza de café.

Él no contestó y eso molestó un poco a Bryony. Podría haberla tranquilizado diciéndole que no necesitaba una dieta. Casi todos los hombres lo habrían dicho… Pero él no era como los demás hombres; no hacía halagos vacíos ni decía nada innecesario.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —le preguntó ella con la taza en alto.

—Casi tres años.

¿Habían vivido tan cerca durante tres años? El piso de ella estaba bastante cerca. Seguramente se habrían cruzado alguna vez. Le parecía raro haber estado tan cerca sin saberlo, sobre todo cuando lo percibía tan intensamente cuando estaban en la misma habitación.

—¿Dónde vivías antes? —le preguntó ella para romper el repentino silencio.—Por aquí y por allá.

Ella dio un sorbo de café y se preguntó por qué estaría él tan esquivo.

—Creo que ya tienes vestido para nuestra boda…—comentó él.

—¿Cómo te has enterado? Él se encogió de hombros.

—¿Has hablado con mi madre? —Bryony lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te importa?

—Sí, me importa —contestó ella entre dientes. ¿Quién se había creído que era para llamar a su madre y molestarla? No era un futuro yerno como otro cualquiera. Era el enemigo, y la boda era su golpe definitivo.

—¿No crees que a la gente le parecería raro que yo no hablara con tus padres?

—Creo que a la gente la perecerá más raro que lo hagas. Les has arrebatado todo, entre otras cosas, a mí. Es como una declaración de guerra fría, ¿no?

—No habrá tal guerra fría. Fuera de tu familia, nadie sabrá que no es un matrimonio por amor.

—¿Amor? —exclamó ella con indignación—. ¿Cómo puedes insultarme al usar esa palabra con relación a nuestra situación?

—¿Qué vas a hacer, Bryony? —él aguantó la mirada encendida de ella—. Ya no puedes llamar cobardemente a tu hermano para que te saque las castañas del fuego...

Ella retrocedió como si hubiera recibido un puñetazo. No pudo encontrar ni las palabras ni la furia necesarias para defender a su hermano muerto. Sólo sentía una necesidad imperiosa de llorar. Se mordió el labio para que no le temblara y notó que se había hecho sangre. Dejó la taza y se dio la vuelta para agarrar el bolso.

—Tengo que irme... —balbució mientras se levantaba vacilantemente—. Buscaré un taxi.

—Bryony.

La voz de Kane fue como una orden para que lo mirara. Ella se dio la vuelta lentamente y miró a un punto indefinido para no comprobar la satisfacción en el rostro de él.

—Quiero... irme a casa —intentó decirlo con firmeza, pero no tuvo mucho éxito.

—Te llevaré dentro de un minuto.

—Quiero irme ahora.

Se hizo un silencio que ella interpretó como una maniobra para doblegar su orgullo. Sin embargo, él suspiró profundamente y agarró las llaves.

—Entonces, vámonos.

Ella había esperado una discusión y se había preparado tanto que su conformidad la desconcertó por completo. Lo siguió en silencio hasta el coche y le costó ver el camino por las lágrimas que le nublaban la visión. Tropezó y notó que él la agarraba del codo. Fue un contacto leve pero protector. Ella quiso soltarse por orgullo, pero no lo hizo.

Unos minutos más tarde, Kane aparcó delante del piso de ella. Ella se bajó del coche antes de que él pudiera abrir su puerta y se dirigió hacia el edificio sin despedirse siquiera.

Kane volvió a suspirar y esperó a que ella hubiera entrado. Entonces, arrancó con un chirrido de las ruedas que pudo oírse en el otro extremo del puerto.

Bryony pasó la semana con una energía alimentada por el deseo de vengarse en cuanto pudiera. No contestó a las llamadas telefónicas y borró los mensajes del contestador sin oírlos. Cuando sonó el intercomunicador de seguridad del edificio, ella lo miró sin contestar.

La última clase del viernes era una lección privada con una alumna que estaba rehabilitándose de una grave caída a caballo. Sara Denby no había recuperado la confianza y necesitaba mucho

ánimo de Bryony.

—Vamos a hacerlo muy despacio —le explicó Bryony enfrente del espejo—. Intenta la primera posición... muy bien—. La segunda... bien. Ahora llega la más difícil y exige más equilibrio, tres...

Sara levantó el brazo derecho ligeramente curvado y cruzó las piernas a la altura de los tobillos con una ligera vacilación..

—Bien, Sara. Ahora intenta la posición cuatro.

Sara deshizo la posición anterior sin vacilación alguna. Bryony captó la sonrisa de la niña en el espejo y también sonrió.

—¿Lo ves? Yo sabía que podías hacerlo. Ahora, terminaremos con la quinta...

Bryony no pudo terminar la frase al encontrarse con otra mirada en el espejo. Kane estaba al fondo de la sala con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en ella.

—Perdona, Sara. Será un minuto.

Bryony llevaba pantalones de chándal, pero notaba los leotardos ceñidos, y al llegar delante de él también se notó muy baja con las zapatillas de baile.

—¿No te has dado cuenta de que estoy en clase? —le preguntó ella en voz baja.

Kane la miró sin decir nada. Bryony miró por encima del hombro para comprobar si Sara estaba pendiente de ellos.

—¿Te importaría macharte?

El sacó las manos de los bolsillos, la agarró, la estrechó contra su pecho y la besó en la boca. Fue un beso breve, vigoroso y tan absorbente como todos los demás.

Él la soltó, ella se tambaleó y dio un paso atrás con los ojos como ascuas por la furia.

—Si no te vas inmediatamente...

La voz de Pauline desde el vestuario interrumpió su susurro indignado.

—¡De modo que éste es el hombre de tus sueños! —Pauline salió del cuarto y se acercó a Kane con la mano extendida—. Soy Pauline LeFray la socia de Bryony.

—Kane Kaproulias —él sonrió, y le estrechó la manoMe alegro de conocerte. Bryony me ha hablado mucho de ti.

Bryony pensó que era un mentiroso. Sólo le había hablado una vez de ella. También observó, con espanto, que Pauline se derretía ante el encanto de él.

—Me parece muy romántico que la hayas conquistado de esa forma —exageró Pauline.

—Ella se lo merece —replicó Kane con los ojos radiantes.

Bryony lo fulminó con la mirada por el doble sentido de la frase. Pauline se volvió para mirarla.

—Yo me ocuparé de Sara si los tortolitos queréis estar tranquilos…

—No, yo…

—¿Serías tan amable? —Kane interrumpió a Bryony con una sonrisa arrebatadora dirigida a Pauline—. Hace algún tiempo que no veo a Bryony y estoy deseando estar con ella. Ya sabes cómo son estas cosas…

—Desde luego —Pauline también le sonrió—. Llévatela y quemad la ciudad.

Pauline fue hacia Sara, que estaba intentando hacer un ejercicio en la barra.

Bryony lo miró como si quisiera atravesarlo y se dio la vuelta para dirigirse hacia el vestuario.

—Tengo que cambiarme.

—No tardes, corazón… —le dijo Kane mientras ella se alejaba.

Ella lo miró desde la puerta y esbozó una sonrisa adorable que no tenía nada que ver con su mirada rebosante de ira.

—No tardaré, pichoncito…

Ella le lanzó un beso con la mano y cerró la puerta del vestuario. Suspiró y apoyó la espalda en la puerta, con los puños cerrados por la rabia. Podía imaginárselo feliz por haberse salido con la suya una vez más.

Bryony metió los leotardos en la bolsa y se puso los zapatos sin arreglarse el pelo que se le estaba saliendo de la cola de caballo. Agarró el bolso, sin maquillarse, y salió con una expresión de felicidad dirigida a Pauline y Sara. Fue una pena que ellas no estuvieran mirando y resultó que Kane fue el único beneficiario de la sonrisa, lo cual la enfureció.

—¿No vamos?

Kane la agarró de la mano, empujó la puerta y la acompañó fuera. Hacía un calor muy húmedo y la blusa se le pegó a la espalda. Bryony avanzaba junto a él, abrumada por el contacto con su mano. No podía dejar de pensar en esa mano y el resto de su cuerpo tocándola. Se soltó y esperó impacientemente a que el semáforo les dejará cruzar la calle.

—¿Adónde te gustaría ir? —le preguntó él.

—A casa y, preferiblemente, sola —contestóó ella mientras echaba a andar. Él volvió a agarrarla de la mano, pero esa vez lo hizo con mucha fuerza para que ella no se soltara. —Estás

machacándome los dedos —espetó ella con ira.

—Tú estás machacándome mi vanidad —replicó él. Ella lo miró mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara.

—Estoy segura de que se repondrá con más fuerza que antes. Él se rió, y ella lo miró cáusticamente mientras esbozaba una sonrisa que intentó contener, pero fue tarde. —¿Sabes que ésa ha sido tu primera sonrisa sincera conmigo?

Ella dejó de sonreír. ¿Nunca le había sonreído? Lo conocía desde niña...—Espero que la hayas disfrutado, porque no volverás a verla.

—No estés tan segura, corazón... —respondió él lentamente.

—Me gustaría que dejaras de llamarme eso.

—Será mejor que vayas acostumbrándote. Dentro de una semana estaremos casados y eso es lo que se dicen los recién casados.

—Lo único que yo quiero llamarte no puede decirse en público.

—Me da igual lo que me llames, siempre que me llames para ir a la cama.

—Para ir a cenar. Lo que se dice es llamarme para ir a cenar, no a la cama —le corrigió ella con frialdad.

La sonrisa de él era cautivadora, tan cautivadora ue ella tuvo que mirar hacia otro lado. Tenía que tener cuidado y no bajar la guardia.

Kane la llevó a un pequeño restaurante que estaba cerca de allí. La luz era tenue y eso le venía bien para que él no pudiera descifrar la expresión de su rostro.

Bryony leyó la carta y habría pedido fetuchini carbonara, pero engordaban mucho.

—Tomaré ensalada sin aliñar —Bryony cerró la carta. Kane la miró un instante mientras se acercaba el camarero.

—Yo tomaré solomillo con salsa de pimienta y mi novia tomará fetuchini carbonara.

—Pero...

El camarero ya se había ido.

—¿Sabes la cantidad de nata que tiene ese plato?—preguntó ella.

—Puedes permitirte algún exceso de vez en cuando. —Creo que tengo derecho a pedir mi comida. Tengo que mirar por mi figura, todos los bailarines lo hacen. —Yo lo haré por ti —Kane la miró lentamente y de tuvo la mirada en sus pechos.

—¡Basta! —Bryony se avergonzó por los demás comensales del diminuto restaurante—. ¿Qué va a pensar la gente?

—Que me muero de ganas por ir a casa y acostarme contigo.

Ella sintió que se abrasaba. Como si alguien hubiera encendido una hoguera dentro de ella y se derritiera como la cera.

—Ya sabes que no quiero acostarme contigo.

—Confío en poder hacer que cambies de opinión.

—Puedes ahorrarte tu arrogancia porque no voy a cambiar de opinión.

—Eso tendrías que preguntárselo a todo tu cuerpo —Kane miró fijamente los pezones duros de ella—. A lo mejor no está de acuerdo.

—Hace frío —Bryony se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hace casi treinta grados —Kane sonrió—. Cuando reservé, Mario me avisó de que el aire acondicionado funciona mal.

—¿Habías reservado? ¿Tan seguro estabas de que vendría?

—Eres fácil de convencer —él levantó su copa y la vació de un sorbo—. Te prometo que siempre lo pasarás bien.

Ella lo miró con una mezcla de furia por el doble sentido de la frase y de temor a que fuera verdad. —Entonces, vas a llevarte una decepción —contradijo ella, mirando al mantel.

—No lo creo.

—¿Podríamos hablar de otra cosa? —pidió ella. —Si quieres...

Ella se mordió el labio mientras pensaba en algún tema, pero él se inclinó hacia delante.

—Creo que debo avisarte de que una mujer se acerca para hablar conmigo. Salí con ella.

—¿Por qué me lo dices? ¿Crees que me importan lasmujeres a las que chantajeaste para acostarte con ellas? —Pensé que lo educado era avisarte —Kane se llenó la copa de vino.

—Puedes meterte donde quieras tu concepto de la educación....

—¡Kane! —exclamó una voz femenina entre una nube de perfume barato.

Bryony se volvió y vio a una rubia teñida que se inclinaba sobre Kane.

—Eres un canalla. Hace años que no me llamas. —He estado ocupado. La rubia de bote no hizo caso de la rubia natural que se sentaba a la mesa.

—Bueno, ya sabes mi número de teléfono. Llámame si no tienes nada que hacer.

—Sí, no lo he olvidado —Kane sonrió ligeramente.

Bryony sintió ganas de abofetearlo, pero no cedió a la tentación. Se quedó en silencio y presenció la representación. Estaba furiosa con él por permitirla, pero estaba más furiosa consigo mismo por darle importancia.

Él, naturalmente, se habría acostado con mujeres.

Tenía treinta y un años y era un hombre programado para diseminar sus genes por todos lados.

—Hasta pronto —la mujer le mandó un beso que apestaba a tabaco—. No hagas nada que yo no haría... —Puedes estar segura, Luna. ¿Luna? ¿Acaso era un planeta en la órbita de él? —He intentado avisarte —le recordó él. —Creo que ningún aviso habría sido suficiente. —Sólo fue sexo.

—¿Alguna vez es otra cosa? —le preguntó ella con los ojos en blanco. —Tienes razón —Kane volvió a llenarse la copa de vino.

—Sólo puedo decirte que vas a casarte.

—¿De verdad? —él arqueó una ceja.

Ella fue a replicar con otra pulla, pero apareció el camarero con los fetuchini.

Bryony tomó el tenedor y empezó a comer sin consideración.

Después de cenar, Kane la acompañó al coche de ella y esperó a que se montara.

—¿Te apetece pasártelo bien conmigo este fin de semana? —le preguntó él antes de que ella cerrara la puerta.

—Tengo cosas... que hacer —ella intentó no mirarlo a los ojos.

—¿Qué cosas?

—Muchas cosas. —¿Por ejemplo?

—Tengo que cuidar del gato diabético de mi vecina. Él se rió y se apoyó en la puerta para que ella no la cerrara.

—¿No se te ocurre una excusa mejor?

—Tengo que fregar el suelo —Bryony puso el motor en marcha.

—¿Vas a tardar todo el fin de semana? —Lo hago con la lengua. La mirada de él fue una verdadera tentación, pero ella cerró la puerta y arrancó. Sin embargó, tardó muchos metros en borrar de su mente la sonrisa de él y muchos más en que se le serenara el pulso ante la idea de casarse con él.

Capítulo 5

EL LUNES por la mañana, Bryony se sintió como montada en una montaña rusa abocada hacia el desastre de su boda.

En cuanto llegó a la escuela de danza, Pauline le alabó efusivamente la elección del novio y Bryony no se atrevió a decirle que no había sido una elección.

—Es guapísimo —exclamó Pauline—. Esa cicatriz... ¿Te ha dicho cómo se la hizo? Es impresionante. No me extraña que te enamoraras tan rápidamente. Yo me habría metido en su cama aunque estuviera llena de tiburones blancos.

—Estás como una cabra, ¿lo sabías? —le preguntó Bryony entre risas.

—El sí que está loco por ti —aseguró Pauline—. Es tan evidente como su cicatriz.

—Se la hizo en una pelea —le dijo Bryony para que dejara de hablar de la cicatriz.

—No esperaba menos —replicó Pauline con admiración—. ¿Estaba defendiendo el honor de una chica?

—No sé bien... los detalles...

—Me encantaría encontrar a alguien como él que me defendiera...

—Las mujeres podemos defendernos solas. Además, pelearse es primitivo.

—Dame un hombre primitivo en vez de un metrosexual de esos que se depilan...

Bryony no contestó. Estaba absorta con la visión de

Kane que le pasaba la cuchilla de afeitar por el tobillo, el muslo y más arriba...

Su madre la llamó esa noche. Hacía años que no tenía un tono de voz tan animado.

—Cariño, tenía que contártelo —le dijo Glenys casi sin aliento —. Kane ha saldado las deudas de tu padre. Nos ha llamado hace un rato. ¿No te parece maravilloso?

¿Qué tenía de maravilloso chantajearla para casarse con ella?

—Sí —contestó ella—. Él es maravilloso...

—Me alegro de que lo pienses. Quiero decir, esperaba que sintieras alguna gratitud por lo que ha hecho por nosotros.

—De verdad, mamá, estoy muy agradecida —replicó ella, intentando disimular el sarcasmo.

—Me alivias, cariño, no me gustaba pensar que te casabas con él cuando lo odiabas tanto —hizo una pausa—. Ya no lo odias, ¿verdad?

A Bryony le costó contestar con un poco de sinceridad. Por un lado lo odiaba con toda su alma, pero...

—No sé bien lo que siento por él —Bryony tiró por el camino de en medio.

—Es un buen hombre. Una sabe esas cosas.

Bryony frunció el ceño. Si su madre pensaba que él era un ángel, ¿por qué había sido cómplice de su padre cuando lo mandó a la cárcel hacía diez años? ¿Acaso había algo que ellos no le habían contado?

—Sí. Una acaba sabiéndolo —contestó a su madre sin creerse una palabra.

El día de la boda hacía buen tiempo, pero con unos nubarrones negros y amenazantes, como si no aproba—

ran la ceremonia que iba a celebrarse en Mercyfields. Bryony deseó que descargaran para que aliviaran la tensión del ambiente.

—Estás muy guapa —su madre sollozó al mirarla—. Estás radiante.

Radiante de furia, pensó Bryony mientras se ponía el velo sobre la cara.

—Estoy preparada —mintió ella mientras se dirigía hacia la puerta.

—Estoy... muy orgullosa de ti —balbució su madre—. Muy, muy orgullosa.

Bryony contuvo las lágrimas y odió a Kane por hacerle pasar por aquello. Él la esperaba con la mirada fija al fondo del camino de glicinias. ¿Qué le importaba a ella todo aquello? No iba a ser una esposa dócil y formal ni por todo el dinero del mundo.

Se colocó junto a él y lo miró a los ojos impenetrables, con la barbilla muy alta.

—Nos hemos reunido... —empezó el celebrante.

«Para casar a una mujer contra su voluntad con un hombre al que odia», se dijo Bryony mientras se preguntaba qué dirían los invitados si ella les contara la verdad.

—Si alguien conoce algún motivo para que esta pareja no se una en santo matrimonio, que hable ahora o calle para siempre —siguió el celebrante con tono imperativo.

Bryony deseó tener el valor para contar la historia verdadera. ¿Qué pensaría la tía abuela Ruby, que estaba enjugándose las lágrimas? Por no decir nada de Pauline, que estaba sollozando con

un pañuelo en la nariz...

—Puede besar a la novia.

Bryony salió de su ensimismamiento cuando Kane acercó sus labios a los de ella. Ella se preparó para el

contacto de sus cálidos labios, pero enseguida comprobó que no podía hacer nada para mitigar el efecto del beso. Se olvidó de los invitados; se olvidó de que lo odiaba; se olvidó de que había decidido no corresponderle ni en la forma ni en el fondo, y tuvo que reconocer que el fondo y la forma de él seguramente serían su perdición. Él era la virilidad en estado puro. Una virilidad poderosa e irresistible que la tenía agarrada de las caderas con sus grandes manos y que hizo que ella se estremeciera cuando la estrechó contra sí.

Notó el cuerpo de Kane con todo detalle; notó los muslos graníticos contra sus muslos y el principio de una erección contra el vientre que le dio una idea de lo que la esperaba.

Ella se separó y sonrió forzadamente con la esperanza de que los invitados no hubieran captado el pánico que se reflejaba en sus ojos.

Volvieron juntos por el camino de glicinias, y los invitados aplaudieron a su paso.

Aquello no podía ser real.

Estaba casada con un hombre al que odiaba desde niña y que era el hijo de una sirvienta.

Miró a su padre a los ojos, pero él no pudo aguantar la mirada, como si no soportara verla del brazo del enemigo de su hijo muerto. Su madre, como siempre, se enjugaba las lágrimas, pero también sonreía, y eso fue un ligero consuelo para Bryony.

—Sonría, señora Kaproulias —dijo una voz antes de que un flash la cegara por un instante.El primer rayo cayó sobre las cinco de la tarde, justo cuando se iba el último invitado. Bryony estaba junto a Kane e intentó no dejarse llevar por el pánico cuando el Mercedes de sus padres salió de Mercyfields por última vez. Después del crucero, sus padres se quedarían en un piso de la ciudad. Mercyfields era de Kane Kaproulias, su marido.

Cayeron las primeras gotas de lluvia y el ambiente se llenó del olor a tierra mojada. Bryony estaba en el porche, y Kane apoyó los antebrazos en la barandilla junto a ella mientras miraba hacia las colinas donde caían los rayos.

—Parece que va a ser una buena tormenta —comentó él.

—A lo mejor pasa de largo —replicó ella.

—He notado que se acercaba durante todo el día. ¿Tú no?

Él tenía la cara a la misma altura que la de ella y los ojos tan cerca que ella podía ver sus tupidas pestañas. Sus ojos se dirigieron hacia la boca, casi como si tuvieran voluntad propia, y sintió la inexplicable necesidad de recorrer la cicatriz con las yemas de sus dedos.

Un rayo iluminó cegadoramente el porche, pero ella ni siquiera parpadeó de lo absorta que estaba mirándolo y preguntándose cuándo él la...

—¿Te gustan las tormentas? —le preguntó Kane.

Bryony observó el movimiento de sus labios y sintió un cosquilleo en el estómago.

—Sí... —volvió a mirarlo a los ojos—. ¿Y a ti?

Él giró la cabeza para mirar los campos y absorbió el olor a tierra mojada mientras cerraba los ojos como si recordara algo. Ella aprovechó el momento para analizar sus rasgos, su nariz casi clásica, su mentón nítidamente cincelado, la sombra de la barba incipiente y la boca que sonrió fugazmente. ¿Qué estaba pensando? ¿Estaría felicitándose por haberse quedado con Mercyfields? ¿Estaría pensado en la horas que había trabajado su madre para sacarlo adelante? ¿Estaría pensando en la novia que había comprado y en cómo la poseería?

Kane se separó de la barandilla y la miró.

—Voy a beber algo para celebrarlo.

—Entenderás que no te acompañe... —el tono de Bryony fue intencionadamente sarcástico para intentar mantener las distancias.

—¿No quieres beber por nuestro futuro?

—Creo que voy a ahorrármelo, si no te importa.

—Muy bien —él fue hacia las puertas acristaladas—. Hasta luego. Tengo cosas que hacer.

Ella se quedó mirando fijamente al reflejo de los nubarrones en el lago y se preguntó si lo que había pasado el primer día de su matrimonio sería indicativo de lo que pasaría después. ¿Su matrimonio sería siempre una batalla para tener la sartén por el mango?

Cayó otro rayo acompañado por el estallido de un trueno, y Bryony, dejándose llevar por un impulso, salió del porche, se levantó la pesada falda color crema por encima de los tobillos y fue hacia la pradera de césped que había al lado de la rosaleda. Se quitó los zapatos de una patada y dio tres giros para que la falda se extendiera como los pétalos de una rosa. Tenía la tierra como escenario y el acompañamiento de una orquesta natural. Bailó por su hermano, a quien añoraba muchísimo, y pensó en la vida que

perdió en un accidente estúpido que nunca debería haber pasado; bailó por la pérdida de su libertad y por su desolador porvenir casada con un hombre que la consideraba un trofeo; bailó por Sophia, la madre de Kane, que no había visto el ascenso de su hijo y que se había pasado la vida trabajando como sirvienta para que él triunfara.

Habría seguido bailando, pero la tormenta remitía como una ovación que se apagaba.

Recogió los zapatos con una mano y con la otra se levantó la falda cubierta de barro. Cuando subió los escalones que llevaban a la casa, vio que Kane la esperaba apoyado en la puerta.

—Podría haberte caído un rayo —bufó él con una expresión muy seria.

—Es lo que quería, pero no han colaborado —Bryony se apartó el pelo mojado de la cara con aire desafiante—. Al final, tendrás que quedarte conmigo. Es una pena que no hayas podido hacerte con Mercyfields sin mi lastre.

—Mercyfields no significa nada para mí.

—Ya lo sé —lo miró con resentimiento—. Sólo lo querías para salirte con la tuya. Tenías que arrebatárselo a mi padre, que, por cierto, te pagó la educación. Sin su ayuda no habrías llegado a ser lo que eres.

—No —la miró con una expresión indescifrable—. Desde luego que no lo habría sido.

—¿Estás contento? —insistió ella con amargura—. Al final has conseguido hacer tu particular forma de justicia con la familia Mercer. Es una pena que Austin no esté aquí para que tu perverso placer fuera mayor todavía.

—¿Crees que hacer justicia es una perversión mía? —el tono era hosco y amargo—. Yo te diré lo que es perverso. Tu hermano no era el ángel que tú te imaginas, como no lo es tu padre. A mí me parece perverso tu rechazo a ver la verdad sobre ellos.

Ella se sintió indignada por aquellas palabras. No albergaba ilusiones sobre su padre, pero Austin era otra cosa. Él no tenía derecho a ultrajar a su hermano.

—¿Quién eres tú para hablar de mi hermano? —espetó ella—. Tú, el hijo de nuestra promiscua limpiadora.

No debería haberlo dicho, pero las palabras brotaron antes de que pudiera contenerlas. Vio que los ojos le centelleaban de ira y que Kane hacía un es fuerzo infinito para mantener algo de dominio sobre sí mismo.

—¿Qué quieres decir con promiscua? —la miró de arriba abajo

con unos ojos abrasadores.

—Yo… —Bryony intentó retroceder, pero él la agarró del brazo.

—Te he hecho una pregunta —el tono era amena zante.

Ella sintió los dedos de él clavados en el brazo, pero su orgullo hizo que se mantuviera firme y que no cediera como había hecho tantas veces con su padre. —Tu madre se acostaba con alguien de Mercyfields. Todo el mundo lo sabía.

Él la miró con los ojos entrecerrados. —¿Sabes quién era él?

—No. Nadie… quiso decírmelo. Creo que era… uno de los jardineros… El la soltó y se dio la vuelta. Bryony se quedó con la mirada clavada en su espalda y se preguntó si él lo habría sabido. Si no, podía imaginarse la impresión de se momento, y se sintió avergonzada.

—Lo… siento —se disculpó ella—. Creía que ya lo sabrías.

Él se volvió bruscamente con una sonrisa de desprecio que resaltaba la cicatriz del labio.

—Claro, ya lo sabía —replicó él con un tono que ella no supo interpretar.

—¿Sabías con quién… se veía? —preguntó ella. Se hizo un silencio que a ella le pareció eterno. —Déjalo. ¿Qué más da? Está muerta —él se agarró a la barandilla con la mirada perdida.

—¿Cómo murió? —le preguntó Bryony con el ceño fruncido.

Kane tomó aliento entrecortadamente, pero su respuesta careció de emoción.

—Se suicidó.

Bryony sintió un frío helador. —Lo siento… —No lo sientas —Kane se volvió hacia ella—. Tú no la empujaste a hacerlo.

Ella no podía apartar los ojos de la profundísima tristeza de su mirada.

—¿Hace cuánto paso?

—No hace tanto como para que yo haya podido per donar a la persona inductora.

—El suicidio crea mucha sensación de culpa en las personas que se quedan —intentó consolarlo ella. —Pero, desgraciadamente, no en las personas más culpables.

—No deberías culparte… —No lo hago.

Ella parpadeó ante una declaración tan rotunda. —Entonces, ¿a quién culpas?

Él miró hacia otro lado y ella comprendió que el asunto estaba zanjado.

—Mañana tenemos que madrugar —dijo él inexpresivamente—. ¿Por qué no te das un baño y te acuestas? Te despertaré al

amanecer.

Ella lo miró fijamente y sin comprender. ¿Acaso no quería que ella...? Fue a decir algo, pero él le sonrió con tristeza.

—¿Crees que sería tan bárbaro, Bryony? —Yo...

No podía decir nada. Ella, efectivamente, lo consideraba tan implacable como para obligarla a consumar el matrimonio, pero, entonces...

—Ya sé que piensas que acabo de descender del árbol, pero te aseguro que no tengo interés en acostarme contigo esta noche.

Ella lo miró desconcertada por la contradicción de sus propios sentimientos. Tendría que haber sentido alivio, pero se sentía decepcionada y desconcertada.

—Ya...

Ella bajó la mirada y se levantó el vestido embarrado con una mano vacilante. Kane le levantó la barbilla con un dedo largo y bronceado y la miró a los ojos. Esos ojos le recordaron a ella en el lago y a todos los secretos que ocultaba en sus profundidades.

Bryony contuvo la respiración cuando él acercó la boca. Notó la caricia de sus labios sobre los de ella. Abrió los ojos, sintió su mirada abrasadora y, antes de poder contenerse, le pasó el dedo índice por el borde de la cicatriz. Él se mantuvo muy quieto, pero ella podía notar los poderosos latidos de su corazón en la mano que había apoyado en su pecho.

—Tenía que habértelo dicho hace mucho tiempo... —empezó a decir ella vacilantemente.

—No hace falta —le interrumpió él con un tono adusto.

—Sí... sí hace falta...

—Fue hace diez años. Eras una niña.

Ella notó que los ojos se le llenaban de lágrimas por lo mucho que él tenía que haber sufrido y, sin embargo, que ella supiera, no se lo había dicho a nadie.

—¿Por qué le dijiste a todo el mundo que te habías caído? —le preguntó ella con la voz un poco entrecortada—. ¿Por qué no dijiste la verdad?

—¿De qué iba a servirme? Yo te provoqué y tú me contestaste. Por mi parte, todo quedó zanjado.

Sin embargo, no se había zanjado. Él había ido a por ella como había ido a por Mercyfields.

—Además —añadió él—. No quería que mi orgullo sufriera más. ¿Te imaginas lo que se habrían reído de mí si todo el mundo se hubiera enterado de que me habías pegado con una piedra?

—Sangraste tanto... —Bryony se mordió el labio.

—No fue un espectáculo muy agradable.

—Tenías todo el derecho a decirlo. Yo me merecí...

—No le des más vueltas, Bryony. Hay que tener mucha suerte para que la vida no te haga más de una cicatriz. La mía es un poco más visible, pero hay mucha gente con cicatrices mayores que ésta. La única diferencia es que están dentro de ellos, donde más duelen.

Ella lo sabía muy bien. ¿Acaso no tenía ella heridas tan profundas que ninguna mano podía curarlas?

—Que duermas bien —Kane le acarició la mejilla antes de bajar las escaleras del porche.

Ella se quedó mirándolo hasta que desapareció entre los árboles.

Capítulo 6

BRYONY decidió darse una ducha y se acostó con pocas esperanzas de dormir, pero cuando se despertó con el canto de los pájaros, se dio cuenta de lo cansada que había estado. Se levantó y se vistió antes de que Kane llamara a la puerta.

—Es hora de levantarse, Bryony.

—Estoy levantada —contestó ella mientras arreglaba la cama.

Cuando bajó, él tenía el motor en marcha y el maletero abierto, y arqueó una ceja al ver la bolsa tan pequeña que llevaba.

—¿No te llevas el fregadero?

Ella sacudió la cabeza. Kane cerró el maletero, se sentó al volante y arrancó. Ella permaneció en silencio a pesar de todas la preguntas que la abrumaban.

¿Por qué la había dejado en paz la noche anterior? ¿Acaso poseerla no era parte de su venganza? Si no quería acostarse con ella, ¿por qué la llevaba de luna de miel? ¿Estaría alargando su tormento al saber lo mucho que ella temía ese momento?

Kane conducía con su habitual pericia y hacía algunos comentarios aislados, pero no parecía muy dispuesto a tener una conversación. El recelo de Bryony aumentaba con cada silencio. No podía evitar pensar que él lo hacía intencionadamente para mantenerla en tensión. Al cabo de una hora en silencio, él giró por un camino polvoriento que a Bryony le pareció que no llevaba a ninguna parte.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella.

—No falta mucho. Verás qué vista —le contestó él mientras esquivaba un bache.

Al cabo de unos minutos, ella tuvo que darle la razón sobre la vista. El mar se extendía hasta el horizonte y en la distancia se distinguía la mancha de una isla rocosa. Debajo del acantilado podía verse la franja de una playa interminable.

—Es... maravilloso.

—Puede ser mejor —Kane se bajó para abrirle la uerta, pero ella se bajó antes.

—¿Cómo encontraste este sitio? —ella lo miró sin disimular su dicha.

—Tampoco está fuera del mapa —dijo él sin contestar la pregunta.

Ella decidió no insistir y deleitarse con el paisaje. —Me encanta

el sonido del mar. Es tan... poderoso. Bryony avanzó hasta el borde del acantilado para mirar el mar. Entonces, se volvió hacia Kane y vio la casa de campo que colgaba desde una terraza a un nivel superior. Estaba oculta de la carretera y daba la sación de aislamiento.

—¡Caray! —exclamó ella con admiración.

Kane fue hasta ella con las bolsas en las manos. —¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Bryony lo miró fugazmente y ascendió por el sendero para verla más de cerca. Kane la siguió a cierta distancia con una sonrisa en los labios, abrió la puerta y ella pasó.

—¡No puedo creerme que todavía exista un paraíso así! No hay un alma en kilómetros a la redonda. —Efectivamente. Es lo que más me gusta.

Ella lo miró, pero él tenía la vista clavada en el mar a través del ventanal.

—Ven —le dijo Kane mientras alargaba un brazo para que ella fuera con él.

Ella dudó un instante antes de que él le rodeara los hombros con el brazo —¿Ves aquello? —le preguntó él, señalando a la lejanía.

—¿Qué es? ¿Un barco? —No, mira allí, ¿no los ves? Ella miró con más atención y vio un grupo de delfines.

—¡Delfines! —exclamó mientras, inconscientemente, rodeaba la cintura de él con el brazo.

—Dentro de un par de días estarán más cerca de la costa —le explicó Kane mientras la miraba.

—¿De verdad? —ella lo miró con emoción—. ¿Cómo de cerca?

—Tan cerca que podremos nadar entre ellos. —¿De verdad? —repitió ella.

—De verdad. He nadado entre ellos muchas veces. —Siempre he querido hacerlo...

—Entonces, lo harás —Kane la soltó—. Organizaré algo de comida. ¿Por qué no vas a explorar el camino que lleva a la playa? Te daré un grito cuando todo esté preparado.

—¿Seguro?

El le hizo un gesto para que se alejara.

—Ten cuidado con el camino, hay piedras sueltas yresbalan mucho. Bryony se abrió camino entre la vegetación hasta donde empezaba el camino. Efectivamente, en algunos sitios estaba muy resbaladizo, pero consiguió bajar hasta la finísima arena. Se quitó la zapatillas y se acercó hasta la espuma de la orilla. El agua estaba más caliente de lo que había imaginado. Miró hacia arribay se

cercioró de que Kane no estaba asomado a alguna de las ventanas, luego, se quedó en ropa interior y se zambulló en el agua. Nadó hacia el interior del mar y se dejó mecer por la olas hasta que, entre risas, se dejó arrastrar por una de ellas otra vez hasta la orilla. Se levantó, se apartó el pelo de la cara y vio a Kane que la observaba desde la arena.

No lo había visto bajar por el camino y deseó haber estado más atenta. Su ropa interior de encaje no era el atuendo que ella prefería tener para estar delante de él, pero tenía frío y no le quedó más remedio que ir hasta donde estaba su ropa.

Evitó mirarlo a los ojos cuando se agachó para recoger sus prendas de algodón.

—Parecía que estabas pasándotelo muy bien —comentó él.

Ella se puso el pantalón antes de contestar.

—Sí, hacía años que no venía a la playa. Kane la miró fugazmente de arriba abajo. —Deberías hacerlo más a menudo.

—Es verdad —replicó ella con un suspiro—. Pero nunca tengo tiempo. Además... no es tan divertido venir sola.

—¿No has salido con nadie últimamente? —Kane la miró intensamente.

Ella dudó. No quería parecer una mujer de casi treinta años desesperada porque no salía con alguien, pero tampoco quería fingir que iba de hombre en hombre para encontrar el novio perfecto.

—De vez en cuando. Supongo que soy lo que se llama una mujer difícil de satisfacer.

—Es comprensible.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó ella mientras lo miraba con curiosidad.

—Es una suposición —Kane se encogió de hombros sin querer decir nada.

Ella se puso las zapatillas y fue hacia el camino para no tener que responder. Ella sabía que él pensaba que era una heredera con mucho dinero y pocos principios, pero ella había evitado cualquier compromiso para no acabar como su madre. Evidentemente, lo paradójico era que se encontraba atada a un hombre que detestaba todo lo relacionado con ella y su familia.

La comida que él había preparado era sencilla, pero también era exactamente lo que ella necesitaba: pan, queso, un poco de ensalada y vino blanco frío. —Mmm... Está delicioso —comentó ella al probar el vino.

—Es de la zona. Hay viñedos por los alrededores. Ella se sentó a

la mesa y se puso la servilleta sobre el regazo.

—¿Cómo has conseguido toda esta comida?

—Tengo unos amigos que me cuidan la casa —contestó él mientras se sentaba.

—¿La casa es tuya?

—Compré la finca hace unos años. La casa la construí el año pasado.

—¿Construiste tú la casa? —le preguntó ella sin salir de su asombro.

—¿Te parece tan difícil de creer?

—No... es que... —ella vaciló—. ¿Cómo ganaste el dinero?

—De la forma habitual. —¿Suerte?

—Sólo alguien con tu origen social supondría algo así. No, fue con mucho trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—El tipo de trabajo que tu familia y tú habéis despreciado siempre. El trabajo físico.

Ella dio otro sorbo de vino mientras recomponía sus ideas. Él había vuelto a adoptar un tono amargo y, si bien ella no podía reprocharle que le recordara el desdén de su padre en el pasado, ella quería volver a ver al Kane cercano y delicado.

—Es un trabajo que alguien tiene que hacer, pero ¿cómo has llegado tan alto?

—La empresa de construcción para la que trabajaba iba a declararse en quiebra y yo, con la ayuda de un amigo que me dio respaldo económico, hice una oferta por ella. Trabajé durante el día, estudié por la noche y al cabo de un año de hacerme con la empresa, devolví el dinero con los intereses.

—¿Qué tienes pensado hacer con la empresa de mi padre?

Kane la miró titubeantemente mientras tomaba la copa de vino.

—Voy a venderla.

—¿Y Mercyfields? ¿También piensas venderla? —Todavía no.

Ella no sabía si sentirse aliviada o decepcionada. —Creía que Mercyfields no significaba nada para ti.

¿Por qué ibas a conservarla?

—Sinceramente, detesto ese sitio —Kane no disimuló el tono despectivo—, pero primero tengo que hacer algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Exorcizar algunos fantasmas, por ejemplo —la miró con sus ojos inescrutables.

Ella sintió un escalofrío.

—Las cenizas de Austin están allí... —ella tragó saliva—. Las

esparcimos al año siguiente de que te fueras.

—No me fui, Bryony —a Kane le brillaron los ojos—. Me sacaron.

—Te lo mereciste —replicó ella recordándolo como si hubiera pasado la semana anterior.

Habían pasado dos semanas desde que ella se lo encontró en el lago. Durante ese tiempo, lo había evitado por todos los medios, pero unos meses antes de que Austin muriera, ella salió de desayunar y se lo encontró en la puerta del despacho de su padre. Su actitud arrogante la había molestado tanto como la forma de mirarla de arriba abajo. Podía recordar el gesto despectivo de su labio herido. Contuvo el aliento y se preguntó si él iría a informar del acto despreciable que había cometido ella. Llevaba quince días esperando que llegara ese momento y creía que él no había dicho nada para alargar su tormento. ¿Qué hacía en la puerta del despacho de su padre?

Se sintió fatal al imaginarse lo que pasaría si su padre se enteraba. Su padre podía ser intolerante, clasista e incluso agresivo, pero sabía que él nunca permitiría una demostración de violencia como aquélla y sabía que como castigo él acabaría desahogándose en su madre.

—Hola, Bryony —le saludó él con cierta chuleríaHace mucho que no te veo. ¿Has estado escondida?

—No he estado escondida —contestó ella mientras pasaba de largo.

Él la agarró del brazo con la fuerza de una llave inglesa. Bryony lo miró a los ojos y su intensidad abrasadora la asustaron, pero también la atrajeron hacia él como a una polilla hacia una luz ardiente. Ella sintió la atracción de su cuerpo, el calor que irradiaba y su olor a virilidad en estado puro que le despertaron todos los sentidos. Su reacción la avergonzó, la asustó... la aterró íntimamente.

—Suéltame, Kane.

Ella supo que él no la obedecería, y durante muchos años se preguntó qué habría pasado si su hermano no hubiera aparecido en el vestíbulo.

—Suéltala —le ordenó Austin.

Los ojos de Kane se encendieron con un odio tan intenso que la acobardaron, pero Kane la soltó y dio un paso atrás.

—¿Qué haces en la casa, escoria repugnante? —le preguntó Austin con desdén.

—Tengo una cita con su padre —el tono fue aparentemente

educado, pero la actitud fue de insolencia absoluta—. Tengo que comentar una cosa con él.

Bryony lo miró casi suplicantemente, pero la fugaz mirada de él fue amarga e implacable.

—¿De qué quieres hablar con él? —le preguntó Austin con su arrogancia habitual.

Se hizo un silencio cargado de tensión. Bryony sintió que se quedaba sin respiración, y Kane la miró fijamente a los ojos durante una fracción de segundo aterradora.

—Es un asunto privado.

A ella se le heló la sangre. Iba a decírselo a su padre. —Vaya... un asunto privado... —Austin hizo un gesto de burla—. Me pregunto qué asunto privado puedes tener con mi padre.

Kane no contestó, porque en ese momento se abrió la puerta del despacho y Owen Mercer apareció con una expresión de enfado.

—¿Qué es todo este ruido? Bryony, ya te he dicho que no te trates con el personal. Vete a tu habitación. —Pero yo...

Su padre la cortó con una mirada imponente. —Bryony no estaba conmigo, señor Mercer —intervino Kane—. Ella sólo pasaba por aquí.

—Él estaba tocándola —le acusó Austin—. Sabe Dios lo que habría pasado si no llego a aparecer.

Bryony miró a su hermano muy asustada. Él sabía cómo reaccionaría su padre.

—Creo haberte dicho que subas a tu habitación —Owen la miró con el rostro rojo de ira.

Ella vaciló, pero se dirigió hacia las escaleras. Por el camino oyó a su padre que despedía a Austin y que cerraba la puerta del despacho para quedarse con Kane. Ella nunca supo lo que pasó entonces, y su remordimiento por el papel que había representado hizo que tampoco lo preguntara. Sólo supo que una hora después de aquella reunión, Kane se montó en un tractor con un arado y lo pasó por la extensión de inmaculado césped que había delante del lago; se necesitaron meses y miles de dólares para recuperarlo.

Dos oficiales de policía se llevaron a Kane, y su madre fue despedida minutos más tarde. Bryony vio desde la ventana de su cuarto cómo le ponían las esposas y lo montaban en un furgón. Mientras entraba, Kane se volvió y clavó la mirada en ella antes de escupir violentamente en el suelo.

Bryony podía notar la tensión de Kane, sentado enfrente de ella a la mesa, como si él también hubiera retrocedido en el tiempo.

—Sabes que te lo mereciste —repitió ella—. Causaste daños por

valor de miles de dólares, por no decir nada del sufrimiento de la señora Bromley cuando atropellaste a su perro.

—Me temo que si quieres encontrar un culpable por ese delito concreto basta con que mires en tu propia familia —replicó él con la mandíbula en tensión.

—¡Por favor, Kane! Encontraron a Nero en medio del césped arrasado con huellas de tractor en su espalda. ¿Cómo puedes decir que no fuiste tú?

—Ya te lo he dicho, yo no maté al perro.

Bryony estaba desconcertada. Quería creer que él era incapaz de hacer algo así, pero no quería creer que lo hubiera hecho alguien de su familia.

—Supongo que quieres que me crea que otra persona machacó al perro y lo dejó allí para que te culparan...

Él hizo una mueca con la boca, apartó la mesa y se levantó.

—Puedes creer lo que quieras —contestó ásperamente—. Me da igual.

Kane fue hasta la puerta, salió y la cerró de un portazo. Bryony se quedó con el ceño fruncido por la perplejidad. ¿Qué podía pensar? Él siempre había sido taciturno y algo hosco, pero nunca lo había considerado capaz de ser despiadado con un animal. Sin embargo, ¿cómo podía saberlo? ¿Lo conocía bien?

Él había surgido del pasado para hacerse implacablemente con todo lo que perteneciera a los Mercer, y sus padres no habían opuesto resistencia. Ella se había llevado la peor parte de una venganza que él había tramado meticulosamente.

Recogió la mesa, metió los platos en el lavaplatos y salió a recorrer la casa. Por toda ella había madera maravillosamente tratada. Miró hacia el mar y suspiró. ¿Alguna vez sabría toda la historia? Ya no podía pedir a Austin su versión. Le parecía imposible que su hermano mayor, al que adoraba, pudiera haber participado en lo que pasó. Sabía que él y Kane se habían llevado muy mal cuando eran jóvenes y, aunque eso no excusaba la brutalidad de su hermano hacia Kane, también sabía que su padre lo había modelado así. Austin había adoptado un patrón desde su infancia, como, en cierta medida, lo había adoptado ella, para su vergüenza.

Bryony volvió a bajar a la playa con la esperanza de que la brisa vespertina la animara un poco. Paseó por la orilla y recogió algunas conchas. Era la primera vez que paseaba por una playa completamente desierta y sintió una paz asombrosa. Eso hizo que pensara en la necesidad de soledad que sentía Kane. ¿Se rodeaba de

naturaleza impoluta para intentar escapar de su pasado vergonzoso? ¿Sería ella desleal con Austin si sentía algo hacia el hombre que durante los diez últimos años sólo se había propuesto acabar con su familia?

Dejó que la brisa le barriera la cara y deseó poder olvidarse de la noche del accidente, pero en momentos como ése, cuando bajaba la guardia, se le aparecía constantemente.

Ella estaba en casa durante unas vacaciones. Acababa de acostarse cuando oyó un coche que se paraba en la puerta de Mercyfields y se asomó a la ventana para ver quién podía llegar a esa hora de la noche. Vio a dos policías que llamaban a la puerta con la gorra en la mano. Unos segundos más tarde oyó el grito desgarrador de su madre y, desde entonces, su vida cayó en una barrena de la que no se había recuperado.

La investigación dijo que el alcohol y la velocidad fueron los responsables, pero sus padres se empeñaron en que él era inocente. Ella dejó que pensaran lo que quisieran para no aumentar el dolor de la situación. Austin estaba muerto.

Lo mínimo que podía hacer para honrar su memoria era mantener la distancia con Kane Kaproulias. Su corazón dependía de ello...

Capítulo 7

BRYONY estaba a punto de llegar al camino cuando vio un bulto en la orilla de la playa. Se puso la mano de visera para intentar distinguirlo, pero oyó unos pasos a la carrera detrás de ella. Se dio la vuelta bruscamente y vio a Kane que se acercaba con un cuchillo amenazador en la mano. Ella retrocedió, pero él pasó de largo.

—¡Me parece que uno de los delfines está herido! —le gritó él por encima del hombro.

Ella echó a correr detrás. Efectivamente, uno de los delfines estaba varado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bryony mientras se arrodillaba y lo acariciaba.

Kane estaba examinándolo por el otro lado, y la miró con una expresión de furia.

—Un sedal —Kane soltó un exabrupto.

—¿Un sedal? —ella lo miró por encima del delfín.

—Tenemos que darle la vuelta. Está hundido en la otra aleta.

—¿No le haremos daño?

—Si no lo hacemos, morirá.

Bryony miró fijamente al delfín y le pareció que él le daba la razón a Kane.

—Mete los brazos por aquí —le indicó Kane mientras ella iba a su lado—. Ten cuidado de no arañarlo con las uñas, y empuja.

Ella hizo lo que le había ordenado, pero el delfín era muy pesado y resbaladizo.

—Vamos, Bryony, otra vez. Una, dos y tres...

El animal se movió ligeramente, pero el movimiento debió de dolerle, porque empezó a agitar la cola y a salpicarlos.

—Otra vez, corazón —la animó Kane mientras se secaba los ojos —. Podemos conseguirlo.

Ella empujó con todas sus fuerzas y se preguntó por qué le había gustado que la llamara así cuando lo había detestado tanto.

El delfín se movió, pero la rodilla de ella cedió, aunque apretó los dientes y siguió empujando hasta que consiguieron darle la vuelta. Entonces, vio el hilo de nylon que casi había cortado en dos la aleta del delfín.

—Pobrecillo...

—Está bien —Kane introdujo el cuchillo—. Intenta sujetarlo mientras le corto el sedal.

Ella no creía que pudiera hacer gran cosa si el animal decidía moverse, pero, como si fuera consciente de lo que se jugaba, se quedó quieto mientras Kane hacía su trabajo.

Kane se levantó y sonrió sombríamente.

—Lo más fácil ya está hecho. Ahora viene lo difícil.

—¿Lo difícil?

El señaló con la cabeza hacia el mar; que se había alejado al bajar la marea.

—¡No...! —exclamó Bryony con desesperación.

—Sí —Kane clavó el cuchillo en la arena y se puso en la cola del delfín—. Intentaré tirar de él para acercarlo, pero tú ocúpate de que la aleta herida no sufra demasiado. Él se resistirá, pero no podemos hacer otra cosa.

—De acuerdo.

El delfín la miró expresivamente antes de empezar a intentar zafarse de Kane.

—Tranquilo —Bryony lo acarició—. Está intentando ayudarte. No te resistas, sólo te perjudicarías.

Ella pensó en esas palabras, y se dijo si no podría aplicárselas a ella misma. No había dejado de resistirse a Kane y quizá eso sólo fuera en su perjuicio.

El delfín empezó a arrastrar la aleta por la arena y Bryony se adelantó para cavar una pequeña zanja por la que pudiera avanzar sin dañársela.

—Buena idea —le felicitó Kane, que apretó los dientes para tirar del animal—. Ya está casi...

En cuanto el delfín notó que el agua se hacía más profunda, empezó a retorcerse con ansiedad. Bryony se sentó en los talones. La zanja ya no era necesaria y el animal empezó a flotar. Kane le soltó la cola y el delfín se introdujo en el mar con el reflejo resplandeciente del atardecer en su lomo.

Kane se volvió para mirar a Bryony, que seguía sentada en la orilla con las mejillas congestionadas y el pelo revuelto como el de una sirena. Se acercó a ella y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

—Lo hemos conseguido, Bryony.

Ella tomó la mano, pero se tambaleó cuando la rodilla no le aguantó el peso. Él la sujetó con fuerza pero delicadamente.

—¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

—Me duele la rodilla, pero se me pasará enseguida.

Él se arrodilló, le levantó el pantalón de algodón y resopló al ver la rodilla amoratada.

—Tiene que dolerte mucho.

Kane se levantó y la miró con gesto de preocupación.

—Sí, me duele bastante.

—Te llevaré a la casa —Kane empezó a tomarla en brazos.

—¡No! —ella lo agarró del brazo para detenerlo. -Peso demasiado.

—¿Que pesas demasiado? —la miró burlonamente antes de tomarla en brazos—. Corazón, el delfín sí que pesaba. Te aseguro que tú eres como una pluma.

Un poco más tarde, cuando la llevó hasta la puerta de la casa, Bryony tuvo que reconocer que él era más fuerte que lo que ella había supuesto. La dejó en el cuarto de baño y abrió la ducha.

—Desnúdate, date una ducha y luego te vendaré la rodilla.

Ella lo miró aterrada mientras él comprobaba la temperatura del agua.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Puedes... marcharte... creo que me apañaré...

—¿Con esa rodilla? Te resbalarás y empeorarás las cosas. No seas tonta, ¿crees que no he visto una mujer desnuda en mi vida?

—No has visto a esta mujer desnuda —contestó ella con cierto orgullo.

Kane la miró burlonamente mientras le daba una toalla enorme.

—Dúchate tranquilamente. Estaré al otro lado de la puerta.

Ella lo observó mientras salía del cuarto de baño, se quitó la ropa mojada e intentó no pensar en aquellos ojos negros mirándola.

Se metió en la ducha y sintió un escalofrío a pesar del agua caliente. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba tan necesitada de afecto que anhelaba a un hombre que se había casado con ella por venganza?

Salió de la ducha y se secó vigorosamente para intentar borrar las imágenes que evocaba. Imágenes de ella aferrada al cuerpo de Kane, un cuerpo que se movía al unísono con el suyo, y una boca, la de él, que aspiraba los jadeos de placer que ella dejaba escapar.

Se puso un albornoz que encontró colgado de la puerta y llamó a Kane. El entró con un botiquín y un taburete para que ella se sentara. Le pasó diestramente los dedos por la rodilla y buscó el punto dañado.

—Parece como si lo hubieras hecho más veces.

Él la miró con una de sus sonrisas torcidas y unos ojos negros como el carbón.

—Una o dos veces —él dejó de mirarla y se concentró en vendarle la rodilla—. En una obra siempre hay pequeños

accidentes. En la formación se incluyen los primeros auxilios.

—Tendrías que haber sido médico —le dijo ella mientras comprobaba el vendaje.

—Me han dicho que tengo que mejorar mi asistencia a pie de cama.

Ella creía que su comportamiento a pie de cama sería perfecto y, desde luego, estaba segura de que su comportamiento dentro de la cama lo era, pero no iba a decírselo.

—Gracias por vendármela.

Se levantó con ayuda de Kane y probó la resistencia de la rodilla.

—¿Qué tal? —le preguntó él.

—Duele, pero creo que me aguantará.

—Perfecto —Kane volvió a guardar la venda y se volvió hacia ella—. ¿Quieres que te lleve o puedes ir por tu pie?

—Intentaré ir sola —contestó ella mientras se agarraba al brazo que él le ofreció.

Llegaron hasta el salón con vistas al mar y él la acomodó en un sofá tapizado en blanco.

—Me parece que es el momento de beber algo. ¿Qué quieres? ¿Vino blanco, champán u otra cosa?

—¿Qué vas a tomar tú? —le preguntó ella.

—Estaba pensando en una cerveza bien fría, pero tú puedes tomar lo que quieras.

—Tomaría champán, pero es una pena abrirlo sólo para una persona.

—Creo que por una vez puedo permitírmelo —replicó él con un esbozo de sonrisa.

—Entonces, tomaré champán —Bryony también sonrió.

—Ya van dos —comentó él, mirándola pensativamente.

—¿Dos qué? —ella parpadeó.

—Dos sonrisas sinceras. No está mal si tenemos en cuenta desde cuándo nos conocemos.

Ella lo observó mientras preparaba las bebidas, y se preguntó si alguna vez había conocido al hombre que tenía delante. ¿Dónde estaba el arisco hijo de la sirvienta? ¿Dónde estaba el joven que había sacado de quicio a su hermano? ¿Dónde estaba el hombre que había pasado por encima del perro de su vecina y lo había abandonado en el prado de césped que había destrozado? Kane no era ninguno de ellos; era otro, y eso significaba que corría un gran riesgo de bajar la guardia.

Kane volvió con una copa de champán para ella y una cerveza

para él.

—Vamos a brindar por nuestro amigo el delfín —Kane levantó la botella.

—Por el delfín —ella chocó la copa con la botella.

—Te portaste muy bien en la playa —le felicitó Kane.

—¿De... verdad? —ella se sintió absurdamente halagada.

—Desde luego. No te pusiste nerviosa e hiciste exactamente lo que tenías que hacer.

—Él estaba pasándolo muy mal...

—Sí, pero ha sido afortunado —Kane dio un sorbo de cerveza—. He visto a muchos que se han quedado en el sitio, y no es nada agradable.

—¿Ha pasado otras veces con un sedal?

—No sólo con un sedal, casi siempre pasa con redes de pescar. Las flotas de atuneros persiguen grandes bancos de peces y muchas veces atrapan delfines en sus redes.

—Es espantoso.

—Tampoco son sólo los pescadores de atunes. Los pescadores aficionados tiran sedales usados y basura por la borda, y los delfines, que son muy curiosos, se quedan enganchados. Como has visto, pueden hacer mucho daño, sobre todo a los jóvenes.

—¿Qué se puede hacer?

—Se necesita educación y hacer campañas, pero eso exige tiempo, tiempo muy valioso.

—Todo esto te preocupa mucho, ¿verdad? —le preguntó ella, mirándolo fijamente.

—No me gusta que los inocentes sufran.

Bryony pensó en aquellas palabras e intentó conjugarlas con el hombre sin escrúpulos que haría cualquier cosa por salirse con la suya. No encajaba. Era un hombre repleto de contradicciones. Tenía corazón, pero ella no se lo había visto. Se acordó de la fuerza casi sobrehumana que reunió para salvar al delfín. ¿Era el mismo hombre que la había obligado a casarse por venganza? Dio otro sorbo de champán e intentó absolverlo de todas las acusaciones, pero no pudo.

Lo mandaron a la cárcel por lo que hizo. Era culpable. Tenía que serlo, porque si no, alguien tenía que serlo, y ella no lo soportaría.

—Estaba pensando cómo es posible que seas tan sensible con la crueldad hacia los animales y que hicieras aquello al perro de la señora Bromley.

Él se puso en tensión y la miró con ira.

—¿Cuántas veces voy a tener que decirte que yo no lo hice?

—Las necesarias hasta que te crea —replicó ella.

—No me creerías aunque ese perro resucitara y te lo dijera —espetó él—. Para ti soy el malo de la película desde que llegué a Mercyfields cuando tenía catorce años.

—Muy bien —ella lo miró desafiantemente—. Si no fuiste tú, ¿quién fue? Todo el mundo sabía que el perro iba a la cocina todos los días a la misma hora para que le diéramos restos. Era como parte de la familia. Gloria Bromley era nuestra vecina y la mejor amiga de mi madre.

—El santo de tu hermano tenía un lado oscuro —Kane torció el gesto y agarró la botella—. Creo que lo hizo para culparme a mí.

—¿Sólo crees que lo hizo? —preguntó ella con tono irónico—. ¿Tienes alguna prueba?

—No tengo pruebas. Creo que lo hizo. Siempre estaba buscando la oportunidad de dejarme en evidencia ante tu padre.

—Mi hermano adoraba a los animales —contraatacó ella—. A todos los animales.

—La única virtud de tu hermano era que te adoraba a ti. Desgraciadamente, tu amor hacia él te impedía ver a la verdadera persona que ocultaba a su familia. Sé con toda certeza que él ordenó que me dieran una paliza después de lo que pasó entre nosotros en el lago.

—¿Qué? —ella lo miró con los ojos fuera de las órbitas.

—¿No te lo contó?

Ella negó con la cabeza y con un vacío en el estómago.

—Pensé que él habría aprovechado la ocasión de contarte la lección que me había dado.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Esperas que me lo crea? —los ojos de él brillaban como dos diamantes negros.

—Yo no dije a nadie... lo que pasó entre nosotros.

—No hacía falta. Él tenía sus espías. A los pocos minutos de que nos viéramos en el lago, él ya estaba reuniendo a sus secuaces. Era demasiado cobarde para hacerlo él mismo. Juntó a cuatro hombres para que me dieran una paliza de muerte mientras él miraba con un placer perverso.

Bryony lo miró con un espanto paralizante. ¿Podía ser eso verdad? ¿Podía su hermano haber hecho algo tan vil?

—No... —ella se resistió en medio de un quejido sordo.

—¿Por qué crees que tengo la cicatriz que tengo? —le preguntó él.

Ella contuvo una arcada y no se atrevió a contestar.

—Tú sigue creyendo que tu hermano era un ángel, pero yo no lamento su muerte. Era tan rastrero como tu padre, que no se pararía ante nada para salirse con la suya.

Bryony sintió que se quedaba sin fuerzas, como si alguien le hubiera apagado un interruptor. No quería creer nada de lo que había oído esa noche, pero la alternativa empezaba a ser igual de difícil de aceptar. Había un inocente y un culpable. Ella tenía que elegir.

—Necesito algo de tiempo para pensarlo... —pidió ella.

—Tómate todo el tiempo que quieras —replicó él con tono cortante—. Yo he esperado diez años para que la verdad saliera a la luz; no me importa esperar unos días o semanas más.

Lo dijo con tanta amargura que ella estuvo a punto de darle todo el crédito, pero se acordó de Austin y de cómo la había defendido de su padre cuando se torcían las cosas, como pasaba a menudo. ¿Cómo podía ultrajar su memoria?

—Me voy a dar un paseo —le comunicó Kane inexpresivamente —. Sírvete lo que quieras. Seguramente no vuelva antes del anochecer.

Bryony lo vio marcharse. Se sentó en el sofá y observó la extensión infinita del mar que empezaba a tomar el tono rojizo del atardecer. Aquel paisaje bravío era muy distinto de los jardines mimados de Mercyfields; aquella casa de campo era muy distinta de la mansión en la que ella había pasado casi toda su infancia, la casa de Kane era sencilla y funcional, pero transmitía sosiego, como si sólo allí él pudiera ser él mismo. Ella no sabía por qué la había llevado allí, por qué había estropeado la perfección de aquel refugio con la presencia de una mujer con la que se había casado para que expiara viejos pecados. Ella sabía que, bajo la fina capa de educación que él había mostrado, bullía el rencor hacia ella y que cualquier mínimo comentario negativo que ella hiciera lo sacaría a la superficie.

Sin embargo, habían trabajado muy bien juntos para rescatar el delfín y el respeto hacia él había aumentado a pasos agigantados. Ella había conocido pocos hombres a los que respetara. Su dominante padre la había hecho cautelosa y no estaba dispuesta a acabar como su madre, sometida a un hombre por el amor que sentía hacia él. Sin embargo, cada vez veía con más claridad que Kane tenía virtudes que su padre no tenía. El cariño con el que le vendó la lesión era una sensación que ella nunca había tenido con su padre. Bryony suspiró al acordarse de cómo lo había estropeado todo

entre ellos al hablar del pasado. El Kane implacable y hosco había reaparecido y se había marchado de la casa con un portazo. El problema era que ella no sabía si podía estar cerca de él. La alteraba de demasiadas maneras. Ya estaba perpleja por los vaivenes de sus sentimientos. ¿Podría mantenerlo a una distancia prudencial y evitar enamorarse de él o ya era demasiado tarde?

Kane paseó a lo largo de toda la playa. El viento levantaba la superficie del mar con olas de espuma y una gaviota solitaria surcaba el cielo. A Kane le entusiasmaba la naturaleza en todo su esplendor. Respondía a una necesidad que sentía muy dentro de sí. Las limitaciones de la ciudad eran una imposición para poder controlar el vasto imperio que había levantado, pero aprovechaba cualquier ocasión para escaparse. Sentía poder al pensar que aquel paraíso permanecería intacto y que él haría cualquier cosa para que siguiera así. Nunca se había vanagloriado de su riqueza, sobre todo, cuando había sido el hijo ilegítimo de una sirvienta de Mercyfields. No había pasado un día sin que Austin y Owen Mercer le recordaran quién era. Además, todavía se le revolvía el estómago al pensar en todas las penalidades por las que había tenido que pasar su madre y, aunque había tardado diez años, estaba decidido a disfrutar de cada segundo en el que hiciera justicia, una justicia que le permitiría seguir adelante sin el peso de la culpa que sentía desde que su madre se quitó la vida.

Bryony era el único remordimiento en su plan de venganza. Le fastidiaba haber tenido que hacerle creer que la arrastraba en la vorágine de la venganza, haberle dado la peor impresión de sí mismo cuando en todo momento estaba ocultando los motivos reales. No podía decirle los motivos verdaderos; no podía arriesgarse a una negativa. Estaba casada con él y seguiría estándolo porque era la única forma de garantizar su seguridad.

Los hombres que iban tras Owen Mercer no tenían nada que perder; querían llegar hasta él y Bryony era el camino más fácil. Tardó muchas horas en convencerlos de que dejaran en paz a Glenys y Bryony. La única forma de mantenerlas a salvo había sido casándose con Bryony. Así, nadie la tocaría porque sabía que si lo hacían tendrían que vérselas directamente con él. La había amado durante demasiado tiempo como para mantenerse al margen y permitir que alguien la utilizara para llegar hasta su padre.

Ya era demasiado tarde.

Capítulo 8

BRYONY salió cojeando para ver la sobrecogedora puesta de sol. Salió una estrella y luego otra hasta que, al cabo de media hora, todo el cielo estaba tachonado de millones de estrellas. Nunca había visto un cielo tan esplendoroso.

No oyó nada hasta que la sombra de Kane apareció y la asustó.

—¡Oh! —Bryony se agarró a la barandilla del porche con un respingo—. Me has asustado.

—Lo siento —se disculpó él ásperamente.

Ella frunció el ceño. ¿Estaba disculpándose por haberla asustado o por otra cosa? Lo miró fijamente a la tenue luz que llegaba de la casa, pero, como de costumbre, era imposible saber lo que pensaba o sentía.

—¿Has visto algún indicio del delfín? —le preguntó ella por decir algo.

—No —él suspiró, aliviado—. Supongo que ha conseguido volver con su grupo.

Kane se apoyó en la barandilla para mirarla, y la luz iluminó mejor sus rasgos masculinos.

—¿Qué tal la rodilla? —se interesó él.

—Bien. Dentro de un par de días estará mucho mejor. Siempre pasa lo mismo.

—¿Ya te había pasado antes?

—Sí, pero nunca arrastrando un delfín —ella esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo te pasó la última vez?

—Bueno... —ella desvió la mirada hacia el cielo—. La última vez fue en una boda, cuando intenté que no me cayera el ramo de la novia.

—Ah... —el tono fue de interés y algo burlón.

—Hice todo lo posible para esquivarlo —ella volvió a mirarlo—, pero cayó en mi regazo mientras yo me tropezaba con la pata de una silla.

Una sonrisa suavizó la dureza de la boca de Kane y ella tuvo que volver a mirar al cielo para no mirar a aquellos ojos negros que amenazaban con eclipsar el esplendor que la rodeaba.

—¿Aquello es un satélite? —Bryony señaló a un punto luminoso que se movía.

—Sí, hay cientos allí arriba.

—Las estrellas son maravillosas...

Bryony dejó que el silencio de la noche superara a sus torpes intentos de entablar conversación, y la presencia de él la abrumaba cada vez más.

—Nunca has querido casarte, ¿verdad? —le preguntó él con la mirada clavada en ella.

—No —respondió ella lacónicamente y entre dientes. —¿Por culpa de tus padres?

—¿Qué quieres decir? —ella volvió a mirar a las estrellas para evitar la mirada de él.

—A mí me parece que tu madre sigue unida a tu padre sólo por sentimiento de culpa.

—Mi madre quiere a mi padre. —Pobre tonta y engañada.

Ella se giró bruscamente ante el tono de esas palabras.

—Mi madre se tomó muy en serio su matrimonio. Es fiel y...

—Tendría que haberlo abandonado hace mucho tiempo.

A Bryony la pareció que la conversación sobre sus padres era violenta, pero también le intrigaba que él hablara de eso con ella.

—Me parece que no eres la persona más indicada para hablar del matrimonio. Al fin y al cabo, has tenido que chantajearme para casarte conmigo.

—No voy a negar que las circunstancias de nuestro matrimonio son poco corrientes y hasta cierto punto deplorables, pero...

—¿Poco corrientes? ¿Deplorables? Si tú te arrepientes al segundo día de matrimonio, ¿puedes imaginarte lo que siento yo?

—Ya sé que detestas estar unida a mí, pero así están las cosas y así van a seguir —el tono fue tajante.

—Puedo anular el matrimonio en cuanto lleguemos a Sidney —amenazó ella.

—Entonces —él la miró desafiantemente—, tendré que consumarlo para cerciorarme de que no haya motivos.

Ella intentó aguantar su mirada, pero supo con certeza que él captaría el súbito arrebato de deseo que sentía ante una afirmación tan provocadora.

—Deberías estar agradecida porque no soy el canalla que habías dado por sentado que era. Podría haberte poseído desde el primer día y los dos lo sabemos.

Ella quiso negarlo, pero estaba estremecida por la cercanía de él.

—Hace diez años me deseaste —siguió él—. Si no te dejaste llevar fue porque estabas furiosa contigo misma por coquetear con alguien tan inferior a ti. No era propio de una Mecer que el hijo de una sirvienta la besara y le acariciara los pechos como a una

cualquiera, ¿verdad?

Ella se volvió para defenderse, pero la intensidad de su mirada la paró en seco. La verdad era que durante todos aquellos años se había sentido avergonzada por su reacción ante la dureza de aquel cuerpo. En ese momento también sentía un fuego por dentro que intentaba aflorar. Le abrasaban los pechos, le abrasaba la boca, le abrasaba el vientre y le derretía la esencia de su feminidad, donde anhelaba tenerlo. Lo miró fijamente durante unos segundos interminables al darse cuenta de lo innegable. No quería que él la considerara como consideraba al resto de su familia. Quería que la amara como ella había llegado a amarlo. ¿Cómo había pasado de odiarlo a anhelarlo?

Él no la había encandilado; al contrario, había irrumpido en su vida, la había obligado a casarse y había impuesto las condiciones. Aun así, ella se había enamorado de él.

¿Cuándo la traicionó el corazón? ¿Fue cuando rescataron el delfín o cuando él le vendó la rodilla? Quizá fuera mucho antes, quizá fuera cuando la besó en la boca hacía diez años. La ironía del destino era evidente. Estaba exactamente en la misma situación que su madre, estaba enamorada de un hombre que no la amaba.

Una ráfaga de brisa le arrastró un mechón hasta la boca, pero antes de que ella pudiera quitárselo, la mano de Kane se lo colocó delicadamente detrás de la oreja. El contacto de su mano hizo que volviera a estremecerse.

—Pero ahora somos iguales, corazón, y pronto seremos amantes —añadió él.

Ella se pasó la lengua por los labios y observó, con excitación, que él siguió ese gesto con los ojos. Él le tomó la cara entre las manos y la caricia, tan delicada como inesperada, hizo que sintiera como si le hubieran estrujado el corazón con la mano. Él le pasó el pulgar por el labio inferior sin apartar la mirada hipnotizadora de sus ojos. Captó el deseo incontenible y la atracción de su cuerpo la acercaba hacia él como un imán. Ella levantó la mano y la pasó por la sombra que empezaba a oscurecer su mentón.

—¿Sigues odiándome, Kane? —le preguntó antes de que pudiera contenerse.

—¿Te importa algo, Bryony? —preguntó él a su vez tras un breve silencio.

—No... no quiero que me odies...

Bryony se mordió el labio inferior y bajó la mano al costado.

Kane le pasó el pulgar por la boca para librar el labio de la opresión de los dientes, y ese gesto tan íntimo hizo que sintiera un

deseo ya insoportable.

—Vas a hacerte sangre...

Ella intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió. Volvió a mirarlo a la boca y contuvo el aliento cuando vio que él inclinaba la cabeza y detenía sus labios a milímetros de los de ella.

—Quiero que sepas que no voy a hacerte daño, Bryony.

Ella cerró los ojos. El movimiento de sus labios fue pausado y delicado. Ella separó los labios en cuanto él presionó un poco, y sintió un estremecimiento en el vientre cuando la lengua de Kane entró para buscar la suya. Kane la estrechó contra sí y la dureza de su erección le pareció una evidencia, absoluta y embriagadora, de su potencia y de la necesidad irreprimible que ella sentía. La notaba entre los muslos, en la humedad que aumentaba al ritmo de los movimientos sensuales de su lengua.

Al cabo de unos minutos arrebatadores, él separó la cabeza y la miró intensamente.

—Vamos adentro.

La soltó para abrir la puerta corredera y ella pasó con un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—Ven.

La lacónica orden hizo que ella temblara ante la idea del contacto y que el pulso se le acelerara. La besó en la boca con una pasión abrasadora. Notó los dientes que le mordisqueaban el labio inferior y ella buscó la lengua de él con avidez.

Su cuerpo era granítico y ella se derritió más todavía al percibir cuánto la deseaba. Quería que él dejara la evidencia grabada en su carne más sensible. Anhelaba sentir su recia piel de hombre sobre la de ella, sus músculos tallados en piedra mientras la estrechaba contra sí. El volvió a besarla con una voracidad incontenible y su lengua parecía querer devorarla.

Kane la tomó en brazos sin separar la boca y la llevó al dormitorio. Cada peldaño que subían era como si ella se acercara un poco más al sueño que había anhelado tanto tiempo. La dejó en la cama y se apartó un poco para quitarse la camisa. Bryony no pudo apartar la mirada del musculoso pecho y el brillo de su piel hacía que deseara acariciarle cada rincón de su cuerpo. Ella alargó los brazos y él se acercó, la abrazó y la tumbó sobre la cama. Bryony no le dio tiempo para que lo pensara dos veces, deslizó la mano hasta a cremallera y la bajó con una decisión inspirada por el deseo.

Sus calzoncillos rebosaban con la erección y, cuando se los bajó,

ella contuvo la respiración ante la perspectiva. La acarició en toda su extensión con dedos ávidos y fascinada con la suavidad de la piel; la leve gota de humedad que asomaba por la punta le recordó que él intentaba contenerse ante las caricias de sus manos.

Lo miró a la cara y vio el gesto desencajado por el deseo. Ella aceleró el ritmo de sus caricias, pero él le agarró la mano y la detuvo.

—Eso no vale, corazón —le susurró él junto a los labios—. ¿Eso es lo que quieres de mí?

—Creo que siempre has sabido que esto es lo que quiero de ti.

—Creía que habías dicho que no pensabas acostarte conmigo...

Ella lo miró al pecho y le acarició una tetilla.

—He cambiado de idea. Ella notó que se derretía ante la mirada de él.

—¿Qué ha hecho que cambiaras de idea?

—No lo sé... Supongo que me produces curiosidad. Parece como si no fueras la persona que yo creía que eras. Creo que la única forma de saber quién eres en realidad es acercarme mucho a ti.

Kane la besó y la anhelante lengua de ella lo convenció definitivamente. Ella actuaba con una vacilación tímida que lo excitaba mucho más. Lo acariciaba por todo el cuerpo con delicadeza extrema, y no pudo evitar profundizar el beso con un gemido. Había pensado darle más tiempo para que ella lo quisiera un poco antes de entregarse físicamente, pero su dominio de sí mismo tenía un límite.

Bryony podía notar la dureza palpitante contra el vientre y volvió a estremecerse al pensar en tenerla dentro de sí, pero también se preguntó si no debería decirle que ella no era la chica juerguista que él se imaginaba. Decidió no hacerlo para que él no dejara de hacer lo que estaba haciendo. La camiseta que la cubría había desaparecido por encima de su cabeza sin que ella supiera quién se la había quitado. Él se abrió camino con la lengua hasta un pezón cubierto de encaje. Luego, notó su mirada ardiente mientras le quitaba el sujetador y se excitó como nunca lo había hecho. ¡Hacía que se sintiera tan sexy! Él le tomó un pezón entre los dedos como si una mariposa se hubiera posado sobre ella.

—He esperado tanto tiempo a este momento... —susurró él.

—¿Cuánto? —consiguió preguntar ella entre jadeos.

—Demasiado.

La respuesta la emocionó. Hizo que sintiera un poder femenino, como si hubiera encendido una llama en él que no se hubiera apagado en todos esos años. Él la deseaba. Siempre la había

deseado. Efectivamente, él había ido muy lejos para conseguirla, pero no quería pensar en eso. Le bastaba saber que la anhelaba con una fuerza que casi no podía contener. Lo notaba entre los muslos y en la voracidad de su boca.

Kane deslizó la mano por su vientre y le quitó las bragas sin dejar de besarla. La acarició en su intimidad y ella se quedó sin aliento. Un dedo largo y diestro se abrió paso entre los pliegues hasta que ella sintió una punzada de deseo devastador. Luego, él retiró el dedo para acariciarla con la palma de la mano y ella se preguntó si habría notado su inexperiencia. ¿Era tan evidente?

Separó las piernas para que él se colocara entre ellas y su proximidad hizo que no pudiera aguantarse más. El hizo una comprobación y dejó escapar una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, aterrada ante la idea de que él pudiera echarse atrás.

El hizo un gesto de desesperación, alargó el brazo por encima de ella, abrió el cajón de la mesilla y sacó un preservativo. Rasgó el envoltorio y ella lo observó mientras se ponía la protección.

—Lo haré con cuidado —susurró él—. No quiero hacerte daño.

Ella quiso decirle que nunca le haría daño. ¿Cómo había podido pensar que él era capaz de alguna crueldad? Sus caricias eran casi de veneración.

—Tranquila, Bryony —la pidió él mientras su dureza se abría paso lentamente.

¿Cómo iba a estar tranquila? Quería que entrara en ella, que sofocara su ardor y la reclamara como suya. Tardaba demasiado, estaba a punto de reventar ante la idea de que la poseyera como había deseado tanto tiempo que ya era como una herida abierta en el alma. Ella no se sentiría completa hasta que él la hubiera hecho suya, lo sabía con la misma certeza que sabía que su amor por él duraría eternamente.

Él la besó delicadamente, y ella, llevada por la ansiedad, le mordisqueó el labio inferior. Él profundizó el beso y la penetración. Bryony notó que tenía que relajarse para que él pudiera entrar más adentro, para que satisficiera su ansia de tenerlo completamente dentro. Ella levantó la boca para besarlo, y él dejó escapar un gemido que la estremeció de placer. También oyó una exclamación en griego, y él se dejó arrastrar por la pasión con una acometida que fue como una avalancha de placer. La llenó completamente, y ella sintió que la necesidad de liberarse aumentaba con una fuerza incontenible. Era imposible escapar del torbellino de sensaciones que se adueñaba de ella; cada poro de su cuerpo pedía a gritos

librarse de la tensión que rebosaba en ella.

—Déjate llevar, Bryony —le aconsejó él mientras acompasaba los movimientos para aumentar el placer—. No te contengas, déjate llevar.

Bryony notó la oleada del clímax entre gritos de placer. A lo lejos, podía oír el oleaje del mar, y supo que cada vez que volviera a verlo u oírlo se acordaría de ese primer momento de satisfacción plena.

Kane esperó a que ella se hubiera recompuesto para llegar también al éxtasis con cuatro profundas embestidas. Ella notó los espasmos, y con deleite oyó sus jadeos y observó el gesto descompuesto de su rostro, que le dijo más de lo que podía decirle cualquier palabra. Kane se dejó caer encima de ella.

—No sabes cuánto tiempo he esperado a este momento.

Ella sonrió para sus adentros. Lo sabía perfectamente porque sentía lo mismo. Le acarició delicadamente la espalda. No podía mirarlo a los ojos en ese momento. Él tardó más de un minuto en volver a hablar.

—Mírame, Bryony.

Ella lo miró después de pensarlo un segundo.

—Gracias —se limitó a decir ella.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Él le apartó delicadamente un mechón de pelo que tenía en la cara y Bryony notó que los ojos se le empañaban de lágrimas.

—¿Te he hecho daño?

—No... —ella dejó escapar un suspiro.

—Soy mucho más grande que tú —él recorrió su menudo cuerpo con la mirada—. Además, eras tan inexperta...

—¿Se ha notado tanto? —Bryony sintió cierta vergüenza.

Kane jugueteó con un mechón de pelo mientras pensaba en la pregunta.

—Sé que querías disimularlo, pero elegir bien los amantes no tiene nada de malo, al menos en estos tiempos.

Ella miró fijamente un lunar que él tenía junto a la tetilla izquierda.

—¿No esperabas a alguien especial? —le preguntó él.

—La verdad es que no. Sencillamente, no se había dado la ocasión.

—¿Estabas demasiado ocupada lamiendo el suelo?

Ella se ruborizó, pero sonrió.

—La verdad es que no hago esas cosas.

—Ya me lo imaginaba —replicó él con una sonrisa que la desarmó.

Se hizo un leve silencio. Bryony pensó en soltarse del abrazo, pero le gustaba el calor de su cuerpo, el olor de su piel y el contacto de sus piernas entrelazadas con las de ella.

—No sabía que pudiera ser tan... —se mordió el labio—. Cautivador...

—Depende de quién sea tu pareja.

Ella se concentró en el lunar.

¿Es diferente... con otra persona?

El le levantó la barbilla para que tuviera que mirarlo.

—Para mí, ha sido como nunca.

Ella se sintió tranquilizada y deseó que no fuera una de las mentiras que decían los hombres para no discutir.

Miró la cicatriz del labio y pensó que era como su distintivo, y cada vez que la miraba volvía a sentir vergüenza y arrepentimiento. Le pasó la yema del dedo por el borde y él la miró a los ojos, pero esa vez ella no disimuló las lágrimas.

—Me gustaría poder eliminarla —dijo ella con un susurro—. Me odio por habértela hecho.

—Bryony, esta cicatriz y yo hemos pasado muchas cosas juntos. No me desharía de ella ni aunque pudiera.

—¿Porqué?

—Porque cada vez que la miro me acuerdo de ti en el lago, entre mis brazos... Es el pequeño precio que he pagado por ese recuerdo.

Bryony no supo si estaba tomándole el pelo o decía la verdad. Su expresión no decía nada y lo había dicho de una forma despreocupada, sin que significara algo necesariamente. Ella quería pensar que la había querido durante todo aquel tiempo, pero no tenía argumentos. Bajó la mirada y apoyó la cabeza en su pecho sudoroso. Cerró los ojos, escuchó los latidos de su corazón y deseó poder quedarse así toda la vida.

Capítulo 9

AL CABO de un tiempo, Bryony abrió los ojos y se encontró con la mirada de Kane. Seguía abrazada a él y con las piernas entrelazadas. El calor de su cuerpo despertó la pasión en su interior. Suspiró cuando él le acarició los pechos. Sus pensamientos dejaron de tener sentido cuando le pasó la lengua por su pezón endurecido. Ella introdujo los dedos entre su pelo y se dejó arrastrar por el placer de estar entre sus brazos. Decidió que ya pensaría en el futuro más adelante, en ese momento, sólo quería estar allí. Quizá él no la amara, pero era evidente que la deseaba, y mientras lo hiciera, ella tendría la oportunidad de demostrarle lo mucho que habían cambiado sus sentimientos. Volvió a suspirar cuando él la besó, y le rodeó el cuello con los delicados brazos, lo estrechó contra sí y su estremecimiento hizo que él la reclamara sin limitaciones y que ella sintiera un anhelo desconocido hasta entonces.

Se encontró cautiva en el ritmo de sus acometidas hasta que todo su cuerpo rebosaba de placer y cada poro buscaba el clímax. Levantó las caderas para que el contacto fuera más intenso y sus sentidos la arrastraron en una caída libre hacia el éxtasis. Sus estremecimientos abrían la senda para que él llegara al paraíso. Notó que él se liberaba y los espasmos de su cuerpo reverberaron en el cuerpo de ella. Esa intimidad física era abrumadora para ella. Le parecía casi sagrada y quiso conservar el momento para disfrutarlo en privado.

Kane se apartó y se quedó tumbado con una mano en los ojos y la respiración entrecortada. Bryony no sabía qué hacer. ¿Debía decirle que sus sentimientos habían cambiado o debía disimular? Deseó tener el valor para abrazarlo y que la tranquilizara. Aparte la evidente reacción física, parecía como si a él no le hubiera afectado lo que había pasado entre ellos mientras que a ella el corazón le rebosaba de emoción y seguía con la piel estremecida por su contacto.

Ella, para intentar parecer tan inalterada como él, salió de la cama y se puso el albornoz.

—Voy a darme una ducha.

—¿Quieres compañía?

—Creo que me daré más prisa si estoy sola —contestó ella con cierto remilgo.

Él soltó una carcajada.

—Dúchate, Bryony, no te molestaré más esta noche.

Ella fue hacia el cuarto de baño. No sabía si quería que él supiera lo profundamente que la alteraba su presencia. Todo su cuerpo añoraba su contacto y sus músculos más íntimos se quejaban a cada paso que daba.

—Bryony…

Ella se paró en seco y se dio la vuelta. Él estaba tumbado entre las almohadas con las manos detrás de la cabeza y las sábanas apenas cubrían su descarada virilidad.

—¿Sí? —respondió ella con un hilo de voz.

El la miró fijamente sin responder y ella notó que se le ponía carne de gallina, como si él pudiera ver a través de la tela del albornoz. Se apretó instintivamente el cinturón.

—Antes o después tenía que pasar.

—¿Qué tenía que pasar? —le preguntó ella dubitativamente.

—Tú y yo, ya sabes. Era cuestión de tiempo.

Ella se dio la vuelta para que él no captara la profunda emoción que sentía. ¿Alguna vez podría mirar libremente a esos ojos? ¿Tendría que disimular siempre su amor y no poder demostrar lo mucho que le conmovía su pasión? ¿Cómo podría afrontar ese futuro?

Se metió en la ducha y los chorros de agua cayeron donde hacía unos minutos habían estado las manos de él. Contuvo el aliento cuando el agua discurrió entre sus muslos y le recordó la delicadeza con que la había poseído. ¿Cómo había podido considerarlo un bárbaro durante esos años? Sus caricias habían sido casi reverenciales y la habían llevado a la gloria y su paciencia con su inexperiencia la había emocionado hasta casi hacerla llorar. Cerró los ojos e intentó imaginarse un futuro donde los dos pudieran tener lo que querían, pero le pareció imposible. Kane había sido implacable en su venganza y había arrebatado todo a sus padres, entre otras cosas, a ella. Amarlo tan incondicionalmente era, en cierta manera, traicionar a Austin y también a su padre y a su madre. ¿Cómo podría conciliarlo? ¿Tendría que elegir siempre entre ellos y su propia felicidad?

Cuando volvió al dormitorio, Kane parecía dormido y ocupaba casi toda la cama. Bryony pensó en irse a otro cuarto y se preguntó si él se daría cuenta.

—Ni se te ocurra —le amenazó él sin abrir los ojos mientras le hacía sitio en la cama.

Ella vaciló un segundo, pero se metió en la cama y él la estrechó

de espaldas contra sí.

—¿Estás cómoda?

Bryony contuvo un escalofrío cuando él posó la mano en su vientre. Ella estaba muy rígida para que él no notara el deseo que cada vez era mayor. El pelo de su pecho la acariciaba, la erección la atormentaba y su aliento en el hombro la embriagaba.

—Relájate —le pidió con tono burlón—. Estás rígida como una tabla.

Ella abrió los ojos como platos cuando él deslizó toda la extensión de su virilidad entre las piernas de ella.

—Yo podría decir lo mismo de ti —jadeó ella.

Bryony notó el retumbar de la carcajada en su espalda.

—Duérmete, corazón —la besó suavemente en el hombro—. Creo que has tenido bastante por una noche.

Ella cerró los ojos e intentó calmarse, pero era imposible olvidarse de él. El cuerpo le vibraba de anhelo. Intentó serenar su respiración para que él no notara cuánto la alteraba. Sin embargo, cuando ya pensaba que no podía resistir más, él la tomó de los hombros, la giró y la colocó debajo de él. Su poderoso pecho le rozaba sus pezones erguidos debajo del camisón de algodón. La luz de la luna le bañaba el rostro mientras la miraba con unos ojos rebosantes de deseo.

—¿Era esto lo que estabas buscando? —le preguntó él mientras le levantaba el camisón hasta la cintura.

Un beso arrebatador impidió la respuesta. Le rodeó el cuello con los brazos mientras él se acoplaba a su cuerpo para llegar al éxtasis que los dos ansiaban. Ella notó que ascendía hacia él entre sensaciones cada vez más intensas, hasta que no supo dónde terminaba su cuerpo y empezaba el de él. La desbordante liberación fue una revelación para ella; nunca se había imaginado que pudiera llegar a sentir algo como aquello.

El alcanzó la cima del placer al mismo tiempo. Toda la fuerza y pasión reventaron dentro de ella como una demostración de incontinencia. Ella sintió una satisfacción enorme al comprobar que podía llevarlo hasta ese punto. Él se había mostrado vulnerable ante el contacto de los cuerpos que se intercambiaban un placer trastornador.

Se acurrucó contra él. Él la rodeó con los brazos delicada pero posesivamente.

Ella sintió una seguridad que no había sentido nunca y sus labios formaron las palabras que no se atrevía a decir en voz alta: te amo.

Kane miró el reflejo de la luna en el techo mientras abrazaba a Bryony. Era un momento que había esperado durante años. Años en los que había reprimido la idea del amor, un sentimiento que podía hacerlo tan vulnerable como había sido su madre.

Miró a la mujer que dormía entre sus brazos. La acarició y se emocionó al recordar cómo había reaccionado a su deseo. Él no había imaginado su inocencia, pero le había gustado igual, como si ella hubiera estado esperándolo durante todos esos años. Le pasó los dedos entre el pelo. Ella suspiró y buscó la seguridad de su abrazo.

Capítulo 10

BRYONY se despertó y fue a la ventana para ver las olas que rompían con fuerza contra la costa. Se volvió al oír que la puerta se abría e, inconscientemente, se cerró el albornoz ante la mirada de Kane.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó él.

A Bryony le costó aguantar su mirada, que le recordaba a sus cuerpos arrastrados por la pasión. A la luz del día, lo que había pasado le parecía fuera de lugar e incoherente con su decisión de mantenerse alejada de él, fuera su marido o no.

Le espantaba haberse entregado de aquella manera, casi haberle confesado su amor cuando él estaría frotándose las manos por haber alcanzado sus despreciables propósitos. Le había arrebatado todo a su padre y ella le había dado lo que no había dado a ningún hombre. La vergüenza afiló su lengua y el orgullo herido envenenó su mirada.

—No fue correcto por tu parte que te aprovecharas de mí anoche. Sabes muy bien que no estaba preparada para ese compromiso. Fue despiadado.

Él entrecerró los ojos y torció el gesto.

—Sólo tomé lo que estaba al alcance de mi mano, corazón —replicó él lentamente—. En cuanto a no estar preparada... a mí me pareció que estabas muy húmeda y...

—¡No! —ella se tapó los oídos con las manos—. ¡No es verdad! No te deseaba. Te detesto.

Kane aguantó su mirada desafiante.

—Bryony, estamos casados y ahora somos amantes. No hay marcha atrás.

—Búscate otra diversión sexual. Puedes tener las aventuras que quieras. Me da igual.

—Sabes que te pareces más a tu madre de lo que quieres reconocer —espetó él.

El tono de Kane la arrugó y socavó parte de la seguridad que tenía en sí misma.

—¿Por... por qué dices eso?

—Tu madre no ha querido ver las infidelidades de tu padre durante años.

Bryony se quedó muda y boquiabierta durante más de medio minuto.

—¿Las infidelidades de... mi padre?

—¿No pensarás que voy a creerme que no lo sabías?—él la miró cáusticamente.

—No tenía... ni idea...

—Vamos, Bryony —el tono ya era de impaciencia—.

Tu lealtad a tu familia es exagerada.

—Sé que mi padre no es perfecto...

—Es algo más que imperfecto, yo diría que es un pervertido.

Ella retrocedió como si hubiera recibido un puñetazo.

—No puedes decirlo en serio.

—Ya deberías saber que siempre hablo en serio. En cualquier caso, ¿por qué te empeñas en defenderlo?

—Es mi padre...

—Entonces, pase lo que pase, estarás de su lado, aunque tus sentimientos más íntimos te digan otra cosa.

—No sabes nada de sentimientos.

—Sé que quieres a tu madre y eso es algo que tenemos en común. Yo quería a la mía, aunque pensara que era tonta por aguantar lo que aguantó.

—Mi madre quiere a mi padre —afirmó ella, aunque nunca había entendido que quisiera a un hombre que la humillaba casi siempre.

—Tu madre no ha sido la única mujer que ha querido a tu padre.

La intensidad de la mirada de Kane la atravesó. Se sintió como si estuviera en un momento crucial para su vida, como si él estuviera a punto de desmontar todas las defensas que se había construido para llevar una vida segura.

—¿Te refieres a sus... infidelidades? —preguntó ella vacilantemente.

—Se me ocurre una en concreto.

-¿Cuál?

El la miró a los ojos durante unos segundos eternos.—La que cometió con mi madre.

Aquellas palabras fueron como el estruendo de una explosión, y Bryony se agarró a la cómoda para no perder el equilibrio.

—¿Tu madre? —preguntó ella con un hilo de voz—. ¿Mi padre tuvo un lío con tu madre?

Él la miró con rencor, pero Bryony supo que no era contra ella.

-Tu padre quería algo a cambio de su dinero y se ocupó de que fuera así.

Ella tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué crees que me pagó el mismo colegio privado que a tu hermano? —la miró con los ojos como ascuas.

Bryony pensó que iba a desvanecerse. Intentó decir algo, pero no pudo.

—Llegó a un acuerdo con mi madre —siguió Kane—. Le ofreció pagarme la educación a cambio de sus favores sexuales. Mi madre accedió porque me quería, porque su familia la había rechazado por tener un hijo fuera del matrimonio. También accedió porque creyó que Owen la amaba sinceramente. Eso, naturalmente, fue su mayor error.

—¿Durante... cuánto tiempo...?

—Su aventura duró años. Yo no supe nada hasta el día que me encontraste en la puerta de su despacho. Ese día decidí saber si era verdad el rumor que había oído.

—Por eso arrasaste el césped, ¿verdad?

—Quise pasar con el tractor por la casa, pero tú estabas dentro y... —se aclaró la garganta—. Tu padre siempre se vanagloriaba del césped inmaculado. Fue en lo primero que pensé en ese momento de ofuscación. Quise dejarlo tan destrozado como me sentía yo por dentro por haber recibido ayuda económica a cambio del sacrificio de mi madre.

—Yo... no sé qué decir... —Bryony sintió el escozor de las lágrimas, pero las contuvo—. Me siento tan... avergonzada...

—No te preocupes. He querido vengarme de tu padre y lo he conseguido.

—Tu madre... se suicidó... —Bryony tomó aliento—. Por mi padre, ¿verdad?

Él asintió una vez con la cabeza.

—Cuando la policía me detuvo, ella suplicó a tu padre que pagara la fianza para que yo no entrara en prisión. El se negó y la despidió, de su trabajo y de su vida. Ella se quitó la vida a los pocos meses, antes de que yo pudiera ayudarla a sobrellevar su vergüenza y su remordimiento. Encontré un diario suyo que completaba todo lo que yo no sabía. Estaba destrozada por su rechazo y profundamente avergonzada por mi encarcelamiento. Ella no tenía dinero para defenderme legalmente y todo la superó.

Bryony no pudo asimilarlo. Sentía una opresión inaguantable en el cerebro.

—Creo que empiezo a entender por qué exigiste mi matrimonio contigo. Aparte del césped destrozado, era la manera perfecta de poner el cuchillo en la garganta de mi padre.

El no respondió.

—Lo hiciste por eso, ¿verdad? —insistió ella—. Querías pasarle por las narices que el hijo bastardo de su amante se había quedado con todo, hasta con su hija.

—En ese momento, me pareció lo apropiado.

—¿Apropiado? —le preguntó ella con tono sarcástico—. ¿Nunca has oído decir que un error no se remedia con otro? Ya habías ajustado las cuentas con mi padre y mi madre, aunque no sé qué había hecho ella para merecérselo. En cuanto a mi hermano, ya sé que no podíais veros. Y en cuanto a mí... —intentó no mirar su cicatriz, pero acabó cediendo—. Yo... me habría gustado que me dejaras al margen...

Él la agarró de los hombros de tal forma que ella tuvo que mirarlo.

—Nunca habría podido dejarte al margen. Eras parte de todo desde el principio.

Ella sabía que las lágrimas le caían por las mejillas mientras lo miraba, pero ya no tenía fuerzas para disimularlo.

—Parece como si yo fuera algo que habías visto en una tienda hace muchos años. ¿Sabes cómo haces que me sienta?

—¿Alguna vez te habrías planteado tener algo que ver conmigo si no te hubiera obligado?

La pregunta la dejó muda y desconcertada. Intentó imaginarse qué habría pasado si se hubieran encontrado de adultos y sin un pasado como el suyo, pero era casi imposible pensar en que su padre hubiera accedido a que ella tuviera algo que ver con alguien como Kane. Owen Mercer era descaradamente racista y siempre había dejado muy claro que no consentiría que ella tuviera una relación con alguien que no fuera netamente anglosajón. El origen griego de Kane habría sido el primer obstáculo, y su clase, el segundo.

—Supongo que tu silencio es tu respuesta —Kane se apartó de ella—. Eres una Mercer y estás educada para considerarte por encima de los demás mortales.

—Ya no pienso eso, Kane —ella se pasó la mano por la cara—. Sé que para ti era un bicho espantoso, pero ya no soy así, ¿no te has dado cuenta?

Él se volvió con una expresión indescifrable.

—¿Qué ha pasado, Bryony? ¿Has decidido repentinamente que no me odias porque te has enterado de la verdad sobre tu padre?

Bryony se quedó helada y sin poder respirar.

—A tu padre le pasó lo mismo cuando le enseñé el saldo de mi

cuenta bancaria. Entonces, tuvo muchas ganas de que fuera su yerno —él se acercó a ella y le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos—. Te aseguro una cosa, serás mía aunque me odies

Bryony se zafó de él por el tono implacable de sus palabras.

—Que yo sepa, sólo puedes sentir odio; el amor no cabe en tu vida, aunque, por algún milagro, yo haya cambiado de forma de ser —le espetó ella entre dientes.

—Si yo creyera que es un sentimiento sincero, tendría un hueco en mi vida. He visto a mi madre prostituirse por amor. ¿Te parece tan raro que tenga recelos de ese concepto?

—Sin embargo, estás exigiéndome lo mismo que mi padre le exigió a tu madre.

—Yo no te utilizo. Al revés que tu padre, yo te ofrezco la seguridad y la respetabilidad del matrimonio. Anoche viniste a mí voluntariamente y volverás a hacerlo. No quieres reconocerlo por tu orgullo, propio de los Mercer, pero me deseas aunque digas que me detestas. Lo supe hace diez años, como lo supieron tu hermano y tu padre, pero ellos hicieron todo lo posible para torpedear cualquier relación entre nosotros.

—¡Pero sólo me deseas por afán de venganza! ¿Qué base para el matrimonio es ésa? ¿Hasta cuándo crees que durará?

—Ya te he dicho que nuestro matrimonio durará indefinidamente. Por de pronto, puedes estar embarazada después de hacer el amor anoche...

A Bryony se le heló la sangre. Todavía podía recordar su dureza sedosa entre las piernas y el embriagador aroma de la pasión de los dos cuando se despertó esa mañana. ¿Lo habría tramado todo? ¿Habría tramado atraparla más en la red de la venganza al no usar protección para retenerla indefinidamente?

Se imaginó los años de padecimiento que la esperaban por delante. Años como los de su madre, repletos de indiferencia por parte de su marido y de insatisfacción por su parte mientras sus hijos la observaban con una angustia muda.

—Supongo que todo era parte de tu plan... —lo miró con una amargura inequívoca—. Lo has organizado todo para que yo no tenga escapatoria.

—Yo no quería exponerte al embarazo tan pronto, pero anoche sólo podía pensar en tenerte entre mis brazos.

Si se lo hubiera dicho otro hombre, ella se habría sentido aplacada, pero dicho por Kane la enfureció más todavía. No había disimulado su deseo por ella, un deseo que durante diez años había

estado latente, alimentado por el odio, hasta que por fin pudo pasar a la acción.

—No sé cómo has podido dormir esta noche. No eres mejor que mi padre. Utilizas a la gente para tus propios fines sin importarte sus sentimientos.

—Naturalmente, tienes derecho a estar enfadada, pero te equivocas al enfadarte conmigo. No tengo ningún interés en utilizarte en mi beneficio. Sólo quiero lo mejor para ti.

—Supongo que crees que debería estarte agradecida por haberme elegido para ser tu esposa...

Él no respondió, pero ella pudo notar que apretaba la mandíbula como si estuviera haciendo un ejercicio de paciencia.

Ella cruzó la habitación, se plantó delante de él y lo miró a los ojos con furia.

—Me habrás obligado a casarme contigo, pero no voy a consentir que me machaques como mi padre lo hizo con mi madre. Antes me mato, ¿me has oído?

Él le aguantó la mirada tanto tiempo que ella empezó a sentirse ridícula tan cerca de él. Justo cuando ella pensó que ya no podía aguantarlo más, él le tomó la cara entre las manos y la besó fugaz pero ardientemente en los labios antes de dar un paso atrás y salir de la habitación.

Bryony se llevó un dedo a la boca y pensó cómo era posible que lo quisiera cuando también lo odiaba.

Capítulo 11

UNA HORA más tarde, Bryony se fue a la playa. La rodilla le aguantó el trayecto y dejó de molestarle cuando bajó la cuesta. Puso la toalla en la arena y se sentó con las rodillas dobladas para mirar el oleaje. Kane nadaba a lo lejos. El sol se reflejaba en su espalda y su estilo relajado era una demostración clara de su buen estado de forma.

Ella no pudo evitar acordarse de su hermano, que era mucho más débil y que odiaba todo lo relacionado con el mar. Su padre tampoco era aficionado a hacer ejercicio e incluso le costaba subir las escaleras de Mercyfields. Ella no podía imaginarse que Kane pudiera abandonarse físicamente. Era parte de su magnetismo. Sus músculos expresaban disciplina y dominio de sí mismo, algo que su familia no había tenido desde hacía años.

Bryony seguía observando a Kane cuando el corazón le dio un vuelco al ver una estela a pocos metros detrás de él. Se levantó para mirar mejor y vio una aleta dorsal. Estaban en una playa solitaria y, si era un tiburón, ella no podría hacer nada para avisarlo ni subir a la casa para pedir ayuda. Se mordió el labio cuando la aleta desapareció. Se imaginó unas mandíbulas sedientas de sangre.

—¡No! —se metió en al agua agitando los brazos—. ¡Sal, Kane! ¡Tiburones! ¡Tiburones!

Él siguió nadando sin percibir el peligro. Ella se introdujo entre las olas gritando con todas sus fuerzas.

No vio la ola hasta que la arrastró golpeándola contra el fondo. Ella intentó clavar los dedos en la arena, pero otra ola volvió a darle un revolcón y le arañó la nariz con la áspera arena. Le faltaba el aire y las olas le impedían salir a la superficie. Consiguió ver la luz del sol e intentó subir hacia ella, pero sus miembros parecían de plomo y la presión la arrastraba hacia el fondo como unas garras invisibles...

Kane dejó de nadar, se apartó el pelo de los ojos y miró hacia la toalla donde había estado sentada Bryony. No la vio. Miró por la orilla, pero siguió sin verla. Miró por el mar y vio un grupo de delfines que lo rodeaban. Ya había nadado entre ellos otras veces, pero siempre tenía ganas de reírse a todo pulmón. Se sumergió para comprobar si el delfín herido estaba entre ellos y, entre el bullicio de cuerpos plateados, vio una melena rubia y un cuerpo inerte a unos metros de él. Volvió a salir a la superficie, tomó aire y se

sumergió para agarrar a Bryony del fondo y sacarla de su trampa mortal.

—¡Bryony!

Le apartó el pelo de la cara y le tomó el pulso. Él no notaba su respiración, pero consiguió sacarla medio a rastras hasta la franja de arena y se arrodilló junto a ella. Sin embargo, antes de que él pudiera hacerle la respiración boca a boca, ella soltó una arcada y vomitó todo el contenido de su estómago en el regazo de Kane.

_¡Bryony!

La levantó un poco y esperó a que ella terminara de vaciar el estómago.

—¿Ya...?

Ella asintió con la cabeza y volvió a dejarse caer en la arena.

—Tiburones... —balbució ella—. Te perseguían... unos tiburones...

—¿Venías a avisarme de que había tiburones?

Ella asintió con la cabeza y se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Te... perseguían... tenía que hacer algo o...

—Eran delfines.

—O te... matarían... ¿qué? —ella abrió los ojos como platos.

—Eran delfines, Bryony.

—Pero... la aleta... era enorme...

—He nadado con ellos un montón de veces. Me siguen a menudo.

Bryony se sintió ridícula y muy mareada. Cerró los ojos y dejó escapar un gruñido de vergüenza. Había estado a punto de morir por salvar a alguien que no estaba en peligro.

—Has sido muy valiente si creías que me perseguían los tiburones.

—Yo... tenía que hacer algo...

—Podías haber dejado que me devoraran. Tengo seguro de vida. Imagínate lo rica que serías. Te quedarías con Mercyfields y todos mis millones...

Bryony abrió un ojo y lo miró fijamente por su insensibilidad.

—Quizá no te hayas dado cuenta, pero no es el mejor momento para tus bromas.

—Pero es verdad, ¿no? —la miró con un aire desafiante—. No tenías por qué rescatarme dadas las condiciones de nuestra relación. ¿Por qué lo hiciste?

—No tenía nada mejor que hacer —ella cerró el ojo y volvió la cabeza.

—No es una respuesta, y lo sabes.

—No soporto ver sangre. No quería tener que recoger los restos que quedaran de ti.

—Conmovedor.

—Tú lo has preguntado.

—Vamos —él se levantó y le ofreció la mano para ayudarla—. Será mejor que nos limpiemos un poco.

Ella le tomó la mano y se levantó. Al hacerlo, sintió una vergüenza espantosa cuando vio los restos de su desayuno en los muslos de Kane.

—Puedes pringarme con lo que quieras. No me impresiona.

Ella se soltó y fue hasta la orilla, donde se aclaró la cara mientras él también se limpiaba.

Volvieron a la toalla en silencio. Bryony estaba más tranquila. La idea de perderlo la había aterrado y había actuado impulsivamente.

—No te atormentes, Bryony —le dijo Kane al cabo de unos minutos, cuando le abría la puerta de la casa—. Para ser sincero, estoy realmente conmovido por lo que has hecho. Sobre todo, si se tiene en cuenta lo mucho que me desprecias.

Ella apretó los labios para no contestar a su tono irónico.

—A lo mejor no me odias tanto como crees… —siguió él ante el silencio de ella.

—No te hagas ilusiones.

Él se rió y se alegró de ver que volvía a tener las mejillas encendidas.

—Venga, corazón. No te enfades conmigo. Yo también te he salvado la vida.

Ella cerró la puerta con un portazo por las risas de él y se metió en la ducha hecha un mar de lágrimas.

Bryony lo evitó durante el resto del día. Fingió estar dormida cuando él fue a la habitación un rato después. No quería que él viera sus ojos irritados y su piel enrojecida.

A las seis, él volvió a llamar a la puerta para decirle que estaba preparando la cena. Ella farfulló algo, se arrastró fuera de la cama, se puso un vestido ligero y sin mangas y agarró un jersey para cuando refrescara por la noche. También se puso unas sandalias y se miró al espejo. Hizo una mueca de disgusto. Tenía los ojos enrojecidos y la nariz arañada. Se la maquilló un poco y se pintó los labios. Se dejó el pelo suelto para que la protegiera un poco de su mirada.

Él la esperaba en el salón y dejó el periódico a un lado mientras se levantaba.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él.

—Bien.

—Has dormido un montón; estaba preocupado.

—No hacía falta.

—Quizá hubieras tenido una conmoción. A veces se manifiesta horas después.

—Como puedes ver, estoy completamente recuperada.

Él se acercó, se inclinó un poco y le miró la nariz.

Ella se encontró con sus ojos delante y sintió que se le paraba el pulso a captar un brillo de cariño en ellos. —¿Te duele? —él le rozó la nariz con una delicadeza extrema.

—No...

—Has estado llorando —él la miró a los ojos. Ella bajó la mirada.

—No.

—¿Te sientes mal?

Ella negó con la cabeza sin mirarlo. —Bryony...

Ella intentó apartarse, pero él la agarró de los hombros. Estaba sorprendida por la calidez de su mirada, por la dulzura de sus rasgos y por su sonrisa de tranquilidad.

—¿Por qué insistes en resistirte?

—No sé de qué hablas.

—Te resistes a ti misma, Bryony, no a mí. Sé que me deseas. Nos deseamos el uno al otro y nadie puede impedir que tengamos lo que queremos.

Bryony tragó saliva. El tenía razón. Lo deseaba. Daba igual que hubiera maniobrado para casarse con ella, la verdad era que siempre lo había deseado y su propuesta ultrajante le había dado la excusa perfecta para tenerlo, aunque hubiera sido con las condiciones de él. Estaba esclavizada por su amor hacia él. No quería pensar en un futuro sin él. Por eso se había jugado la vida para salvarlo. Se sentía atada a él de una forma primitiva desde el día que la besó hacía diez años. Kane la completaba. Sin él, se sentía sólo medio viva, su cuerpo anhelaba su mirada y su contacto. Ella anhelaba que la amara, pero estaba dispuesta a conformarse con menos siempre que lo tuviera.

—Niega lo que hay entre nosotros, Bryony —Kane la miró fijamente—, pero no desaparecerá. Puedes odiarme lo que quieras, pero no puedes dejar de desearme tanto como yo te deseo.

Ella no se molestó en negarlo. Su cuerpo se estremecía, sus pechos estaban duros y su boca medio abierta para recibir su beso. Ella contuvo el aliento y el roce de los labios de él hizo que ansiara

más. Cuando él profundizó el beso, ella respondió con el ardor del deseo que sentía por él. Su lengua le encendió una llama que la inflamó hasta su palpitante esencia que se derretía de ganas de recibir su cuerpo resplandeciente y duro.

Kane la tumbó en el sofá mientras le recorría el cuerpo con las manos. Le quitó el vestido y el sujetador, le pasó el pulgar por el pezón erecto y ella arqueó la espalda hasta casi retorcerse cuando él sustituyó el dedo por la boca. Pasó de los pechos al vientre, su lengua entró y salió del ombligo antes de seguir su camino hacia donde su feminidad se había convertido en un horno abrasador. Ella tragó la poca saliva que tenía cuando la separó y se deleitó con una ternura que hizo que se derritiera al pensar en toda su virilidad. Se aferró a sus hombros para que profundizara la caricia e inclinó la cabeza hacia atrás cuando los leves estremecimientos pasaron a ser oleadas de placer. Se cimbreó contra su boca arrastrada por una sensación que le parecía irreal.

Abrió los ojos y vio a Kane que la miraba para asimilar todo el placer que ella irradiaba. Ella sonrió ligeramente, no se atrevía a decir nada después de un momento tan embriagador. Kane le tomó la cara entre las manos con una sonrisa llena de cariño.

—¿Alguna queja? —le preguntó él con un susurro.

—No —contestó ella con un suspiro.

—¿No me llamarás bárbaro por haberte hecho el amor?

—Lo siento... —ella se sonrojó—. No debería haberte dicho eso... Me sentía hundida...

—Eres una preciosidad, ¿lo sabías? —la voz de Kane era ronca y grave.

Aquellas palabras la derritieron por dentro. Kane le pasó un dedo por la boca mientras la miraba a los ojos.

—¿Qué estás pensando?

Ella se pasó la lengua por los labios y sintió un vacío en el estómago al darse cuenta de que él seguía ese gesto con la mirada.

—Haces que me sienta tan... —Bryony intentó encontrar la palabra adecuada, pero desistió.

—Hago que te sientas, ¿cómo?

—Me siento... viva cuando estoy contigo.

Él no dijo nada y ella se sintió imprudente. Necesitaba que él tranquilizara su orgullo.

—¿Y tú? —preguntó Bryony—. ¿Cómo hago que te sientas?

Él le pasó un dedo largo y un poco áspero por el labio inferior. Los segundos pasaron y ella se preguntó si él pasaría por alto su pregunta, pero él inclinó la cabeza hasta detener los labios casi

rozando los de ella.

—¿Qué te parece si te demuestro cómo me siento?

—Me parece bien —susurró ella mientras la besaba.

Capítulo 12

BRYONY pasó los siguientes días en una nube de sensualidad. Kane la colmaba de atenciones y ella dejó de pensar en el futuro para disfrutar de estar entre sus brazos y al sol del verano. La arena de la playa había sido su lecho tantas veces que había perdido la cuenta, y cada vez su amor por Kane crecía hasta casi llenarla por completo. En cuanto a los sentimientos de él, ella no había conseguido saber nada. Era un amante ardiente y dispuesto, pero no dejaba escapar ni una palabra de amor, ni siquiera llevado por el éxtasis. Ella intentaba no sentirse decepcionada, pero esa lejanía la desasosegaba muchas veces. Si bien le hacía el amor apasionadamente, ella no podía dejar de pensar que cada día se hundía más en la misma espiral que su madre; ella amaba locamente a su marido y él permanecía imperturbable.

Bryony, sentada en la playa, apoyó la barbilla en las rodillas mientras observaba a Kane que nadaba mar adentro. Sólo se oían los chillidos de una gaviota y el rumor del agua. Tanta soledad le hacía casi insoportable la idea de volver a la ciudad al día siguiente.

La noche anterior, Kane le había dicho que tenía que resolver algunos asuntos de trabajo y que tenía que viajar inevitablemente a Melbourne.

—¿Por qué no me acompañas? —le propuso él.

Bryony lo habría acompañado encantada, pero llevaba más de una semana fuera de la escuela y no podía dejar sola a Pauline.

—Tengo que volver al trabajo —le contestó ella mientras le pasaba el dedo por el brazo—. Quizá otra vez.

El se soltó de su abrazo y, aunque sonrió, ella supo que se había molestado por algo.

—Te lo recordaré —replicó él mientras se ponía los vaqueros.

Ella lo miró mientras se iba. Había querido llamarlo, pero en el último momento el valor la abandonó y no dijo nada.

Esa noche le había hecho el amor con cierta violencia que la había apasionado y atemorizado. La reacción de ella había alcanzado un punto desconocido. Lo había arañado en la espalda mientras él la elevaba una y otra vez a las cotas más altas de placer. Se quedó entre sus brazos, incapaz de dormirse, y se preguntó cómo podía él permanecer indiferente a lo que había pasado entre ellos.

Bryony lo miró mientras se acercaba a ella. Su cuerpo alto y fornido estaba bronceado. Él se apartó de la cara el pelo mojado y

se inclinó sobre ella. Bryony le pasó la yema de los dedos por los brazos. Sus músculos no dejaban de maravillarla. Notó que la miraba a la boca antes de descender hacia la parte del biquini que le cubría los anhelantes pechos.

—Kane...

Él bajó la cabeza hacia su boca.

—Nos quedan menos de veinticuatro horas para tener que marcharnos. ¿Cómo me propones que las pasemos?

Ella contuvo la respiración cuando él le soltó la parte superior del biquini. Le tomó los pechos entre las manos y ella jadeó cuando le pasó la lengua por los pezones enhiestos.

—¿Qué habías pensado?

—Había pensado hacer esto... —le succionó un pecho—. Y luego, esto... —bajó una mano hasta el corazón húmedo de su feminidad—. ¿Qué te parece?

—Hace unos treinta segundos que dejé de pensar —susurró ella antes de que él alcanzara su leve protuberancia.

Bryony se estremeció ante la reacción que volvió a sorprenderla con un torbellino de placer que la enloquecía. El esperó a que ella se sintiera plenamente satisfecha para alcanzar su clímax con una serie de profundas arremetidas. Ella lo abrazó mientras se convulsionaba y se sintió extremadamente complacida por sentir su vulnerabilidad.

La intensidad del calor de la tarde los llevó de vuelta a casa. Una vez dentro, fueron a ducharse. Kane la abrazó y la besó mientras le tomaba la cara entre las manos con una ternura que le arrancaron unas lágrimas. Él se apartó un poco y la miró con media sonrisa.

—Espero que sean lágrimas de felicidad.

—Nunca pensé que fuera a decirlo —replicó ella con una leve sonrisa—, pero sí, soy feliz.

Él se quedó mirándola y sus ojos negros fueron más expresivos que mil palabras. Bryony sintió que el corazón se le encogía y se preguntó cómo había podido odiarlo.

Kane la rodeó con una toalla.

—Tienes un cuerpo impresionante —le dijo él mientras le tomaba un pecho con la mano.

Bryony dejó escapar un jadeo cuando él le pasó el pulgar por el pezón y se preguntó si alguna vez podría resistir ese contacto. No pudo resistirse cuando la besó en el lago y ya había despertado en ella un anhelo tan ardiente que sabía que le resultaría imposible resistirse a la tentación de encontrar la satisfacción entre sus brazos.

Kane tiró de los bordes de la toalla y la estrechó contra sí. Ella notó toda la grandeza de la erección contra su vientre. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se frotó contra él antes de sentir un profundo estremecimiento cuando él entró en su humedad con toda la fuerza de sus caderas y apoyándose en la pared para sujetar a los dos. Bryony se deleitó con cada embestida cada vez más cerca de la cima de la sensualidad. Ni un centímetro de su cuerpo quedó libre de los impactos de su destreza. También notó que él hacía todo lo posible para contener su reacción. Ella se sintió deseada y femenina y esperó que él la quisiera de alguna otra forma que no fuera la física.

Kane jadeó contra la boca de ella y tensó toda la extensión de su cuerpo. Sus espasmos aceleraron los de ella. Bryony no pudo contener los gemidos cuando la oleada de placer se adueñó de todo su cuerpo con una fuerza devastadora. Se dejó arrastrar y las piernas le flaquearon. Él la agarró y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Sigues mojado —comentó ella mientras le acariciaba la espalda.

Él levantó la cabeza con una sonrisa, agarró la alcachofa de la ducha y soltó un torrente de agua encima de los dos.

—Tú también.

Kane la besó apasionadamente en la boca antes de que ella pudiera decir algo.

Al día siguiente, de vuelta a la ciudad, Bryony intentó no pensar en que Kane se iría a Melbourne a la mañana siguiente, pero a medida que se acercaban a su casa, la opresión en el pecho era cada vez mayor.

—¿Por qué tienes esa cara tan larga? —le preguntó él mientras esperaba a que se pusiera un semáforo en verde.

Ella lo miró expresivamente.

—¿Realmente tienes que irte mañana?

Él la miró a los ojos tanto tiempo que el conductor del coche de atrás le tocó la bocina.

—Te he pedido que me acompañes —le recordó él.

—Lo sé, pero la escuela de baile…

—Contrata a alguien para que te sustituya —le propuso él—. Ya no tienes que trabajar a jornada completa.

—Pero me gusta trabajar.

—No necesitas el dinero. Yo tengo suficiente para los dos.

—No se trata del dinero.

—¿De qué se trata? ¿De tu independencia?

—¿Te ofende la idea? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Ya te conté las condiciones de nuestro matrimonio. Quiero que estés a mi disposición, que tu profesión no te distraiga.

Ella se volvió para mirarlo.

—No creo que lo digas en serio.

—Creía que durante todos estos días te había demostrado que siempre hablo en serio.

Bryony se hundió en su asiento con una mezcla de desaliento y conmoción. Él no podía pretender tenerla atada al fregadero como un ama de casa de hacía cincuenta años.

—Las exigencias de mi trabajo son inflexibles y agotadoras —siguió él—. Cuando quiera descansar, no me apetece estar mano sobre mano hasta que tú estés libre.

—¡No soy una muñeca que puedes agarrar y dejar cuando te apetezca! Tengo responsabilidades con mis alumnos, por no decir nada de Pauline.

—Esas responsabilidades tendrán que quedar en segundo plano respecto a mí —insistió él—. Además, cuando formemos una familia, quiero que mis hijos tengan una madre como Dios manda.

—Se te da muy bien decir lo que quieres y lo que no quieres, ¿pero alguna vez te has parado a pensar lo que quiero yo? Que yo sepa, en ningún momento he dicho que quiera tener un hijo...

—He observado que tienes la mala costumbre de tirarte piedras contra tu propio tejado. Si fueras sincera contigo misma, reconocerías que quieres lo mismo que yo. Anhelas la estabilidad y la seguridad, por no hablar del cariño sincero. Supongo que se debe a que tu padre te privó del él.

Aunque estaba muy cerca de la verdad, Bryony no pensaba darle el placer de reconocerlo.

—¿Debo suponer que tú sientes cariño sincero por mí o una necesidad animal de inseminar con tus genes a una receptora de sangre más azul?

—Cómo te gusta la pulla verbal cuando alguien se acerca al quid de la cuestión...

Ella se quedó mirando al frente y contando los segundos que quedaban para poder alejarse de su odiosa presencia.

El coche se paró y ella se bajó de un salto, cerró la puerta con un portazo, buscó en el bolso las llaves que él le había dado y abrió la puerta sin hacer caso de las advertencias de él para que no lo hiciera.

En cuanto la puerta se abrió, un centenar de sirenas empezaron a aullar. Ella soltó la bolsa y se tapó los oídos con las manos. Kane

fue hasta ella con una mirada furiosa, introdujo la clave en el panel y la miró fijamente.

—¿Contenta?

Ella, con una reacción infantil que no había tenido desde hacía muchísimos años, le sacó la lengua y entró en la casa entre las carcajadas burlonas de él.

Bryony se encerró durante toda la noche en el cuarto que quedaba libre. Intentó olvidarse de la sensación de ofensa que Kane no hizo nada por mitigar y, cuando dieron las doce, se metió en la cama convencida de que no podría dormirse por la furia que le corroía las entrañas. Sin embargo, en cuanto tocó la almohada con la cabeza, se le cerraron los párpados y se dejó llevar por el confort del colchón.

A la mañana siguiente, cuando bajó las escaleras, se encontró una nota de Kane en la bandeja de desayuno. Le decía que ya se había marchado, y ella la dejó a un lado mientras se decía de todo por sentirse decepcionada. Volvió a subir a su cuarto y se preparó para ir a la escuela.

Cuando llegó Bryony, Pauline estaba ojeando unos papeles y la miró por encima de las gafas.

—Vaya, tú por aquí... ¿Qué tal con tu hombre?

—Bien —contestó ella con una sonrisa forzada.

—¿Sólo bien? —Pauline frunció burlonamente las cejas.

Bryony su ruborizó y empezó a revolver algunos papeles en la mesa.

—Maravillosamente, si lo prefieres...

—Eso está mejor. Me habías preocupado. En cualquier caso, no te esperaba hasta la semana que viene.

—Kane tenía que irse a Melbourne esta mañana —le explicó Bryony.

—Deberías haberlo acompañado.

—No me pareció bien dejarte sola tanto tiempo.

—Ya soy mayorcita, para mi desgracia —Pauline esbozó media sonrisa—. Además, podría haberle dicho a Gemma que hiciera algunas de tus clases. Ya sabes que le encanta.

A Bryony le dio rabia no haberse acordado antes. Gemma era una de las alumnas más veteranas y les había dicho muchas veces que le gustaría dar clases a las pequeñas.

—Ya la llamaré alguna vez.

—¿Te pasa algo? —Pauline la miró penetrantemente.

—¿Qué iba a pasarme? —Bryony le dedicó su sonrisa más resplandeciente.

Pauline frunció los labios.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

Bryony fue a negarlo cuando se acordó de que Pauline, como todo el mundo, daba por supuesto que su matrimonio era normal.

—Sí... lo echo de menos —suspiró, y se dio cuenta de que era verdad.

—Pobrecita. Piensa que cuando vuelva tendrás una segunda luna de miel. Te pasarás varios días sin poder andar.

Bryony se dio la vuelta para que Pauline no viera su rubor. Todavía notaba que sus músculos más íntimos se quejaban cuando andaba de cierta manera y le recordaban que habían tenido que forzarse para acomodar la poderosa virilidad de él.

—Por cierto, tu madre acaba de llamar —Pauline agarró un trozo de papel y se lo dio a Bryony—. Ha dejado un número de teléfono.

—¿Por qué no me habrá llamado a mi móvil?

—¿Lo tienes encendido?

Bryony rebuscó en su bolso e hizo una mueca cuando vio la pantalla en blanco.

—He debido de quedarme sin batería mientras...

—¡Por favor! —exclamó teatralmente Pauline—. Ahórrate los detalles, soy muy inocente...

Bryony no pudo evitar una risotada. Precisamente necesitaba alguien que la animara.

—Será mejor que la llame. Perdóname un segundo.

Pauline le acercó la silla.

—Adelante. Yo iré haciendo el calentamiento. Las niñas llegarán en cualquier momento.

Bryony esperó a que Pauline se hubiera alejado y marcó el número que había dejado su madre. Se oyeron los pitidos típicos de un número internacional y su madre contestó a la tercera señal.

—Bryony... —parecía aterrada—. Menos mal que has llamado por fin.

—Mamá —Bryony agarró con fuerza el auricular¿Qué pasa?

—Tu padre... —su madre sollozó—. Ha tenido una apoplejía.

Bryony se quedó paralizada mientras asimilaba las palabras de su madre.

—¿Cuándo? ¿Qué tal está? ¿Qué has hecho?

No podía dejar de hacer preguntas mientras intentaba dominarse.

—Anoche... parece grave... ¡No sé qué hacer!

—¿Dónde está? ¿En un hospital? —siguió preguntando Bryony.

—Sí, pero en esta isla todo es muy primitivo. El médico no habla inglés, y a nadie le importa que tu padre esté en una habitación con más gente. No puedo soportarlo. Me volveré loca si no hay alguien que haga algo.

—Tenemos que traerlo en un avión —Bryony mantuvo el tono sereno—. ¿Has hablado con la embajada australiana?

—En esta isla no hay ni una peluquería, para qué hablar de embajadas —Glenys rompió a llorar—. Además, no quiero apartarme de tu padre por si se despierta.

—¿Está inconsciente?

—No se ha despertado desde el colapso —le explicó su madre con voz entrecortada.

—No te preocupes. Yo lo organizaré si me das los datos. ¿En qué isla estáis? —Bryony fue apuntando toda la información que le daba su madre—. No te muevas y yo te llamaré en cuanto sepa algo.

Bryony colgó con una mano temblorosa y se preguntó a quién debería llamar primero. Antes de dilucidarlo, sonó el teléfono y ella descolgó.

—Dígame... —contestó ella con la voz quebrada.

—Bryony... —oyó la voz grave de Kane, y sintió un alivio inmenso—. Pareces ausente. ¿Pasa algo?

—Mi padre ha sufrido una apoplejía. Tengo que traerlo a Sidney. Mi madre está perdida.

—Déjalo en mis manos —le interrumpió él—. Yo me ocuparé. No te muevas hasta que ellos estén en su casa.

—Ya no tienen casa —exclamó ella, superada por las emociones.

Se hizo un breve silencio.

—Déjalo en mis manos, Bryony. Tranquilízate hasta que yo vuelva. Tomaré el próximo vuelo si todo sale bien. ¿Podrás aguantar ese tiempo?

—Creo que sí —contestó ella con un sollozo.

—Así me gusta mi chica —lo dijo con una delicadeza brusca que a ella le enterneció—. Hasta pronto.

—Hasta pronto —Bryony suspiró cuando la comunicación se cortó.

Se quedó con la mirada perdida mientras intentaba asimilarlo todo. Su padre siempre había parecido vigoroso y decidido. Le costaba imaginárselo incapacitado y le espantaba lo que tendría que sufrir su madre si él no recuperaba toda la movilidad. Tendría que vivir un infierno y él pagaría con ella toda su desesperación.

—Austin... —sollozó ella—. ¿Por qué tuviste que morirte y



dejarme sola con todo esto?

Capítulo 13

CON EL TIEMPO, Bryony tuvo ocasión de preguntarse cómo habría sido capaz de superar los primeros días después de la vuelta de sus padres. Sus preocupaciones sobre su relación con Kane pasaron a segundo plano y ella hizo todo lo posible para ayudar a su madre.

Kane consiguió que ingresaran a Owen en un hospital privado donde empezó a recuperarse un poco. Cuando estuvo fuera de peligro, Kane propuso a Glenys y a Bryony que lo llevaran a Mercyfields con la asistencia de enfermeras.

—Kane... eso sería maravilloso —dijo efusivamente Glenys—. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho.

—No tiene importancia.

Bryony sabía muy bien que sus padres no tenían dinero y, cuando su madre se quedó en la habitación de su padre, se dirigió a Kane con una mirada cargada de resentimiento.

—¡No sé cómo esperas que mis padres paguen un ejercito de enfermeras durante no se sabe cuántos meses!

Él la miró un rato con expresión pensativa.

—No espero que ellos lo paguen.

—¿Quién esperas que lo pague? ¿Yo? —le preguntó con amargura e ira—. Me imagino que te lo cobrarás en el dormitorio...

Él no contestó, y eso la enfureció más.

—Quizá sea parte de la venganza. Ya tienes la empresa, Mercyfields y a mí. Ahora, además, parece que tienes la gratitud de mis padres. ¿También quieres su orgullo?

—Estás trastornada y agotada —contestó él tranquilamente—. Vámonos a casa para que descanses un poco.

Él fue a agarrarla del brazo, pero ella le apartó la mano de un golpe.

—¡No me toques!

Él la miró como si fuera una niña caprichosa en vez de una mujer adulta.

—No me mires así —le amenazó ella.

—Te miraré como quiera. Vámonos a casa antes de que te bese hasta dejarte sin sentido delante de esas enfermeras que parecen tan interesadas en nuestra conversación.

Bryony miró hacia el puesto de las enfermeras que fingían demasiado claramente que rellenaban la ficha de un paciente. Ella

resopló y siguió a Kane. Estaba decidida a no decir una palabra durante el trayecto a su casa, pero el silencio de él hizo que su furia aumentara de intensidad.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó ella mientras entraban en el camino de su casa.

—¿Querías que dijera algo concreto? —le preguntó él mientras metía el coche en el garaje.

Ella se bajó y cerró la puerta con un portazo exagerado. Quería que él le dijera muchas cosas. Por ejemplo, que la quería. Sin embargo, a ella le parecía que lo más probable era que le dijera que él ya no podía hacer nada más. Él estaba haciéndose cargo de las facturas de su padre y ella sabía que le sería imposible convencerlo de que su amor por él era sincero. El creería que lo decía por gratitud. No la había tocado desde que volvió de viaje y, aunque intentaba convencerse de que no lo había hecho por la tensión de ella por su padre, también deseaba que la hubiera tomado entre sus brazos a pesar de todo.

Kane tomó aliento y la siguió con gesto de preocupación por todas las complicaciones que le esperaban a Bryony. El había hablado en privado con el médico de Owen y no le había dado muchas esperanzas. Estaba claro que el padre de Bryony sería un inválido, al menos durante un futuro próximo, y le preocupaba imaginársela haciendo todo lo posible para ayudar a su madre durante una época que iba a ser muy complicada. Owen no tenía paciencia ni cuando estaba sano, ¿qué haría cuando se viera en una silla de ruedas y dependiente de los demás?

Bryony desactivó la alarma y se volvió hacia él con la barbilla muy alta.

—¿Ves? No soy tan tonta como te imaginas.

—Nunca he dicho que fueras tonta —la siguió adentro y cerró la puerta—. Quizá terca, con mal genio e insolente, pero no tienes un pelo de tonta.

Ella se mordió el labio con un gesto tan conmovedor que él quiso abrazarla para protegerla de las penalidades de la vida.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó él—. Has pasado todo el día en el hospital y, en mi opinión, la comida de los hospitales sólo puede comerse si estás muy enfermo.

Bryony estaba dispuesta a llevarle la contraria en todo lo que dijera, pero en eso tuvo que darle la razón.

—Me muero de hambre. El sándwich que me he comido estaba repugnante.

Él sonrió y se soltó el nudo de la corbata.

—Prepararé algo. ¿Por qué no subes a darte una ducha mientras enciendo la cocina?

Bryony sintió que se encendía por dentro ante su sonrisa arrebatadora. Su furia desapareció como por ensalmo. Quería comer, pero más quería que la estrechara contra su cuerpo y que le dijera que podía contar con él. Parpadeó para contener las lágrimas.

—¿Por qué eres tan amable conmigo cuando he estado insoportable toda la tarde?

Él dejó la corbata en una mesilla.

—No eres insoportable, corazón. A veces eres incordiarte, pero no insoportable.

Sus bromas la desarmaban. Se acercó a él, apoyó la cabeza en su pecho y se agarró a su camisa entre sollozos.

—Eh... —él le posó protectoramente la mano en la nuca—. ¿Qué he dicho?

—Nada... Me siento sensiblera... —Entiendo —él le acarició la espalda.

—He intentado ser fuerte por mi madre, pero no puedo.

—Ha sido demasiado para ti.

—Ella me necesita demasiado —Bryony volvió a sollozar y él le dio un pañuelo—. Desde que Austin murió, yo he tenido que ser la fuerte para todos. Ni siquiera tuve tiempo de llorar porque tuve que consolar a los demás. Ya no puedo más.

—No tienes que hacerlo sola.

Ella se apartó un poco para mirarlo.

—¿Por qué ibas a ayudarme? Siempre has odiado a mi familia.

Él pensó un rato esas palabras.

—Odiar es una palabra muy fuerte. Tengo recelos, pero ya no los odio.

Bryony meditó lo que había dicho. Si ya no odiaba a sus padres, ¿podría sentir algo más duradero hacia ella? Seguía abrazada a él, y con la mirada clavada en el cuello de su camisa, se preguntó si tendría el valor de decirle que lo amaba y que creía que era la persona más noble y cariñosa que había conocido.

Kane la soltó delicadamente y le dio un golpecito en la punta de la nariz.

—Dúchate, ponte muy cómoda y baja a la cocina dentro de quince minutos. Te prometo que te habré preparado un festín.

Ella subió e hizo lo que él le había dicho. Decidió ponerse un albornoz de él que la estremeció con su olor.

Kane estaba cocinando cuando ella entró en la cocina.

—Sírvete una copa de vino. Tardaré un minuto. Bryony olió el aroma a ajo y su estómago empezó a rugir.

—¿Qué has hecho?

—Pollo con ajo y pesto.

—¿Tan deprisa? —le preguntó ella al ver el plato tan elaborado.

—Lo había preparado con antelación, como todos los chefs de prestigio.

Ella sonrió. Él también sonrió y chocó la copa de vino con la de ella.

—Come, bebe y sé feliz —brindó él.

—Porque mañana alguien puede morir — ella terminó la cita.

—Él no va a morir —Kane dejó la copa.

Ella suspiró y pasó la yema de los dedos por el borde de la copa sin mirarlo.

—Ya sé que es espantoso, pero a veces me gustaría que muriera para que mi madre se liberara.

—Ella no se liberaría así. Ya sé que no entiendes que ella lo ame, pero, a lo mejor, Owen necesita esta situación para darse cuenta de la mujer tan leal que ha tenido durante todos estos años.

Bryony se quedó pensativa mientras daba un sorbo de vino.

—Quizá tengas razón —ella lo miró—. Mi padre siempre ha criticado a mi madre por preocuparse demasiado por nimiedades y por ser muy sensible, pero ésas son las cualidades que él va a necesitar ahora.

—La vida se ocupa de enseñarnos las lecciones que tenemos que aprender. Creo firmemente que donde las dan, las toman.

—Entonces, mi padre va a pasarlo muy mal...

—Es posible.

—¿Qué hizo? —Bryony lo miró fijamente—. ¿Qué hizo para merecerse una larga estancia en prisión? Nunca me lo has contado.

Kane vació la copa y la dejó en la mesa.

—Ya no tiene importancia —Kane agarró los cubiertos—. Ya lo he solucionado.

—¿Cómo? —ella frunció el ceño.

—De la forma habitual.

—¿Con dinero?

El cortó un trozo de pollo y se lo acercó a la boca.

—Es el único lenguaje que entienden algunos de los enfadados amigotes de tu padre. Se trataba de pagarlos o de ver cómo acababan con él.

—¿Realmente había alguien que quería su cabeza?

—Más de uno. Había enfadado a bastantes. Si te rodeas de los

perros equivocados, acabas con pulgas.

Bryony se había quedado sin apetito y se quedó pensando en lo que él le había dicho y en lo que hábilmente no le había dicho. Ella sabía que su padre no era ejemplar, pero tampoco se imaginaba que fuera un delincuente del submundo.

—Yo no tenía ningún interés en proteger las espaldas de tu padre, pero se decía que la gente que iba tras él iba a darle un par de buenos sustos. No pude pasarlo por alto, por mucho que pensara que tu padre se merecía lo que le esperaba.

Bryony dejó los cubiertos y lo miró con espanto.

—¿Qué tipo de sustos?

Él volvió a llenar las copas antes de responder.

—La gente que tu padre engañó no se anda con bromas. No tendrían reparos en matar a la mujer o a la hija para apretarle las tuercas.

—¿Iban a ir a por mi madre o a por mí?

—Primero a por ti y luego a por tu madre.

Bryony tragó el nudo de espanto que se le había formado en la garganta.

—¿Cómo... los convenciste de que no lo hicieran?

La miró unos instantes a los ojos con una expresión indescifrable.

—Me casé contigo.

Ella tragó saliva con los ojos como platos.

—¿Basta con eso para aplacarlos?

El levantó la copa y le dio vueltas unos segundos.

—No voy a entrar en detalles, pero basta con decirte que me debían algunos favores. Cuando dejé claro que ibas a ser mi mujer, no tuvieron más remedio que echarse atrás. En cuanto hice efectivo el dinero de mi abuelo, les pagué la deuda de tu padre con los intereses.

A Bryony le costó asimilar ese giro de los acontecimientos. Creía que se había casado con ella para humillar a su padre, pero si lo que había dicho era verdad...

Se apoyó en el respaldo de la silla y reconstruyó mentalmente la tarde que él fue a Mercyfields y le dijo que era dueño de las propiedades de su padre. El dejó claro que ella entraba en el lote como venganza, que si no se casaba con él arrojaría a sus padres a los tiburones. Ella estaba convencida de que tenía que casarse con él para salvarlos, y lo hizo sólo para que su madre no sufriera. ¿Por qué le había ocultado él los motivos? ¿Por qué no le había dicho que quería protegerla?

Lo miró con desconcierto e incertidumbre.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no me dijiste que ibas a casarte conmigo para protegerme? ¿Por qué quisiste que yo pensara lo peor de ti?

Él se separó de la mesa y se levantó.

—No hice que pensaras nada que no pensaras ya. Me odiabas desde que puse un pie en Mercyfields de niño. Me despreciaste desde el principio, como toda tu familia. Yo era escoria, ¿recuerdas? El hijo bastardo de una sirvienta que se levantaba las faldas ante su amo para poder llevar comida a la mesa.

Ella también se levantó y se sorprendió de que las piernas la sujetaran.

—Debiste habérmelo dicho. Tenía derecho a saberlo.

—No quería correr el riesgo. Las negociaciones eran muy complicadas y no podía perder tiempo intentando convencerte de que siguieras mi plan. Decidí forzar las cosas para obligarte a casarte conmigo. Sé que fue un chantaje, pero para mí era el medio de conseguir un fin. La alternativa era aterradora.

Él se pasó una mano por el pelo con un gesto que a ella le pareció de vulnerabilidad.

—¿Por qué era aterradora? —le preguntó ella, mirándolo fijamente.

Él no contestó y recogió los platos medio llenos de comida.

—¿Por qué, Kane? —ella le tocó el brazo para que la mirara—. ¿Por qué era aterradora la alternativa?

Él la miró fugaz pero intensamente antes de volverse hacia el fregadero.

—Déjalo, Bryony. Tu familia y tú estáis a salvo; eso es lo único que importa.

Ella quiso insistir, pero su silencio le dejó claro que, para él, el asunto estaba zanjado. ¿Qué secretos ocultaba sobre los sucios manejos de su padre? ¿Intentaba evitarle más sufrimiento o se callaba en su propio beneficio? Bryony se preguntó si sus padres sabían la deuda que tenían con él. La ironía del destino era tremenda. El había irrumpido en sus vidas, le había arrebatado todo a su padre, había reclamado venganza por despechos del pasado, pero sus verdaderos motivos distaban mucho de ser vengativos. Era impensable que ella hubiera estado en peligro de muerte, que ella y su madre hubieran estado en peligro por las operaciones de su padre, pero también había leído en los periódicos cómo se las gastaba el hampa. Allí sólo valía el ojo por ojo.

—Voy a ducharme —Kane fue hacia la puerta—. Puedes dormir

tranquila en el cuarto vacío.

Ella vaciló; no quería pasar una noche sola.

—No quieres que yo... —no fue capaz de terminar la frase sin desvelar sus sentimientos.

Él se volvió hacia ella y le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Estás agotada, Bryony. Tienes ojeras que tapan tus ojeras.

—No quiero dormir sola —por fin lo dijo, y reconoció que lo necesitaba.

El le tomó la cara entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Por favor... —ella lo miró fijamente a los ojos y se pasó la lengua por los labios—. No quiero estar sola esta noche.

Él tardó un siglo en replicar.

—Si yo fuera un auténtico caballero, me apartaría de ti e insistiría en que durmieras bien esta noche, que es lo que necesitas.

La agarró de las caderas y la atrajo hacia sí. No se tocaban, pero estaban tan cerca que ella podía notar el calor de su cuerpo.

—No estoy cansada —ella se acercó más.

Kane la miró con unos ojos abrasadores y ella pudo notar la indisimulable excitación de su cuerpo, lo que hizo que ella rebosara de anhelo. La besó lentamente y fue aumentando la presión. Bryony notó el ansia de su lengua y separó los labios para deleitarse con sus movimientos.

Kane se apartó y la miró con unos ojos resplandecientes de deseo.

—Si no nos vamos ahora, en esta cocina va a hacer más calor que el de costumbre.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se cimbreó contra él seductoramente.

—¿Cuánto calor suele hacer?

—¿Quieres saberlo?

—¿Por qué no? —contestó ella provocadoramente.

El la llevó, muslos contra muslos, hasta el banco de la cocina. La levantó sin ningún esfuerzo y la sentó con una pierna a cada lado de él. Ella echó la cabeza hacia atrás y se soltó el nudo del cinturón del albornoz.

Lo que pasó después la impresionó y la maravilló. Él le recorrió hasta el más mínimo rincón del cuerpo con la lengua, elevándola a una pasión desenfrenada y sin límites; embriagadora y abrumadora; desbordante y enardecedora. Ella se derrumbó cuando pasó el torbellino. El pecho le subía y bajaba para intentar recuperar el

aliento.

Él se apartó y la miró con unos ojos cargados de deseo voraz.

—¿Te ha parecido suficiente calor?

Ella se incorporó y le agarró de la cinturilla del pantalón mientras lo miraba provocativamente.

—No del todo. Veamos si lo conseguimos así...

Él contuvo la respiración cuando sus ávidos dedos liberaron su endurecida virilidad y ella bajó la boca para acariciarla con su ardiente aliento. Él la tomó de la cabeza para estabilizarse y ella le pasó lentamente la lengua por toda su extensión, deteniéndose golosamente en la punta y luego descendiendo otra vez por toda la erección. El sintió que llegaba al clímax, que no podía contenerlo ante las maniobras de su boca. Se preparó para el momento decisivo e intentó avisarla.

—No puedo aguantarme más.

Ella succionó con más ahínco y él se derramó dentro de su boca entre estremecimientos mientras ella lo agarraba firmemente de las caderas.

Después de unos momentos enajenantes, él se apartó y la levantó hasta tenerla contra sí.

—No hacía falta que lo hicieras...

Ella se pasó la lengua por los labios con los ojos más azules que nunca.

—A mí me ha gustado, ¿a ti?

—Ya has comprobado que también... Ella se acurrucó contra él. —¿Ya podemos irnos a la cama? El la abrazó con fuerza.

—No se me ocurre nada mejor que hacer.

Unos minutos más tarde, Bryony yacía con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el pecho de él. Podía oír el poderoso corazón de Kane, que la abrazó con una ternura no exenta de firmeza. Se sentía segura. Él era su protector. Ella le debía la vida.

A la mañana siguiente, cuando ella se despertó, Kane ya se había marchado. Ella, para intentar sofocar su sensación de decepción, empezó a prepararse para acompañar a sus padres a Mercyfields.

Cuando llegó al hospital, su padre estaba de un humor de perros, pero su madre manejaba la situación con una fuerza de ánimo rara en ella y daba órdenes a todo el personal como si lo hubiera hecho toda su vida.

Bryony se mantuvo al margen mientras observaba cómo metían a su padre, en silla de ruedas, en la ambulancia. A pesar del resentimiento, sintió cierta lástima por él.

Llegaron a Mercyfields, colocaron a su padre en la sala y en ese

momento llamaron a la puerta. Bryony miró a su madre, pero ella estaba igual de sorprendida.

—¿Quién puede ser? Yo no espero a nadie, ¿y tú? Kane me dijo que vendría mañana para pasar el fin de semana.

Bryony se levantó y fue hacia la puerta. Abrió y se encontró con un mensajero que llevaba una jaula de animales.

—Es para la señora Glenys Mercer —le dijo el mensajero—. Necesito que lo firme.

Bryony se volvió hacia su madre, que se había quedado detrás de ella.

—¿Sabes algo de esto?

Glenys se acercó cautelosamente y miró la jaula.

—Yo no espero nada —respondió Glenys, llevándose nerviosamente una mano al cuello.

El mensajero las miró con cierta impaciencia y le dio a Bryony un recibo.

—Firme aquí —le entregó un bolígrafo—. Es un cachorro de raza para la señora Mercer, regalo de Kane Kaproulias.

Bryony firmó y agarró la jaula. Esperó a que el mensajero se hubiera ido para dejar la jaula en el suelo y abrir la puerta. Un cachorrillo de spaniel salió aturdido.

—¡Mamá! ¡Mira lo que te ha regalado Kane! Es un cachorro para que te haga compañía mientras cuidas a papá.

Glenys miró al cachorro con espanto y se apoyó en una mesilla para sujetarse.

—¡Dios mío! —su madre tuvo que sentarse en el banco del vestíbulo y miró a Bryony con angustia—. ¿Cómo es posible que lo haya sabido...?

Capítulo 14

BRYONY la miró sin entender nada.

Qué pasa? Creía que te encantaban los perros…

Tomó al cachorro en brazos y lo acercó a su madre.

—No, llévatelo… por favor…

Bryony miró a su madre, que se iba precipitadamente a la sala verde. Luego, volvió a meter al cachorro en la jaula, la dejó en un sitio seguro y siguió a su madre.

Cuando ella vio al cachorrillo se sintió conmovida por el detalle de Kane. La reacción de su madre había sido desconcertante, sobre todo cuando ella sabía que su madre adoraba a Nero, el perro muerto de su vecina. Abrió la puerta de la sala verde y se encontró a su madre mirando hacia el lago.

—Mamá…

Glenys se dio la vuelta y Bryony se quedó impresionada de su palidez.

—Cariño… tengo que contarte una cosa. Tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo, pero… —Glenys se enjugó unas lágrimas—. Tu padre decidió que era mejor dejar las cosas como estaban. Ya se habían llevado a Kane y se había escapado la oportunidad de decir la verdad.

A Bryony le flaquearon las piernas por la expresión angustiada de su madre.

—Sigue.

Glenys la miró sin vacilar.

—Kane no mató a Nero; fui yo.

—¿Tú? —a Bryony se le salieron los ojos de las órbitas.

—Naturalmente, fue sin querer… Oí de casualidad la discusión entre Kane y tu padre. No quiero mortificarte con los detalles…

—Ya sé lo de la aventura de papá con la madre de Kane.

—Me habría gustado ahorrártelo —Glenys se sentó en el sofá—. Yo estaba furiosa y ofendida. Me monté en el coche y salí disparada hacia el camino… No vi a Nero hasta que lo tuve debajo de las ruedas. No supe qué hacer. Paré, lo envolví en la manta del coche y lo metí en casa, pero entonces vi a Kane montado en el tractor y destrozando el césped…

—Mamá…

Glenys miró a su hija.

—Estoy muy avergonzada de lo que hice, pero yo estaba

terriblemente alterada. Cuando vi a Kane, me acordé de su madre y... quise deshacerme de los dos. Dejé a Nero en la huella de una de las ruedas del tractor y volví a casa.

—¿Te vio alguien?

—No, pero se lo dije a tu padre. Muchas veces me gustaría no haberlo hecho. Él me mantenía al tanto de algunas de sus... operaciones. Cuando Kane se hizo con la empresa y Mercyfields, yo quise aclararlo todo, pero él se empeñó en casarse contigo y me lo pensé mejor. No quería que nada estropeara vuestro futuro juntos.

Bryony quiso gritar a su madre. Los secretos y mentiras del pasado habían hecho que fuera casi imposible un futuro feliz entre Kane y ella. Se sintió humillada al acordarse de todas las veces que lo había acusado de matar al perro. ¿Le perdonaría él alguna vez por no creerlo?

—Kane ha tenido que enterarse —su madre sollozaba abiertamente—. Si no, ¿por qué me ha mandado ese cachorro?

Bryony se arrodilló delante de ella y le tomó las manos entre las suyas.

—Mamá. Me consta que Kane no es tan cruel como para hacerte algo así. Además, hace mucho tiempo me dijo que él creía que el culpable era Austin. Kane es la persona más cariñosa que conozco. Creo que siempre he sabido en lo más profundo de mi corazón que él no mató a Nero. Ya sé que le gusta que la gente piense que es implacable y dominador, pero es una persona encantadora.

Glenys la miró con los ojos empañados de lágrimas.

—Lo amas, ¿verdad?

—No sabes cuánto —le contestó ella también con lágrimas en los ojos.

—¿Te ama él?

Bryony se quedó mirando a su madre.

—Me parece que va siendo hora de que se lo diga —Bryony se levantó—. ¿Te importa mucho que vuelva a la ciudad esta noche?

—Vete, hija —le contestó su madre con una sonrisa vacilante.

Tres horas más tarde, Bryony entraba en el camino que llevaba a casa de Kane.

—Tranquilo, ya hemos llegado —le dijo al cachorrillo que llevaba en el asiento trasero.

Se llevó una amarga decepción al comprobar que él no estaba, aunque había algunas luces encendidas. Se le cayó el alma a los pies al pensar que él podría pasar la noche fuera y que sedujera a otra mujer para llevarla allí.

Se levantó de un salto cuando, cerca de las once, oyó que se

abría la puerta. Ella aguzó el oído para captar la voz de una mujer. Luego, también oyó los pasos firmes que se acercaban a la puerta del salón.

—Bryony… —él se quedó paralizado en el quicio de la puerta—. ¿Qué haces aquí?

En ese momento, el cachorrillo salió hacia él, pero se paró a mitad de camino.

—¡No! —Bryony salió disparada, pero solo consiguió que le manchara el pantalón.

Kane le dio un pañuelo y le quitó el perro para acurrucarlo contra su pecho.

Bryony hizo una mueca de disgusto al ver el charco que había en la moqueta.

—No puedo creérmelo… Lo he sacado hace una hora…

—Mujeres… —Kane sonrió—. Hacen que tu vida sea un infierno, pero aun así las adoras —acarició la cabeza del cachorrillo—. Entiendo que a tu madre no le ha hecho mucha gracia la idea de ocuparse de esta pequeñaja.

Bryony se mordió el labio.

—¿Te importaría mucho si nos la quedáramos nosotros?

Él la miró fijamente.

—¿No temes que en algún momento pueda infligirle algún tipo de crueldad?

—No. No lo temo en absoluto.

—Ya… —dejó el perro en el sofá y la miró con cierta cautela—. ¿Puedo preguntarte qué ha hecho que cambiaras de opinión?

—Sé que no mataste a Nero. Lo sabía incluso antesde que esta tarde mi madre me contara que ella era la responsable.

Una sombra de sorpresa cruzó el rostro de Kane.

—Entonces, los dos estábamos equivocados…

—No fue Austin ni fuiste tú. Lo siento, Kane, ¿podrías perdonarme por haber pensado mal de ti? Sé que es mucho pedir y me detesto por haber estado tan ciega durante tanto tiempo. Te prefería como enemigo porque así me sentía menos vulnerable a ti.

El se quedó tan quieto delante de ella que Bryony se preguntó si se habría enterado de lo que acababa de decirle. Tenía una expresión hierática.

—Kane —ella se acercó a él vacilantemente—. Ayer me dijiste que te casaste conmigo para protegerme. He estado pensando en eso, y me preguntaba por qué lo has hecho cuando yo sólo te he demostrado desprecio. ¿Por qué lo has hecho?

A él le costaba aguantar su mirada y la desvió hacia el ventanal.

—He cometido algunos errores en mi vida —contestó él con una voz muy profunda—. Si tuviera la ocasión, no volvería a hacer muchas cosas, pero no podía permitir que alguien te hiciera daño sin que yo pusiera todos los medios para evitarlo.

Ella sintió un arrebato de esperanza y se quedó sin respiración.

—¿Por qué? ¿Por qué querías protegerme tanto?

Su seriedad era desesperante, pero había llegado hasta allí y no iba a quedarse sin respuestas. Bryony lo agarró del brazo para que la mirara. Después le tomó la mano. Ella contuvo la respiración al notar que él apretaba los dedos.

Kane le tomó la cara con la mano que le quedaba libre, le acarició la mejilla y le pasó el pulgar por el labio inferior.

—¿Me lo preguntas? —la voz de Kane era especialmente ronca —. ¿No lo has adivinado?

—¿Adivinarlo? —ella esbozó una sonrisa vacilante.

Casi siempre eres como un libro cerrado. ¿Cómo puedo adivinar algo?

—Tienes razón. Casi toda mi vida he fingido ser invulnerable. Si mostraba la más mínima debilidad, los demás se aprovechaban. He aprendido por las malas.

Bryony supuso que se refería a su padre y a su hermano, y se mordió el labio por la vergüenza. El le sonrió.

—¿Por qué pones una cara tan seria? Estoy a punto de decirte que te quiero, así que una sonrisa de ánimo facilitaría las cosas...

Ella lo miró extasiada. El corazón le rebosaba amor que necesitaba compartir. Sonrió lentamente y los ojos le resplandecieron de felicidad.

—Eso está mejor —él le dio un golpecito en la punta de la nariz —. Atiende bien porque esto no se lo he dicho a ninguna mujer, si descontamos a mi madre —él hizo una pausa para deleitarse con su sonrisa—. Bryony, te amo. Creo que siempre te he amado, aunque lo haya disimulado muy bien. Adoro cómo te preocupas por tu madre; adoro tu lealtad hacia la memoria de tu hermano; adoro tu sonrisa y tu risa; adoro cómo reaccionas conmigo y adoro cómo te rebelas ante mí, lo cual quiere decir que tu padre no te ha anulado del todo.

—Kane... —ella soltó el aire por fin—. Yo también te he ocultado algo. Te amo. No sé cuándo empecé a amarte... Creo que fue cuando me besaste en el lago, aunque a ti no te lo pareciera por mi reacción —le miró la cicatriz—. ¿Cómo puedes amarme? ¿Cómo puedes ser tan indulgente cuando mi familia te ha hecho sufrir

tanto?

—¿Crees que no ha merecido la pena por tenerte aquí ahora? —le preguntó él—. Haría el doble con tal de tenerte en mis brazos.

—Nunca soñé con que sintieras otra cosa que odio por mí. Parecías dispuesto a vengarte; insistías en que tenía que dejar el trabajo para ocuparme de la casa. No lo decías en serio, ¿verdad?

—Por mucho que me guste la idea de tenerte embarazada y descalza en mi cocina, te aseguro que sólo quería que no adivinaras lo que yo sentía. Tenía mi orgullo...

Ella se entregó a su abrazo. Estaba maravillada de lo mucho que habían cambiado las cosas en diez años.

—No te merezco —dijo ella—. Nunca podré compensártelo.

—Entonces, tendremos que elaborar un plan de pago a plazos —Kane le sonrió.

—¿Qué propones? —Bryony le rodeó el cuello con los brazos.

—Creo que lo mejor será enseñarte lo que quiero —la tomó en brazos, pero cuando iba a empujar la puerta, oyó un gemido que llegaba del sofá.

—¡Maldita sea! —exclamó él.

—Creo que nuestro bebé nos necesita —Bryony dejó escapar una carcajada—. ¿Puedes esperar hasta que yo haga lo que hay que hacer?

El la besó ardientemente.

—¿Quién ha tenido la idea de formar una familia tan pronto?

—No he sido yo, pero estoy encantada. ¿Y tú?

Él la dejó en el suelo, pero la abrazó como si no pudiera separarse de ella.

—Te amo, Bryony. No sabes cuánto...

—No, pero espero que me lo demuestres dentro de un rato.

Él se apartó de ella y tomó al cachorrillo en brazos. —Atiende, mocosa, tu madre y yo tenemos que estar

un rato juntos —le dijo al animal con tono firme y burlón—. Sé buena y duérmete para que pueda demostrarle lo mucho que significa para mí.

El cachorro parpadeó y le lamió los nudillos. —¿Has visto, Bryony? Ya me quiere.

Bryony lo abrazó y lo miró a los ojos, resplandeciente de felicidad.

—No entiendo que haya tardado tanto...

Fin